

UAN

TONOMA DE NUEV

GENERAL DE BIBLIOTE

PQ7297

.A4

P6

003122



1080019236



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIAS

DE

RAMON I. ALCARAZ.

.....minuentur atra  
Carmine curæ.

HORAT. *Lib. IV. Carm. XI.*

**TOMO I.**

**MEXICO.**

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

*Calle de los Rebeldes núm. 2.*

**1860.**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez



PQ7257

A4

P6



A MI HERMANO POLITICO

EL CORONEL DE INGENIEROS

D. JOSE M. MARQUEZ,

EN PRUEBA DE AFECTO,

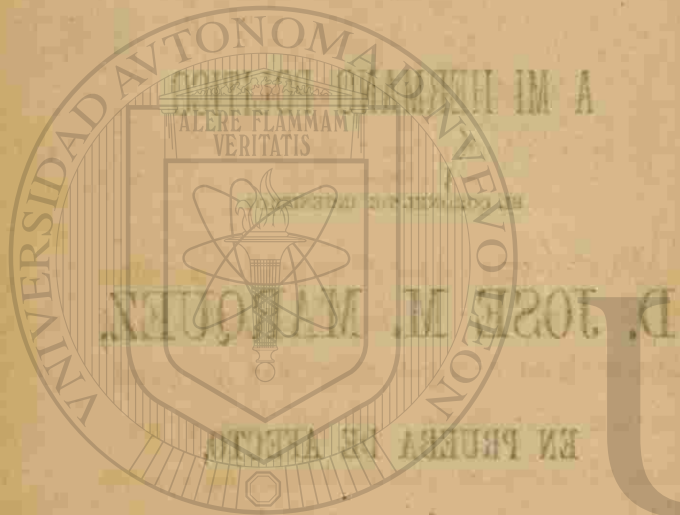
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Ramón B. Alcaraz

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



40434 Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria



FONDO FRENTE  
VALVERDE Y TERLES 8101

## AL LECTOR.

FRUTO de mis ratos de ocio son, estos versos que hoy ofrezco al público: él los calificará; y yo respetaré su calificación inapelable. Si los juzga buenos, el aprecio que de ellos haga, será mi recompensa; y si malos, el olvido á que los condene justamente, el castigo de mi temeridad.

®

Al Sr. D. José M.<sup>a</sup> La-  
fragua

Inafinable  
Nemora y Aurora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Francisco Javier Robles.

EN LA MUERTE DEL POETA

DON IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

Como sombra se mostró;

Fantástica su luz fué.

Calderon de la Barca.

Mueres.... mueres.... feliz tú  
Que abandonas este suelo;  
Feliz tú que vas al cielo  
Y que cesas de gemir.  
Jóven mueres; sí, muy jóven  
De aqueste mundo te alejas;  
Sus galas, sus pompas dejas....  
¡Y no lloras al morir!...



Llorar....! tú que conociste  
Sus quimeras y sus locas  
Vanidades, cuando tocas  
De la vida el linde ya:  
Llorar....! tú que de dolores  
El cáliz siempre apuraste;  
Tú que gemiste y lloraste  
Siempre, en tu vida fugaz;  
Tú, cuyos cantos divinos  
Son de tu alma el espejo,  
Donde con vivo reflejo  
Se retrata tu dolor,  
Llorar! No, que en cambio vaga  
Por tu labio una sonrisa,  
Mas suave que la brisa  
Que mece temprana flor.  
Abandonado en la tierra;  
Solo, tal vez desde niño,  
Quizá el maternal cariño  
Tu niñez nunca arrulló:  
Desde entónces tu mirada  
Melancólica, abatida,  
En el festin de la vida  
Nunca alegre se mostró.

Y por el mundo vagaste  
Solitario y sin consuelo....  
Mas tu genio alzó su vuelo  
Y su ala hirió tu laúd;  
Y amaste.... tu primer canto  
Fué tal vez de amor un trino,  
Que ahogó el fiero destino  
De tu infausta juventud.

Una vírgen no encontraste  
Pura, cual tú la ideabas,  
Ni cual en tu amor soñabas  
Encontraste una mujer;  
Y la historia de tu vida  
Tal vez pasó sin amores,  
Acaso entre los horrores  
De continuo padecer....

Pero cantaste á María;  
Cantaste al ángel luciente,  
Y tu corazon ardiente  
Latió, al dirigirse á Dios:  
Cantaste á los hombres míseros,  
Cuando en la desgracia gimen;  
Cantaste tambien el crimen,  
Pero con canto de horror.

Y dolientes, y terribles  
Tus sublimes concepciones,  
Conmueven los corazones,  
O los hielan de terror;  
Y la amargura de tu alma  
Se retrata en todas ellas:  
Son las sentidas querellas  
De un llagado corazon.....

Sonries, porque descubres  
Un mar inmenso de gloria;  
Porque no hay en tí memoria  
Ya de este mundo, al partir;  
Porque al nacer el poeta  
Exhala triste vagido;  
Al padecer un gemido,  
Y una sonrisa al morir.....

Yo tambien cual tú padezco,  
Cual tú gimo, cual tú peno,  
Como tú he vivido ageno  
De la dicha, del placer;  
Tambien á mí el corazon  
Me desgarrá, una memoria....  
Tambien es triste mi historia,  
Como la tuya lo fué.....

Huye, huye de este mundo;  
Huye de su loca orgía,  
Que en el cielo ya María  
Espera tu corazon;  
Y aquel ángel la acompaña  
Que en tus ensueños miraste,  
Cuya belleza cantaste  
Con ternura y devocion.

Ambos luciente aureola  
Preparan allá á esa frente,  
Que en el mundo indiferente  
Coronó austera virtud....  
Vuela, vuela.... que inmortal  
Serás en tu patria y mia,  
Miéntras dure la armonía  
De tu sonoro laúd.

(1842.)





— 11 —

UN TROVADOR.

Tiende la noche su manto  
Que las estrellas recaman;  
Su silencio es el encanto  
Que disminuye el quebranto  
De las almas que se aman:  
Cierran su cáliz las flores;  
Cesa el canto de las aves,  
Y los vientos bramadores  
Encadenan sus furores,  
Y soplan brisas süaves.  
Por el oriente sereno  
Se alza la mágica luna;  
Su luz inunda el ameno  
Valle, y el profundo seno  
De la tranquila laguna;

Y del gótico castillo  
Que en su ribera se alza,  
Baña con pálido brillo  
El frente grave y sencillo,  
Que el triste cuadro realza.

Desierta aquella mansion  
Es de la inquietud abrigo;  
Y en triste meditacion  
Se sumerge el corazon  
Que es de su calma testigo:

La cercan bosques frondosos  
Que en primavera florecen,  
Dó de los robles añosos,  
Entre los vientos furiosos,  
Las altas copas se mecen.

Allí sentado se mira  
Un amante trovador;  
Tiene en sus manos la lira;  
Por su señora suspira,  
Y entona un canto de amor.

TROVA.

“Escucha, escucha, ángel mio,  
Las canciones,  
Que en mi amante desvarío  
Ensalzan tus perfecciones:  
No mis dulces ilusiones  
Desvanezca tu desvío.

Por tí sola  
Me desvelo,  
Por tí anhelo  
Respirar:

Tu hermosura,  
¿Quién no estima?  
¿Qué no anima  
Tu mirar?

Oye, escucha las canciones  
De mi amor dulce expresion;  
Que un suspiro solo pide  
Tu rendido trovador.

Aquí paso  
Noche y dia,  
¡Vida mia!  
Por tu amor,

Nada temo,  
Si á tus rejas,  
Da sus quejas  
Mi dolor.

Por que tú eres la señora  
Que mi pecho cautivó;  
Y del tuyo solo pide  
Un suspiro el trovador.

Son testigos  
Tus almenas  
De mis penas,  
Leonor.

Por tí canto,  
Por tí lloro,  
Que te adoro  
Con ardor;

Y por eso una mirada  
De ternura y compasion,  
Solo pide en su delirio  
Tu rendido trovador.

Pero en vano  
Me lamento,  
Que á mi acento  
Sorda estás.

Ya te miro.....  
No sollozas,  
Y te gozas  
En mi mal.

¡Ven, señora! ¡Ven, querida!  
Abre, hermosa, tu balcon;  
Y un suspiro, una mirada  
Da á tu amante trovador.”

Se oye entónces el crujido  
De la gótica ventana;  
Y se oyó luego el gemido  
Y el acento enternecido  
De la hermosa castellana.

—Trovador...!—Qué escucho? Cielos!  
—Yo te adoro...!—Qué placer!  
Este es el premio ¡oh mujer!  
De mis continuos desvelos.

—Es el premio de tu amor,  
De tu pasion acendrada....  
¡Oh que dulce es ser amada  
De un sensible trovador!

En la noche silenciosa  
Escuchaba tus lamentos,  
Y tus lánguidos acentos  
Mi alma herian congojosa:

De tus trovas me arrobaba  
La dulzura, la armonía;  
Y mi suerte maldecia  
Porque un mar nos separaba;

Porque mi padre ¡oh Dios mio!  
Con su orgullosa dureza,  
Sacrifica mi belleza  
Y encadena mi albedrío;

Porque desde niña, sí,  
Suspiré por los amores  
De los tiernos trovadores...  
Porque ya te amaba á tí.



Mas ¿quién resiste al amor?  
¿Qué no vence la constancia?  
Ya el ensueño de mi infancia  
En tí miro, trovador.

— Hermosa como la aurora  
Que sigue á la noche oscura,  
Tú mantienes la ventura,  
La ilusion del que te adora.

¿Tú me amabas?— Sí, Ramiro:  
Te amaba, te amo, te adoro.  
— Vales, mujer, mas que el oro,  
Mas que el aire que respiro.

— ¿Qué mas quieres? Tuya soy;  
Tú serás mi caballero;  
Y á pesar del mundo entero,  
Seré tuya desde hoy. . . .

Pero ántes has de jurar,  
Por el cielo y por mi amor,  
Del divino Salvador  
El sepulcro visitar:

Cual valiente combatir,  
Para alcanzar la victoria. . . .  
— Lo juro . . . ambiciono gloria;  
Sabré vencer, ó morir.

Hacinar laureles quiero  
En la ardiente Palestina,  
Que tengo una alma divina,  
Y tengo un terrible acero.

Ya me anima la esperanza:  
Venga la cruz colorada;  
Ya quiero esgrimir la espada  
Y blandir la dura lanza:

De los clarines al son  
Quiero entonar mis cantares;  
Quiero oprimir los hijares  
De mi fogoso bridon.

Yo pisaré la colina  
Dó Jerusalem descuella;  
Y miraré, Leonor bella,  
Aquella mansion divina:

En mi ejército seré  
El cruzado mas valiente,  
Y de los hijos de Oriente,  
El orgullo abatiré;  
Y arrancaré con mis manos  
Las lunas del musulman,  
Y en su lugar se alzarán  
Los pabellones cristianos....  
Parto, pues, á merecerte:  
A buscar combates voy:  
Mi divisa será de hoy,  
VICTORIA Y LEONOR, Ó MUERTE.

Un dulce beso imprimió  
En la mano de su amante,  
Y del lugar que miró  
Su fortuna, se alejó  
Aquel trovador constante.  
Pronto el bosque le ocultó,  
Y Leonor lanzó un suspiro;  
Un suspiro que voló,  
Y en el alma resonó  
Del ya distante Ramiro.

1842.

## UN INCENDIO.

### EL PRESENTIMIENTO.

#### PARTE PRIMERA.

Entré en su casa en efecto,  
Habiendo antes precedido  
Mil juramentos, mil votos  
Que seria su marido.

*Calderon de la Barca.*

#### I.

Era una noche de Enero:  
El viento soplaba frio,  
Y dos hombres en el atrio  
Del templo estaban; dormido  
Parecia el uno; el otro  
Triste, inquieto y pensativo:  
Este era un noble á juzgar  
Por su espada y capotillo;



En mi ejército seré  
El cruzado mas valiente,  
Y de los hijos de Oriente,  
El orgullo abatiré;  
Y arrancaré con mis manos  
Las lunas del musulman,  
Y en su lugar se alzarán  
Los pabellones cristianos....  
Parto, pues, á merecerte:  
A buscar combates voy:  
Mi divisa será de hoy,  
VICTORIA Y LEONOR, Ó MUERTE.

Un dulce beso imprimió  
En la mano de su amante,  
Y del lugar que miró  
Su fortuna, se alejó  
Aquel trovador constante.  
Pronto el bosque le ocultó,  
Y Leonor lanzó un suspiro;  
Un suspiro que voló,  
Y en el alma resonó  
Del ya distante Ramiro.

1842.

## UN INCENDIO.

### EL PRESENTIMIENTO.

#### PARTE PRIMERA.

Entré en su casa en efecto,  
Habiendo antes precedido  
Mil juramentos, mil votos  
Que seria su marido.

*Calderon de la Barca.*

#### I.

Era una noche de Enero:  
El viento soplaba frio,  
Y dos hombres en el atrio  
Del templo estaban; dormido  
Parecia el uno; el otro  
Triste, inquieto y pensativo:  
Este era un noble á juzgar  
Por su espada y capotillo;

Por su arrogancia y su porte  
Caballeresco y altivo;  
Y aquel, tener parecia  
De escudero el ejercicio.

—Por Dios, qué noche tan cruda!  
Dijo uno al otro; cobarde,  
Despierta.—Jesus! qué tarde!  
Amanecemos sin duda.

—Este silencio horroroso  
Me parece el de la tumba;  
Ni siquiera el viento zumba;  
Todo calla.—Pesaroso

Estoy ya de haber salido  
A acompañaros.—¿Qué dices?  
—Nada, señor.—Infelices  
Siempre los hombres han sido,

Y serán, mientras el mundo  
Ruede en el espacio inenso;  
Que es su padecer intenso  
Y su dolor es profundo.

Ah! Cuántos en este instante  
Desesperados, al cielo  
Pedirán vano consuelo . . . .  
—Y si quien pide es amante,

Su padecer no es extremo.  
—Tú no conoces, Simon,  
La fuerza de una pasión.  
—A vuestro pesar me temo

Que nadie se haya ahorcado  
Por la fuerza del amor;  
Que es malo salir, señor,  
*Tras de cornudo apaleado*

—Impacietándome vas  
Con tus malditas respuestas.  
—Pues señor, si son aquestas  
Importunas, no habéis mas;

Que ese amoroso delirio  
Ni siquiera dormir me deja . . . .  
Ademas, con tanta queja,  
Solo aumentais el martirio . . .

— No, que soy correspondido;  
Nunca he sufrido desprecio.  
— Por lo mismo, que sois necio  
En quejaros, he sentido.

— ¡Yo necio! . . . calla, villano,  
O vive Dios, que te mate.  
— Matarme! . . . ¡Qué disparate!  
¡Alzar para mí la mano!

Y si lo hiciérais, señor,  
¿Quién os acompañaría  
Ya de noche, ya de día,  
A tantas citas de amor

Como teneis?— Vive Cristo,  
Que, ó detienes esa lengua,  
Que se atreve á poner mengua  
En mi honor, ó no resisto

A mi cólera, y te mando  
A visitar à Luzbel.  
— A mí que he sido tan fiel,  
Mandarme á tan fiero bando!

No, señor, mirad que soy  
Buen criatiano y fiel criado;  
Que si soy algo menguado,  
Presto á corregirme voy. . . .

Y si dije que teneis  
Muchas citas, no mentí;  
Hubiera mentido, si  
Hubiera dicho que veis

Muchas damas.— Bravo medio  
Para salir del apuro.

— No señor, yo os aseguro. . . .  
— Calla; no tienes remedio.

— Ah! cómo tarda la una!  
— Un siglo se me hace ya.  
— Gente viene por allá.  
— ¿Será ronda por fortuna? . . .

No me engañaba, ronda es.  
¡Maldita sea mi estrella!  
Mas librarme sabrán de ella  
En esta ocasion mis pies.



—Espera, cobarde, espera,  
Que si te atreves á dar  
Un paso, te he de matar.  
—¿A mi matarme? ¡quimera!

Adios; y no os aseguro  
Las ganancias.—Toma y calla.  
—Sin tener cota de malla!  
Vive Dios, que estais muy duro....

Mas ya que quiere la suerte  
Entre la pared y espada  
Ponerme, no temo nada:  
Aqui esperaré la muerte

De pié firme. ¿Qué he de hacer  
Me quereis, señor, decir?  
—Callado estar, no huir,  
Y sin temer responder.

—Pues bien, ya vienen, Simon,  
Por Dios, estate aqui quedo;  
Desecha temor y miedo  
Y haz de tripas corazon.

Procuró Simon tomar  
Un aire arrogante, altivo,  
Mientras Don Juan se ocultaba  
Para no ser conocido:  
Se acercó entónces la ronda,  
Que guardando aquel recinto  
Andaba; y al ver dos hombres,  
Los creyera foragidos.

R.—Hola! ¿quién sois?—S. Un hidalgo  
Que á solazar viene aquí.

R.—¿Quereis burlaros de mí?  
Ved que soy alcalde, y valgo

Mas de lo que vos pensais.

S.—A solazar vengo, cierto:  
No me burlo ni de un muerto.

R.—¿Pues cómo aquí solazais

Siendo una noche de invierno?  
Que si fuera de verano . . .

S.—Dadme aquí, Señor, la mano.

R.—Responded, por el infierno,

O á la cárcel vais á dar . . .  
Llevadle . . . S.—Cuerpo de Cristo!  
Jamás tan gorda la he visto,  
Santa vírgen del Pilar!

J.—Soltadle, ó viven los cielos,  
Que os haga dos mil pedazos.

S.—Ay! que me rompen los brazos  
Por causa de tus desvelos.

R.—Y vos quién sois, que orgulloso  
Pretendeis mandarme? J.—Soy . . .

S.—Don Juan de Armendia y Godoy,  
Venid, libradme piadoso.

R.—Soltadle; que venga aquí;  
Y vos, señor, dispensad  
La equivocacion; quedad  
Con Dios. S.—De buena salf.

Y la ronda prosiguió  
Con jácara su camino,  
Mientras Don Juan y Simon  
Quedaron en aquel sitio:

Don Juan, volviendo á la vaina  
La espada de doble filo,  
Y Simon, dando á los diablos  
La influencia de su sino.  
Mas éste presto entregóse  
A un sueño dulce y tranquilo,  
Como el hombre que de penas  
Su pecho tiene vacío,  
Mientras Don Juan, cuyo rostro  
Revelaba los martirios  
Del corazón, exclamaba  
Con un temblor convulsivo:

—¿Qué inquietud me atormenta, justo cielo?  
Luisa me adora; la amo con ternura;  
Y sin embargo, tétrica amargura  
Niega á mi corazón paz y consuelo.  
Dentro de poco en su agitado seno  
Mi cabeza pondré; ¡cuántas delicias!  
Derramarán sus plácidas caricias  
Sobre este pecho de tormentos lleno! . . .!

La mujer . . . la mujer . . . es ángel puro,  
Que Dios al hombre ofrece en compañía;  
Es la dulce esperanza que nos guía  
De la felicidad al bien seguro. . . .



Pero este peso que me oprime el alma,  
¿Qué funestos pesares me predice?  
Yo me sueño feliz; y álguien me dice:  
“Ya no en tu pecho habitará la calma.”

Calló; de dolor profundo  
Lanzó un lúgubre suspiro,  
Que hendiendo el viento sonoro,  
Repitió el eco tranquilo.  
Se envolvió en su ferreruelo,  
Y en la espada que en el cinto  
Ostentaba, apoyó triste  
Su brazo desfallecido.

## II.

En la Catedral soberbia  
Las doce sonaban ya:  
Desierta estaba la plaza,  
Lóbrega, oscura además:

México entónces no era  
Esta opulenta ciudad,  
Cuya frente magestuosa  
Brillante y pura hoy está:  
Calles sucias, asquerosas,  
Y acequias turbias no mas,  
Se veían por dō quiera,  
Y de noche oscuridad.  
Era lúgubre su aspecto;  
El silencio sepulcral:  
Parecía que sus alas  
De agüero triste y fatal,  
Siempre tendidas tenia  
Sobre esta yerta ciudad,  
El genio de las tinieblas,  
Del misterioso callar.  
De la plaza en el recinto  
Se alzaba la Catedral,  
Soberbia, cual se levanta  
El gigantesco volcan.  
La circundaban las casas  
De los nobles; y además  
De los altivos vireyes  
El palacio, dō quizá

Era mas el esplendor,  
Mayor la suntuosidad,  
Que en los alcázares regios  
Del católico sultan.

Allí en el atrio del templo  
Don Juan está aun sentado,  
La dulce voz de su amada  
Con impaciencia aguardando.  
El viento soplaba apénas;  
El silencio era extremado,  
Y solo el grito del buho  
Se oia de cuando en cuando,  
Cuyo acento misterioso  
Daba miedo y sobresalto:  
Todo oscuro estaba, todo,  
Ni el melancólico rayo,  
De la luna se miraba,  
Cual otras veces callado,  
Bañar con su luz divina  
De la Catedral el atrio.

Por su costado derecho  
Se alzaba un edificio alto,  
Digna morada de un noble,  
Que hoy es casa *del Estado*.  
Allí respiraba un ser  
De Don Juan el alma caro;  
Una mujer, un tesoro,  
Para un hombre apasionado.  
Una hora hacia que triste  
Estaba allí meditando,  
De su corazon sensible  
En el funesto presagio:  
Cerca de la dicha estaba;  
Mas temblaba, sin embargo,  
Porque en su pecho sentia  
Pesar de hierro una mano;  
Y la copa del placer  
Temia acercar al labio,  
Porque era presa infeliz  
De mortales sobresaltos;  
Porque á veces se fascina  
La mente de los humanos,  
Cuando el juguete se juzgan  
De su destino tirano.



Sonó la una: Don Juan  
La escuchó sobresaltado;  
Se acercó á Simon; hablóle  
Volviendo el rostro á sus lados:  
El escudero cobarde  
Despertó refunfuñando,  
Que mas quisiera dormir  
Que acompañar á su amo;  
Y echaron á andar los dos  
Con paso precipitado,  
Y de la casa de en frente  
Bajo el balcon se pararon.  
Pronto el rechinar de un gonceo  
Oyeron los dos abajo,  
Y escucharon de una dama  
El acento enamorado.

—Don Juan, la escala tened,  
Dijo; subid presuroso.  
—Y tú, Simon, silencioso  
Aguárdame.— Qué merced!

Así del padre el cuidado,  
Mujeres locas, burlais:  
Duerme quieto, y le engañais,  
Cuando mas se cree honrado.

Puso la escala Don Juan,  
Y subió precipitado:  
Entró; cerróse el balcon,  
Y Simon quedó aguardando

## PARTE SEGUNDA.

### LAS ILUSIONES.

Cielos, quitadme el temor,  
Pues que me dais la esperanza.  
*Lope de la Vega.*

Reclinados en blandos cojines,  
Recamados de rica labor,  
Donde brillan la plata y el oro,  
Y las perlas de Oriente blason;

Dos personas están silenciosas,  
Embriagadas de gozo y de amor:  
Son Don Juan y Lúisa, que brilla  
Mas hermosa, mas pura que el sol.  
De la májica jôven el rostro,  
De una lámpara al vivo fulgor,  
Se descubre hechicero y divino,  
Cual de un sueño la dulce ilusion;  
Y el mancebo contempla las gracias  
De aquel rostro, que anima el amor,  
Cual contempla devoto cristiano  
Mudo, absorto, la imágen de Dios.  
La alegría, el placer, el contento,  
De Don Juan embargaban la voz;  
Y al mirar de su amante el encanto,  
Junto á ella extasiado quedó.  
Impacientes sus ojos la miran,  
Y la cubren de dulce rubor;  
Y rompiendo el silencio, la dice  
Poseido de ardiente pasion:

—¡Qué momentos tan plácidos, Luisa!  
¡Quién envidia en tus brazos divinos,  
De los hombres los altos destinos,  
La riqueza y el vano poder!  
Ese aliento balsámico y puro  
Que despiden tus labios ardientes,  
Embebece mi alma, ¿no sientes  
Como agita mi pecho el placer?  
El gobierno del mundo trocara  
Por tan dulces instantes, mi Luisa;  
Por mirar tu hechicera sonrisa  
Todo diera.... si no es el honor.....  
—El honor! pronunció ya tu labio,  
Ese nombre sublime y sagrado;  
Fé perpetua, Don Juan, me has jurado...  
—Nada temas, mi vida, mi amor.  
—Nada temo, Don Juan: ¿á tu lado,  
Qué temor asaltarme podria?  
Oh! ninguno, que mi alma se fia  
En el que ama con célico ardor.  
—¿Angel puro, me adoras? —Te adoro.  
—Y este pecho que oprime mi alma,  
¿Por qué ¡cielos! me quita la calma  
En los dulces instantes de amor?



—Tu padeces, Don Juan, y me ocultas  
De tu pena los crueles horrores:  
Dí, Don Juan...—No, mi Luisa, de amores  
Solo ahora debemos hablar.

—No, Don Juan, cual tú dices me adoras,  
Cuando temes tus penas confiarme.

—Mi silencio, mi bien, no te alarme,  
Que no quiero tu gozo turbar.....

No padezco.—Imprudente! pretendes  
Engañarme con falsa apariencia,  
Cuando amarga tu triste existencia  
Algún negro, funesto pesar.

—No te aflijas, no llores, bien mio:  
Oye, escucha, la pena que siento.

—Habla presto, y abrevia el tormento  
Que comienza mi alma á agobiar.

De México en la orilla  
Silencioso vagaba,  
Cuando el sol declinaba  
Al ocaso con fulgido arrebol;  
Y ocupado en tí sola  
Mi pensamiento vago,  
Flotaba al dulce halago  
De los recuerdos de un feliz amor.

En mi alma retratada  
Tu imágen peregrina,  
A la region divina  
Me trasportaba, donde brilla el sol;  
Y allí te contemplaba  
Entre virgíneo coro,  
Y una diadema de oro  
Tu frente ornaba, emblema del pudor:

Allí te vi en un trono  
De magestad velada;  
Y tierna, alborozada,  
Dirigirte à mi lado te miré;  
Mas luego ante mis ojos  
Tendióse un velo oscuro,  
Y huyó tu encanto puro,  
Y un acento fatídico escuché,

Que me dijo terrible,  
Cual la voz del trueno:  
“Huye, que ya en el seno  
Del Eterno reposa esta mujer.”  
Al resonar, rompióse  
El tenebroso velo;  
Y te miré en el cielo,  
Y yo en la tierra mísero quedé.



Desfallecido entónces,  
Cual herido de un rayo,  
Caí en letal desmayo,  
Que todos mis sentidos embargó;  
Pero volviendo luego  
De aquel sopor profundo,  
Me hallé en el triste mundo  
Cual ántes de la mágica vision.  
Y de entónces me oprimen  
Un peso y un tormento. . . .  
Fatal presentimiento  
De súbitos pesares y dolor.  
Esta, Luisa, es la pena  
Que despedaza el alma,  
Que me roba la calma  
En los dulces instantes del amor.

—Nada temas, Don Juan, ¿quién podría  
Separarme ya mas de tu lado?  
Tú no me amas? Tú no eres amado?  
Qué mas quieres?—Ya nada, mi bien.  
—Las visiones de tu alma exaltada,  
Son delirios de amante querido,  
Que en las horas ociosas perdido,  
Busca tregua al continuo placer.

—Reanima mi espíritu débil  
Sí, mujer, que los cielos te hicieron,  
Y alma pura, divina, te dieron  
Para alivio del pobre mortal.  
Tus palabras, ¿qué magia contienen  
Que persuaden al hombre mas fiero?  
—El amor, por mi boca hechicero,  
Es el que habla este idioma, Don Juan.  
—Dices bien; el idioma divino  
De ese amor, que es del mundo la esencia,  
Que embellece la triste existencia,  
De dulzura tus lábios llenó.  
Y tú me amas? y crédulo doy  
A funestos presagios cabida  
En mi pecho? . . . ya no, que mi vida  
A la tuya le liga el amor.  
Ni Dios mismo podrá separarnos  
De hoy, mi Luisa. . . . tú lloras? —De gozo  
Sí, Don Juan, que un divino alborozo  
Este llanto me obliga á verter.  
—Ese llanto, mi Luisa, es mas puro  
Que el rocío que cubre los prados. . . .  
Ah! mis miembros están abrasados  
Por el fuego de fiebre crüel.

— En mi seno reclina tu frente.  
— ¡Sientes, Luisa, mi aliento de fuego?  
Por piedad, mujer bella, te ruego  
Que me dejes mi llama templar  
En tus labios . . . — ¡Qué puedo negarte,  
Si me adoras, Don Juan, con exceso?  
— Ni qué puedo pedirte, si un beso  
El mortal mas dichoso me hará?

El entonces, de Luisa en los labios  
Dulce beso gozoso imprimió;  
Se estrecharon, y lánguidamente  
Se adurmieron al soplo de amor.

PARTE TERCERA.

LA REALIDAD.

Fué siempre el alma en los hombres,  
El adivino mejor.

*Lope de la Vega.*

En los aires de lúgubre campana,  
Graves sonidos pavorosos vibran  
Lentos, pausados, cual de viejo endeble  
Los pasos vacilantes; horrorizan

Y sobrecojen, de la noche triste  
En el silencio, el alma pensativa.  
Nueve toques van ya: la voz del ángel,  
Que en el tremendo postrimero día  
Convocará los hombres ante el trono  
A aparecer de magestad divina,  
No sonará con tan patente influjo  
Del protervo en el alma endurecida,  
Como ese toque que los aires hiende,  
Y cuyos ecos en el cielo expican.  
Esa campana, ¿qué misterio encierra,  
Que se levanta súbito al oírse  
El indolente cortesano, y corre,  
Y vuela presuroso á donde gritan,  
Como el ave medrosa que abandona  
Su dulce nido en la tormenta impía?  
Tiembla la vírgen tímida; el mancebo  
Del hogar paternal se precipita;  
Y alza á los cielos sus temblorosos brazos,  
El viejo débil que el temor fatiga.  
En vez de oscuridad, hora en las calles  
Las rojas luces esplendentes brillan,  
De teas mil que por dō quier se encienden  
Y que los vientos sin cesar agitan.



— En mi seno reclina tu frente.  
— ¡Sientes, Luisa, mi aliento de fuego?  
Por piedad, mujer bella, te ruego  
Que me dejes mi llama templar  
En tus labios . . . — ¡Qué puedo negarte,  
Si me adoras, Don Juan, con exceso?  
— Ni qué puedo pedirte, si un beso  
El mortal mas dichoso me hará?

El entonces, de Luisa en los labios  
Dulce beso gozoso imprimió;  
Se estrecharon, y lánguidamente  
Se adurmieron al soplo de amor.

PARTE TERCERA.

LA REALIDAD.

Fué siempre el alma en los hombres,  
El adivino mejor.

*Lope de la Vega.*

En los aires de lúgubre campana,  
Graves sonidos pavorosos vibran  
Lentos, pausados, cual de viejo endeble  
Los pasos vacilantes; horrorizan

Y sobrecojen, de la noche triste  
En el silencio, el alma pensativa.  
Nueve toques van ya: la voz del ángel,  
Que en el tremendo postrimero día  
Convocará los hombres ante el trono  
A aparecer de magestad divina,  
No sonará con tan patente influjo  
Del protervo en el alma endurecida,  
Como ese toque que los aires hiende,  
Y cuyos ecos en el cielo expican.  
Esa campana, ¿qué misterio encierra,  
Que se levanta súbito al oírse  
El indolente cortesano, y corre,  
Y vuela presuroso á donde gritan,  
Como el ave medrosa que abandona  
Su dulce nido en la tormenta impía?  
Tiembla la vírgen tímida; el mancebo  
Del hogar paternal se precipita;  
Y alza á los cielos sus tembloros brazos,  
El viejo débil que el temor fatiga.  
En vez de oscuridad, hora en las calles  
Las rojas luces esplendentes brillan,  
De teas mil que por dō quier se encienden  
Y que los vientos sin cesar agitan.



El silencio tambien que ántes reinaba,  
La dulce calma que ántes se veía,  
Las voces turban del medroso pueblo  
Que en inmenso tropel se precipita.  
Sigue con fuerza y rapidez el toque  
De la campana; y ya la turba gira,  
Y de la plaza en el recinto hierve,  
E *Incediol incendio!* pavorosa grita.  
Una columna de luciente fuego,  
Subir al cielo, lúgubre se mira  
Envuelta en humo; y con funesto brillo,  
De la ciudad el ámbito ilumina.  
Y la turba se mueve, cual las olas  
Cuando la mar se muestra embravecida,  
Y entre sí chocan, cual las pardas nubes  
De tempestad en la region sombría.  
Grande es su agitacion, grande su espanto;  
Pero es grande la fuerza que la anima  
A contener la cundidora llama,  
Que amenaza voraz estrago y ruina.  
En el mullido seno de su amada  
Recostado Don Juan aún se mira;  
Y ellatambien sobre su fuerte pecho,  
Lánguidamente su cabeza inclina:

Late de Luisa el corazon tranquilo,  
Cierta señal de su inocente vida!  
Miéntra á D. Juan que aún entre sueños sufre,  
El corazon violento le palpita.  
Suenan las tres, y súbito despiertan;  
Y ámbos al despertar tristes suspiran:  
Se levanta Don Juan; toma la capa,  
Y la espada se ciñe, y luego se hinca  
Y por segunda vez un beso imprime  
En los púdicos labios de Lüisa.  
—Es hora de partir: las tres han dado,  
Don Juan le dice, en nuestra eterna dicha  
Piensa; y que el ángel del amor te guarde.  
—Adios mi bien, responde.—Adios querida.  
Y al balcon se dirige presuroso  
En el momento en que la turba grita  
Y *al fuego, al fuego*, sin cesar repite....  
Y la escucha Don Juan, y se horroriza.  
—¿Oyes, oyes, Don Juan? Luisa le dice;  
Y él no responde, y con mortal fatiga  
—La espantosa verdad de mis presagios,  
Al cielo exclama, ¿se verá cumplida?....  
Mas no tiembles, mi amor; aquieta el alma....  
Y abre el balcon; y al contemplar Lüisa

Aquel cuadro de horror que lo circunda,  
Un grito lanza, y ya desfallecida  
Al suelo cae, cual marchita rosa  
Que en la pradera su cabeza inclina.  
En humo envueltas las voraces llamas,  
En la mansion penetran de Luisa,  
Y la transforman en ardiente hoguera  
De horrible aspecto que pavor inspira,  
Que aterroriza el corazon mas fuerte:  
Es un infierno que en su centro abriga,  
Y va á tragar y á consumir vorace,  
Dos inocentes desgraciadas víctimas.  
El edificio treme, las paredes  
Cual arbusto ante el ábrego vacilan;  
Van á caer! y bajo el peso enorme,  
Luisa y D. Juan exhalarán la vida.  
¡Qué horrores, qué martirios, que tormentos  
Para una alma que quiere enardecida;  
Para una alma que acaso se creyera  
En el colmo supremo de la dicha!  
Oh jóvenes! soñábais la ventura,  
Y entre suaves y plácidas caricias,  
Las nubes no veáis que á lo léjos  
El horizonte cubren de la vida:

Volvísteis del letargo; despertásteis  
Avidos de placer; y en vez de dicha,  
La realidad palpásteis del destino  
Que os preparaba la fortuna impía!  
Mira Don Juan caer á la que adora,  
Con frenético ardor; su frente mira  
Cubierta con el velo de la muerte;  
Y como un insensato en ella fija,  
Sobrecojido de terror, los ojos;  
Mas siente un golpe que mortal herida  
Abre en su corazon; y en este instante  
Sus miembros tiemblan, y convulsa risa  
Vaga en sus labios: su mirar ardiente  
Es el mirar de un réprobo: se eriza  
Su negra cabellera, y en su rostro  
La desesperacion atroz se pinta.  
Hace el último esfuerzo; es un amante;  
Y un amante que pierde á su querida,  
En el momento en que el placer apura,  
Y se sueña en el colmo de la dicha,  
Quisiera ser un Dios: la alza en sus brazos;  
De un hilo pende ya de ámbos la vida:  
O salvarla ó morir! si es que la suerte  
De dos que se aman, el destino liga.



“Salvad! salvad á mi hija!” una voz sale  
De entre la turba, ahogada por el llanto:  
Hija mia querida dulce encanto  
De mi triste vejez, ¿será que exhale

Sin volverte á mirar, mi último aliento?....  
Salvadla por piedad; y mi riqueza,  
Mis títulos, honores y nobleza,  
Serán del que la salve del tormento.”

Allá se mira entre el gentío inmenso,  
Que levanta muralla impenetrable,  
De un pobre viejo el rostro venerable,  
Lleno de angustia y de dolor intenso.

Terrible es su inquietud, su pena impía:  
Desesperado al cielo alza los brazos,  
Y con el corazón hecho pedazos  
Contempla ya de su hija la agonía.

De entre el pueblo conmovido  
Una voz se escucha fuerte:  
Es de un joven atrevido,  
A arrancarla apercebido  
De las garras de la muerte.

Al mirar su atrevimiento  
Imitarle todos quieren;  
Solo el viejo sin aliento,  
Cede al peso del tormento  
De los golpes que le hieren.

Una escala denodado  
Lleva el joven en sus hombros:  
Va al peligro, sin cuidado  
De quedarse sepultado  
De la casa en los escombros.

Llega al fin; y audacia tanta  
Al mirar, la plebe absorta  
Grito universal levanta;  
Y en abnegacion tan santa  
A perseverar le exhorta.

PERO ENTÓNCESE UN GRITO PAVOROSO  
SE PERCIBE DE LO ALTO DE LA CASA,  
QUE DEL ANCIANO EL CORAZÓN TRASPASA,  
CUAL DARDO MATADOR;



Y cual sucede á tempestad furiosa,  
Plácida calma en el turbado cielo,  
Largo silencio sucedió en el suelo

A un grito de dolor.

Todos inquietos sus miradas fijan;  
Y entre el humo y las llamas horrorosas,  
Las facciones de un hombre pavorosas

Contemplan con terror:

Una mujer entre sus brazos miran,  
Una mujer sin mancha de delito;  
Y por segunda vez oyen un grito

Que implora salvacion.

El pobre viejo que á su Luisa mira  
Del amante querido entre los brazos,  
Siente un golpe mortal, su honra en pedazos

Mirando con horror;

Y al suelo cae, como roble añoso

Por el tiempo vorace carcomido:

Allí queda su cuerpo sin sentido;

Su alma al cielo voló.

En tan confuso espanto ¿quién mirara  
Del anciano infeliz el fin postrero?

Solo atentos estan al lastimero

Grito de salvacion:

Se conmueven al ver la lucha horrible  
Del infeliz D. Juan, que estrecha al pecho,  
Ya con tierna inquietud, ya con despecho

A aquel ángel de Dios....

Nada al jóven intrépido contiene  
Para seguir su peligrosa empresa,  
Para arrancar tan valiosa presa

A la muerte feroz;

Y por su escala denodado sube,  
Mientras el pueblo su valor sostiene,  
Y la esperanza plácida mantiene

De alcanzar salvacion....

Llega el jóven, en fin; el pueblo grita,  
Y los juzga ya libres de la muerte....

¡Infelices! ignoran que la suerte

Su destino fijó;

Ignoran que los hombres miserables

Son conducidos por oculta mano

Al borde de un abismo, donde en vano

Al cielo alzan su voz....

En ese instante el edificio tiembla,

Y el cimiento furioso se extremece;

El equilibrio de Don Juan fenece,

Y al suelo van los dos.

Un ronco grito universal se alza;  
Al caer ámbos se extremece el suelo,  
Y con rabia Don Juan mirando al cielo  
¡Maldicion! exclamó.

(1842.)



EN UN TEMPLO.

I.

Es hora del crepúsculo sombrío;  
Hora sublime en que postrado el mundo  
Adora del Eterno el poderío,  
En éxtasis de amor dulce y profundo:  
Ya los astros que pueblan el vacío,  
Del Sol en Occidente moribundo  
Al último destello, se levantan;  
Su luz derraman y la tierra encantan.

Ya en el viento vibró majestuosa  
La voz del gigantesco campanario;  
Lóbrega se levanta y silenciosa  
La nave dō mi encanto solitario;  
Sus trémulos fulgores misteriosa  
La lámpara derrama en el santuario,  
Y ante mis ojos fascinados giran  
Negros fantasmas que pavor me inspiran.



Un ronco grito universal se alza;  
Al caer ámbos se extremece el suelo,  
Y con rabia Don Juan mirando al cielo  
¡Maldicion! exclamó.

(1842.)



EN UN TEMPLO.

I.

Es hora del crepúsculo sombrío;  
Hora sublime en que postrado el mundo  
Adora del Eterno el poderío,  
En éxtasis de amor dulce y profundo:  
Ya los astros que pueblan el vacío,  
Del Sol en Occidente moribundo  
Al último destello, se levantan;  
Su luz derraman y la tierra encantan.

Ya en el viento vibró majestuosa  
La voz del gigantesco campanario;  
Lóbrega se levanta y silenciosa  
La nave dó mi encanto solitario;  
Sus trémulos fulgores misteriosa  
La lámpara derrama en el santuario,  
Y ante mis ojos fascinados giran  
Negros fantasmas que pavor me inspiran.



Treme bajo mis piés el pavimento;  
La columna vacila; el cortinaje  
Contra los muros sacudirse sienta,  
Como siente en los bosques el salvaje,  
Al fuerte soplo de irritado viento,  
Sacudirse del árbol el ramaje;  
Y entre las sombras del santuario augusta,  
Murmurar oigo su plegaria al justo.

Hora es de prosternarme ante las aras  
Con corazón contrito y humillado;  
De hablarte á tí que al infeliz amparas;  
A tí, Ser de los seres, increado;  
A tí que al bueno en tu mansion deparas  
Fresco laurel de estrellas circundado,  
Que oyes la voz del hombre que criaste  
Y á un mundo de miserias le arrojaste....

Cuánto á mi pecho es plácida la hora,  
En que venciendo la tiniebla al día,  
Tiende la noche su ala bienhechora  
Sobre la tierra, que en calor hervía.  
Mi alma entónces, Señor, con fe te implora,  
Y hasta tu trono su plegaria envía  
En las alas de arcángeles ardientes,  
Que ante tí doblan sus soberbias frentes.

El corazón se ensancha ante el misterio  
Que el rostro vela de la noche oscura;  
Ya palpita en el triste cementerio,  
Gimiendo al pié de humilde sepultura;  
Ya escuchando en antiguo monasterio,  
Dulce concierto, de armonía pura;  
Ya en la oculta mansion, del bosque umbrío  
Escuchando el murmurio de algún río.

¡Cuánto amo yo el silencio misterioso  
Que sigue el paso de tu carro lento,  
Augusta madre del mortal reposo!  
¡Cuánto me halaga tu tranquilo viento!  
¡Cuánto el benigno sueño del quejoso  
Corazón, calma el matador tormento....!

Mas amo ¡oh negra noche! tus tinieblas  
Que el sol de este sin sus pardas nieblas;

Porque la luz del día me atormenta  
Y cansa de mis ojos la pupila,  
Y los raudales de mi llanto aumenta;  
Porque la fe del corazón vacila,  
Y la duda á la mente se presenta,  
La amarga duda que dolor destila,  
Al ver feliz cuanto en el orbe existe,  
Y solo yo, "sin esperanza" triste.

Esa duda, la sabes tú, Dios mio,  
Lenta marchita el corazon cansado  
Con el contacto de su labio frio,  
Con las caricias de su brazo helado,  
Como marchita el amador impío  
De virgen pura el rostro sonrosado,  
Como el rigor del inclemente hielo  
La flor marchita que engalana el suelo.

II.

Por eso á la hora en que duerme  
El mundo, en tu altar me postro,  
Hora en que vuelves el rostro  
A alumbrar la eternidad;  
Hora en que cubres amante  
El seno del templo santo,  
Con la orla de tu manto  
Que flota en la inmensidad.

Padre del pobre que gime,  
Oye del pobre las voces,  
Tú que del hombre conoces  
El revuelto corazon;  
Tú que formaste los senos  
En que la vida se inflama,  
No dejes morir la llama  
Que ilumina mi razon.

Los pesares han secado  
Las creencias de mi infancia;  
Perdió la flor su fragancia  
Y marchitándose va:  
Mi vida fué sol de estío  
Que cubre espeso nublado;  
Fué manso arroyo que el prado  
No riega en su curso ya.

Cuando niño, en el regazo  
De mi madre, te invocaba;  
Y admirado contemplaba  
Tu sublime magestad,  
Del Sol en el disco ardiente,  
Y en la voz de la tormenta,  
Y en la ráfaga violenta  
Que levanta el huracán.



Y el rüido de las hojas  
Al susurro del ambiente;  
Y el murmurio de la fuente;  
Cabe el pálido jazmin,  
Mis creencias acendrabán,  
Y los creía el gemido,  
Que exhalaba dolorido  
Desterrado serafin....  
Madre, madre, al estrecharme  
En tus brazos con anhelo,  
Tú me mostrabas el cielo  
Diciéndome, "allí está Dios;"  
Diciéndome que hay un mundo  
Donde las penas no crecen,  
Ni los hombres se adormecen  
Como aquí con el dolor.  
Donde á los niños arrullan,  
En cunas de oro y diamantes,  
Los querubines amantes  
Que velan su sueño en pié;  
Y te oía embebecido....  
Madre, madre, tu expiraste....  
Con ello ¡oh Dios! marchitaste  
La primer flor de mi fé.

III.

Ella murió.... y abandonado y triste  
Vagué por la existencia turbulenta,  
Como vagan las aves  
Léjos del nido, en medio á la tormenta.

Comí el pan empapado con el llanto  
Que derramaron mis hundidos ojos;  
Y la flor de mi vida  
Ví crecer entre espinas y abrojos.

El gozo del magnate vi en mi duelo;  
La soberbia miré de los tiranos,  
Quise romper su frente,  
Y atadas, con furor, sentí mis manos.

La virtud por el suelo derribada;  
Altanero en un solio vi al delito,  
En el labio dulzura,  
Hiel en el negro corazón maldito....



Todo esto he visto ¡oh Dios! y poco á poco  
Se han ido marchitando mis creencias,  
Y sus flores perdiendo  
El suavísimo olor de sus esencias.

Sola en el alma tu creencia vive  
Como el Sol entre escombros y ruinas;  
Tú solo en el vacío  
Del fatigado corazón dominas.

• Nunca de mí separes tu mirada:  
No al ondear de tu flotante manto,  
De tu existencia muera  
La fe que anima el moribundo canto.

Envuélveme con él aquí en tus aras  
De las aves perdidas dulce nido,  
Y un rayo de consuelo  
Manda á calmar mi espíritu affigido....

Ese rayo tal vez, que atravesando  
Las ventanas altísimas me inunda,  
Es la luz de tus ojos  
Que cuanto alcanza á iluminar fecunda....

Mas no, yo me engañaba, que ese rayo,  
No es un rayo que mandas en mi ayuda;  
Que es del Astro nocturno  
Destello helado, cual mi estéril duda....

Esa duda, la sabes tú, Dios mio,  
Lenta marchita el corazón cansado  
Con el contacto de su labio frío,  
Con las caricias de su brazo helado:  
Oye la voz del corazón impío  
De tu piedad ante el altar postrado....  
Manda ¡oh Señor! á mi dolor consuelo,  
Antes que deje de mirar al cielo.

(1842)





**ROMANCE.**

Sentado está y en silencio  
En el bosque de arrayanes,  
Cabe una fuente que mece  
Entre flores sus cristales,  
Y bajo el espeso toldo  
Que forma el verde ramage  
De cuatro frondosas hayas,  
Un jazmin y dos rosales,  
Aquel morisco doncel  
Que llaman Abindarraez,  
Terror de los castellanos,  
Lustre y honor de los árabes:

Aquel gallardo mancebo,  
Que así se mezcla en combates,  
Y tiñe en sangre cristiana  
Gozoso su corvo alfange,  
Como se rinde al encanto  
De dos ojuelos vivaces,  
Que bajo dos negras cejas,  
Como dos luceros arden.  
Viene tal vez de Almería,  
Dó al son de los atabales  
Rompió escuadrones cristianos,  
Que para él es cosa fácil;  
Y cansado se apeó  
De su morcillo arrogante,  
Por dar en aquestos sitios  
Tregua á sus penas tenaces:  
En estos bellos jardines  
Que pertenecen al padre,  
De aquella hurf por quien pena  
Ha ya dos años cabales.  
Por un lado el albornoz  
Está, por otro el turbante;  
De una haya en el duro tronco  
Apoyado está el alfange;



Y de estorbos libre, ostenta  
Su cabellera ondeante,  
Que al soplo del viento leve  
Sobre su ancha frente cae.  
Se recuesta sobre el cesped;  
Recuerdos de amor le abaten;  
Un suspiro se desprende  
De su pecho palpitante:  
Aquel corazon valiente  
Que nunca latió cobarde  
En medio de la pelea,  
De amor al impulso late;  
Y empieza en sentidos tonos  
A dar sus quejas al aire,  
Quejas que á las duras rocas  
Moverian á ablandarse.  
“ Mora, dice, ¿qué motivo  
Te ha dado el mas fino amante  
Que ha visitado tus rejas,  
Para que tan mal le trates?  
Este amante que te ha alzado  
En su corazon altares;  
Que te adora, cual si fueras  
Del celeste Eden un ángel;

Que cuanto hace y cuanto piensa  
Es solo por agradarte;  
¿Qué te ha hecho, mora ingrata,  
Para que tan mal le trates?  
Cuando el sol refleja vivo  
En los altos alminares,  
Por gozar de tu presencia  
He pasado por tu calle;  
Y en la noche, á los reflejos  
De la luna rutilante,  
Dulces trovas he cantado  
A tus rejas . . . pero en valde;  
Que tú, Zelma, has ocultado  
El rostro, que por miralle,  
Diera mi veloz morcillo,  
Diera mi terrible alfange.  
En las cañas y sortijas  
Reina tú de las beldades,  
Por la fuerza de mi brazo  
Aclamada te miraste;  
Y he ganado mil laureles  
En torneos y en combates,  
Que á tus plantas, mora ingrata,  
He rendido yo al instante.



¡Qué motivo, pues, te he dado  
Para que al morillo Tarfe,  
Que ya todos en Granada  
Bien conocen por cobarde;  
A ese moro que hace gala  
De sus necias liviandades,  
Le prefieras á quien te ama,  
Cual no puede amarte nadie?  
¡Qué motivo? . . . mas en vano  
Yo lamento tus desaires,  
Que el capricho es en las hembras  
Un misterio inescrutable.”  
Calló, porque en su garganta,  
Sintió la voz anudarse;  
Y una fugitiva lágrima  
Brilló en sus ojos de árabe;  
Mas un rüido escuchose  
Detras de los arrayanes,  
Que á sacarle pronto vino  
De su abatimiento grande;  
Y á poco una voz que dijo  
Estas palabras süaves,  
Que fueron á sus heridas  
Un bálsamo saludable;

“¡Oh cuán engañado vives,  
Y cuanto agravio me haces,  
Gentil moro, el que en Granada  
Aclaman por mas galante.  
Dices que prefiero á tí  
A aque-se morillo Tarfe. . . .  
No soy tan necia, doncel,  
Para querer á un cobarde:  
Ojos tengo que me avisan,  
Quien es fino, quien mudable,  
Quien es digno de mi amor,  
Y quien lo es de mi desaires;  
Y si ves que yo le escucho,  
Lo hago mas bien por mi padre,  
Que por mostrar á ese moro  
Que soy capaz de adorarle. . . .  
Dices tambien que has pasado  
Veinte veces por mi calle,  
Y que he ocultado mi rostro. . . .  
Mas, puesto que es tiempo, sabe  
Que yo probar tu constancia  
Quise con desprecios tales;  
Que aquestos son el crisol  
De los donceles amantes.

Sabe tambien que á tí solo,  
Ya de hoy mas en adelante,  
He de amar, porque supiste  
Con finezas cautivarme;  
Y no trates de liviana,  
Que no es bien que así la trates,  
A quien obligada viose  
Su pasion á declararte.  
Adios, moro, de tu pecho  
Arroja ya los pesares,  
Que serás correspondido  
Mientras fueres tan constante.”  
Deslizóse por las ramas;  
Y el rendido Abindarraez,  
Sin creer su dicha, viola  
Desaparecer fugace.

(1843.)

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL DESTINO.

### MEDITACION.

A MI PRIMO PABLO MARIA TORRESCANO.

.....¡Oh ciegos! tente  
En tu afan importuno,  
Que entrar á su sagrario no consiente  
El Excelso á ninguno.

Meléndez Valdes.

### I.

Al pié de estas magníficas rüinas,  
En medio de la augusta soledad,  
Debajo las altísimas encinas  
Llenas de magestad;

Aquí en el monte, dó el agreste pino  
Hasta el cielo su copa eleva audaz,  
Alma mia, contempla en el destino  
Del mísero mortal.



¿Qué templo mas cercano á las regiones,  
Dó mora de los astros el Creador,  
Que la cumbre de un monte? De leones  
El rugido feroz;

Del huracan terrible los bramidos,  
El ronco silbo de las hojas, son  
La música mas dulce á mis oídos,  
La mas grata cancion.

Eleva, pues, tus súplicas ardientes,  
Elévalas al trono celestial,  
Ya que léjos estás de los torrentes  
Del ruido mundanal.

Envueltas subirán en el ambiente  
Que se alza del desierto; tu oracion  
La escuchará el Señor benignamente;  
Implora su perdon.

El hombre nace; y su saludo al mundo  
Es un grito de angustia y de dolor,  
Un grito prolongado, un ¡ay! profundo,  
Un ¡ay! aterrador;

Y en su frente infantil, junto á un destello  
Emanacion de la divinidad,  
Se mira impreso el formidable sello  
De la fatalidad;

Y presa de miserias y dolores,  
La aurora de sus días ve pasar,  
Envuelta entre la sombra y los horrores  
De negra tempestad.

¿Quién le consuela entónces? ¿Quién el llanto  
Enjuga de su pálida niñez?  
Una madre indolente, en su quebranto  
Le abandonó tal vez. . .

Las manos inocente eleva al cielo,  
Y de su llanto al lúgubre compas,  
Una voz le responde: "Aquí en el suelo  
Por siempre gemirás."

En frágil barca, sin timon se lanza  
De juventud al tempestoso mar,  
Y entre las fuertes olas, su esperanza  
Comienza á vacilar;



Y al escondido impulso que le guía  
Débil cediendo su alma criminal,  
Quieto camino por el ancha vía  
Que le presenta el mal....

Deten ¡oh jóven! tu veloz carrera,  
El precipicio mira que á tus piés  
Está abierto... insensato! tente, espera,  
¿El abismo no ves?

Nada; no escucha nada, en su delirio  
Corre furioso al crimen ¡infeliz!  
Como en el campo el marchitado lirio  
Doblará la cerviz.

Se acerca el hielo de vejez rugosa  
Tras el fuego de inquieta juventud:

¿Qué al hombre aguarda? Muerte tormentosa,  
Miserable ataud:

Corre al sepulcro, cual revuelto río  
Corre á su centro, al dilatado mar,  
Después de un bosque solitario, umbrío,  
En su curso regar.

Vuelve entónces su rostro, ve las huellas  
Que en este mundo mísero dejó,  
¿Por qué suspira y gime? Porque en ellas  
Su destino miró....

¡Oh Dios! ¡oh Dios del tiempo! ¿Será cierto  
Que á un destino sujetas al mortal;  
Y que solo se mueve el mundo incierto  
Por su influjo fatal?

¿Será cierto que el hombre miserable  
Que respira un ambiente criminal  
En el seno del vicio, no es culpable,  
No es causa de su mal?

¿Será cierto que tu alma omnipotencia  
Privándole de libre voluntad,  
Los días sujetó de su existencia  
A la fatalidad?....

II.

¡Oh! no: yo deliro; se pierde mi mente  
En dudas que llenan el alma de horror;  
En dudas terribles que el pecho consiente,  
Que nublan mis ojos, y ahogan mi voz:

La sangre discurre veloz por mis venas,  
Mi frente devora la fiebre crüel,  
Destrozan mi pecho furiosas las penas,  
Se aumenta el delirio, vacila mi fé.

Del hombre la imágen á eterno castigo,  
Sin culpa entregada contemplo ¡infeliz!  
De acerbos dolores soy mudo testigo,  
Y escucho temblando su eterno gemir;

Y miro sus miembros arder, como el heno  
Que activa consume la llama voraz,  
Y llega á mi oído su voz de trüeno  
Que acusa á los cielos que causan su mal.

“¡Injusto!” pronuncia con ira y despecho,  
“¡Injusto!” el averno repite feroz,  
“¡Injusto!” resuena también en mi pecho:  
Palabra terrible que hirió el corazón.

“ Si al seno del vicio, si al crimen horrible,  
Siguió el infelice, veloz me lancé,  
No tengo yo culpa; mis pasos terrible  
Guiaba el destino constante dō quier.

Mi pecho anhelaba seguir el camino  
Que alumbra á los hombres la dulce virtud;  
Mas siempre implacable mi fiero destino  
Robaba á mis ojos su fúlgida luz . . . .”

“ Y aquí sumergido por siempre . . . la nada,  
La nada primero, culpable no fui;  
La nada yo imploro”. . . . Fugaz llamarada  
Se eleva y abate su erigida cerviz.

Su rostro se oculta y arroja un bramido,  
Cual eco lejano de ardiente volcán.  
Mis miembros temblando, mi labio caído  
“Tal vez inocente” volvió á murmurar;



Y al cielo elevando mi vista doliente,  
Yo quise los juicios de Dios comprender!  
¿Por qué le castigas? le dije demente,  
¿Por qué eres injusto? ¿por qué del poder

Abusa tu mano, si al hombre un destino  
Que tú le prefijas, le impele á pecar?  
Un rayo se lanza del cielo divino,  
Y mudo de espanto yo oculto mi faz.

### III.

Perdona mi delirio, sí, perdona  
Este delirio en que se abrasa mi alma:  
Vuélveme ¡oh Dios! la suspirada calma  
Que disfruté tranquilo en mi niñez;  
Cuando sentado en el hogar paterno  
Levantaba á los cielos mi cabeza,  
Y admiraba inocente tu grandeza  
Con religiosa y acendrada fé.

Ah! ¿para qué me diste un pensamiento  
Con que volar á tu divina esencia,  
Y querer comprender tu omnipotencia,  
Y querer tus misterios penetrar;  
Si al ángel mismo que en tu trono vela,  
Cándido y puro en el sereno cielo,  
Encubres del misterio con el velo  
Los arcanos de tu alma ipmenségidad?

¿Por qué al desierto, cual salvaje rudo  
No me arrojaste? allí viviera ufano,  
Admirando los dones que tu mano  
En la natura al hombre concedió;  
Allí cantara con sencillos tonos  
Al son de los torrentes, tus loores,  
Y envuelta en el aroma de las flores  
Se alzara á tí mi rústica oracion.

Nunca mi alma en el terrible escollo  
De la duda sombría se estrellara;  
Ni mi imaginacion jama osara  
Escudriñar tus juicios, santo Ser!  
No vacilara en mi creencia pura;  
Te tributara humilde, incienso grato,  
Y mi alma libre del mundano trato,  
Siempre guardara tu sagrada ley.

Mas no..... tú me arrojaste á las ciudades,  
Lisongeras mansiones dó los hombres,  
Luchan feroces por mentidos nombres  
Que alhagan su soberbia y vanidad;  
Dó el pobre se lamenta junto al rico,  
Donde uno ríe miéntras otro llora,  
Dó nunca alumbra la rosada aurora  
Sino cuadros de horror y de maldad;

Dó el crimen es virtud, dó el poderoso  
Un Dios se forja con su vil riqueza,  
Y dó hace sin pudor con su belleza  
Tráfico vergonzoso la mujer;  
Dó el virtuoso es blanco del escarnio,  
Y donde el hombre criminal blasona  
De vivir en los vicios, y pregona  
Su torpeza y su sórdido interes.

Aquí he vivido yo ... miles de orgías  
He contemplado con serena frente;  
Y he visto al hombre en el placar ardiente  
Felicidad efímera soñar:  
He contemplado el largo sufrimiento,  
Eterno lloro y lánguido gemido  
Del infeliz, que de miseria henchido  
Pide de puerta en puerta el diurno pan.

He visto á hermanos combatir feroces,  
He visto el rostro frio del suicidio,  
He visto consumarse el parricidio  
Y he oido de tu nombre blasfemar:  
Mi mente se ha perdido en conjeturas,  
Y al mirar el puñal del asesino  
He gritado demente: " Hay un destino  
Al que sujeto está todo mortal...."

Ah! perdona, perdona, Padre mio,  
Perdona ya mi loco atrevimiento;  
Es muy mezquino ¡oh Dios! mi pensamiento,  
Para poder tus juicios comprender;  
Soy un gusano vil que se desliza  
Del mundo criminal por entre el cieno;  
Un hombre soy que de soberbia lleno,  
Demente siempre, injusto te juzgué....

Ya no quiero vivir en las ciudades,  
Dó el hombre por su causa corre al crimen,  
Dó desgraciados mil lloran y gimen,  
Miéntras otros se embriagan de placer....  
El hombre es libre, en tu palabra fio,  
Porque tu labio santo nunca miente:  
Eres justo en extremo, eres clemente....  
Ya no hay duda en mi pecho, solo hay fé.





## LA SONRISA DEL NIÑO.

I.

Bajo el sol ¡oh tierno niño!  
 Nada se halla mas hermoso,  
 Que de tu labio gracioso  
 Esa sonrisa infantil;  
 Ella es el idioma puro  
 Del ángel de la inocencia,  
 De ese ángel que la existencia  
 Tiñe de rosa y carmin.

II.

Bella es la nube que en el cielo ondea,  
 Cuando sonríe la naciente aurora,  
 Y los acentos de su voz canora  
 En las selvas modula el ruiseñor;  
 Bello el semblante de la vírgen tímida,  
 Cuando contempla en cristalina fuente  
 Sus negros ojos y su blanca frente,  
 Con la dulce sonrisa del pudor.

Mas si del cuello pendiente  
 Estás de tu madre ¡oh niño!  
 Como lo está de los pétalos  
 De la azucena, ó del mirto,  
 El pintado colibrí;  
 Si oigo entónces el susurro  
 De tu hechicera sonrisa,  
 Que vaga con alas rápidas,  
 Cual leve mariposilla,  
 En tu labio de rubí;

T I.—6

Nada te iguala; y de diamante y oro  
Sueño en un mundo, á mi ambicion estrecho,  
Donde seria mi mayor tesoro,  
Una mujer que contra el blando pecho,  
De un hijo de mi amor que sonriera,  
La cabeza oprimiera.

(1843.)



## EL POETA.

### I.

¿Veis ese niño inocente  
Allí en su cuna infantil,  
Puro cual alba riente,  
Cuando entre oelages mil  
Aparece en el Oriente?  
¿Veis su mejilla rosada  
Como el boton de la flor;  
Y en su boca delicada  
Dulce sonrisa mezclada  
Con la expresion del dolor?



El ángel de los amores  
No es tan puro, tan hermoso,  
Ni cual los gratos olores  
De sus labios, deleitoso  
El aroma de las flores.

Licor de rosa y beleño  
En sus párpados vertió  
La blanda mano del sueño,  
Y á sus ojos desplegó  
Los encantos del ensueño.

¿Le veis reir? La inocencia  
Se pinta en su faz graciosa;  
Que en esa dulce existencia,  
El grito al hombre no acosa  
De la terrible conciencia;

De blanca nube de gloria  
Que en su frente ayer posó,  
Tal vez de dicha ilusoria,  
Que cual relámpago huyó,  
No le roe la memoria.

Que es la infancia de la vida  
Manso arroyo que serpea  
Por la pradera florida;  
Tímida ave que gorgoea  
Desde el árbol donde anida.

Allá en tu cándida mente  
¡Oh niño! ¡qué idea grata,  
Tras el velo trasparente  
Del destino, se retrata,  
Como la flor en la fuente?

De un brillante porvenir  
Contemplas dorados días;  
¿Y esto te hace sonreir?  
¿Crees que tus armonías  
Loco el mundo ha de aplaudir?

¿Que cual Dios en un altar  
Te ha de colocar el hombre?  
¿Que nunca has de suspirar,  
Y que inmortal de tu nombre  
La memoria ha de quedar?

Tú del mundo los engaños  
A comprender llegarás;  
Frio el curso de los años  
Entonces contemplarás,  
Tras amargos desengaños.

Cuando la verdad el velo  
Rompa de las ilusiones,  
Verás que el hombre en el suelo,  
Al soplo de las pasiones,  
Pierde la paz y el consuelo....

Mas ¡ah! la palpitation  
Agita tu corazon,  
Y llevas tu mano inquieta  
Sobre él.... Niño, tu mision  
Es la mision del poeta;

Y son tus únicos dones,  
Un corazon para amar,  
Un laud para cantar  
Del alma las emociones,  
Para gemir y llorar.

Sí, llorar: el ruiseñor  
Tambien en la selva llora;  
Que tras el canto de amor  
Llega la terrible hora  
De la cancion del dolor.

## II.

Que el poeta es la palma del desierto  
Por la furia del viento combatida;  
Es el cometa incierto,  
De la azarosa vida;

Que aparece fugaz en su horizonte,  
Pasa, y se pierde en su veloz carrera,  
Tras el májico monte  
De ilusion placentera;

Fragrante flor que tímida se eleva,  
Al blando beso de la brisa pura;  
Mas que en su seno lleva  
De la hiel la amargura;



Que ama, como los ángeles del cielo  
Aman de Dios la plácida presencia,  
Y como ama en el suelo  
El hombre su existencia;

Mas que nadie comprende sus amores;  
Nadie comprende su ambicion de gloria;  
Y pasa entre dolores,  
Su lamentable historia.

III.

Miradle ya jóven osado y fogoso,  
Alzar á los cielos la erguida cabeza,  
Buscando en los astros de Dios la grandeza,  
Odiando del suelo la baja region.  
Sus ojos despiden centellas de fuego  
Que ofuscan la vista del hombre mezquino,  
Que nunca sintiera de influjo divino,  
De gloria, la dulce, la grata emoeion.

¡Le veis? del ingenio le llevan las alas  
Que flotan á impulso del viento que brama,  
Su mente divin<sup>a</sup> se enciende, se inflama,  
Y cruza el espacio ligero, veloz.  
Densísima nube le sirve de asiento,  
Destellos de gloria coronan su frente,  
Le baña, le inunda relámpago ardiente,  
Retumba á sus plantas del trueno la voz.

¡Le veis? en su carro que el viento impetoso  
Conduce del rayo sombrío á la lumbre,  
Recorre del mundo la excelsa techumbre  
Con frente que anuncia la calma al mortal;  
Y lleva en sus manos la cítara de oro  
Que el cielo concede tan solo al poeta,  
Y brilla en su frente la hermosa violeta  
Emblema de ingenio, preclaro, inmortal.

Ya crujen del cielo los ejes eternos,  
Envuelven al mundo tinieblas y espanto,  
Las aves suspenden su plácido canto,  
Las fieras rugiendo se van á ocultar:  
El trueno retumba, los hombres medrosos  
Contemplan el cuadro sublime, terrible;  
Y en tanto el poeta se goza impassible  
En verlos, cual niños cobardes temblar.

Su ingenio le inspira, ya hiere extasiado  
Del arpa sublime las cuerdas sonoras,  
Y pasan veloces y vuelven las horas....

¿Qué importa, si el canto comiéntase à oír?  
¿Le oís? del Eterno las obras ensalza,  
Del Dios que tremendo se oculta en la nube;  
Y mudo y absorto le escucha el Querube  
Dejando su asiento de jaspe y zafir.

¿Le oís? á su acento tambien el arroyo  
Suspende en el prado su dulce murmullo,  
Las aves amantes su plácido arrullo,  
Su furia los vientos, su vuelo el Condor:  
Dios mismo un momento le escucha gozoso  
Dudando si es hombre, si es ángel del cielo....  
El hombre tan solo desprecia en el suelo  
Del vate sublime la mágica voz.

¡Poeta! ¡poeta! tu vuelo suspende  
Que al vuelo aventaja del águila altiva;  
Ya el mundo á tu encanto renace, se aviva  
Y ofrece á tus sienas de gloria el laurel....

¡La gloria! ¡la gloria! ¿Qué importa á las aves  
Que cantan en lo alto del árbol gigante,  
Que el mísero insecto sus ojos levante,  
Y oyendo su canto, deponga su hiel?....

Mas ved, de su asiento cual rayo se lanza;  
Se opaca en su frente la hermosa aureola;  
Los vientos deshojan la pálida viola  
Y el mundo asombrado le mira caer....  
¿Quién pudo atrevido del cisne las alas,  
Las cándidas alas que agita la brisa,  
Cortar en su vuelo?.... la blanda sonrisa  
De un ángel divino que llaman mujer.

IV.

Una mujer que en medio á la tormenta  
Cruzó veloz por el turbado suelo,  
Cual meteoro que brillante ostenta  
Su luz fugaz en el extenso cielo;

Una mujer de mágica apostura,  
De esbelto talle, de animados ojos,  
De tersa frente, de mejilla pura,  
De mórbida garganta y labios rojos;



Una mujer cuyo ardoroso aliento  
El corazón del que la ve calcina,  
Sublime como el vasto pensamiento,  
De ese poeta que á sus piés se inclina;

De ese poeta que en su carro ardiente  
La bóveda celeste recorria;  
De ese poeta en cuya augusta frente  
La diadema del ángel relucia . . . .

Una mujer . . . . su eléctrica mirada  
Inflamó el pecho del canto divino:  
Ardió el amor en su alma apasionada  
Y comprendió su mísero destino.

Amar! cantar! sin el amor ardiente  
¿Qué valen del poeta las canciones?  
¿Qué valen para el mundo, de su mente  
Las grandes y sublimes concepciones?

¿Acaso puede el límpido arroyuelo  
Murmurar suave en los feraces prados,  
Si al sol oculta el tenebroso velo  
Que al agruparse forman los nublados?

¿Muestra sus hojas de carmin y nieve  
Frescas, fragrantés la naciente rosa,  
Si no le toca de la brisa leve  
El ala blanda, dó el amor reposa?

Vedle ya, pues, ante los piés postrado  
De esa mujer que al corazón inspira:  
El bosque, el río, cuanto está á su lado,  
Todo el encanto del amor respira.

Y lleno de esperanzas: "¿quién, exclama,  
Mujer, te hizo tan graciosa y bella?  
Quién dió á tus ojos la celeste llama  
De la brillante, matutina estrella?"

¿Eres una ilusión engañadora,  
Creación de mi ardiente fantasía,  
O la sombra de un ángel bienhechora  
Que viene á consolar el alma mía?

No, no eres ilusión, tú de mi ensueño  
Eres realidad, mujer divina;  
Por tí descubro un porvenir risueño,  
Por tí la gloria un lauro me destina.

¿Ves aqueste laud que veces tantas  
Pulsé inspirado, este laud que adoro?  
Aquí, mujer, le tienes á tus plantas,  
Es de un poeta el único tesoro:

Canté con él la tempestad terrible,  
Del mar las olas y la hirviente espuma;  
Y al sonreír el iris apacible,  
Canté de Dios la omnipotencia suma;

Y no canté al amor; que sus delicias  
Jamás el labio mío humedecieran;  
Jamás de una mujer blandas caricias  
Mi fatigado espíritu adurmieran....

Más yo te ví, y al contemplar tu frente,  
Cual marino que ve con alborozo  
El faro de los mares, impaciente  
Sentí saltar mi corazón de gozo;

Y ella es mi Dios, grité; sola en el suelo,  
Mi sed apagará de amor, de gloria:  
Solo con ella envidiarme el cielo  
Y eternamente viviré en la historia.

Dime, sí, que me adoras, y mi acento  
Inundará la tierra de armonía,  
Irá mi nombre donde vaya el viento  
Y tu nombre con él, querida mía.

Como dos blancos cisnes siempre unidos,  
Remontaremos el soberbio vuelo;  
Yo arrancaré de mi laud sonidos,  
Y crearé para mi amor un cielo....”

Más ¡ah! que en vano su ardorosa llama  
De esa mujer ante los pies se extiende;  
En vano su armonía se derrama....  
Nadie el misterio de su amor comprende....

Mujer! mujer! tú ries insensata,  
Cuando un poeta suplicante llora;  
Te burlas de su amor, y tu alma ingrata  
Se goza en ver su pena destructora!

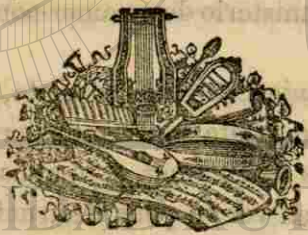
¿Te engendré la sonrisa del Eterno,  
Cual gota de rocío en la mañana,  
O te abortó en su cólera el infierno  
Para castigo de la especie humana?....



Pobre poeta que arrastró el destino  
Hasta los piés de la falaz sirena,  
Angel proscrito que á la tierra vino,  
Solo á gemir entre amargura y pena:

Desvaneci6se tu ilusion de amores,  
Muri6 en tu pecho la ambicion de gloria:  
Ah! tu sucumbirás entre dolores!  
¿Qué importa, pues, que viva tu memoria?

(1843)



## EL FUEGO FATUO.

Desde este sauce doliente  
Que al soplo leve del viento,  
En lánguido movimiento  
Inclina su mustia frente,  
¡Oh, postrimera morada  
Del hombre! yo te saludo,  
Y admiro con labio mudo  
Tu faz de duelo velada:

Morada donde el mortal  
Duerme en el eterno sueño,  
Bajo el ala de beleño  
De tu genio funeral;  
T I.—7

A tí vengo delirante  
Con el cerebro abrasado,  
Léjos del mundo menguado  
A reposar un instante;

A humedecer con mi llanto  
Las cenizas de los muertos;  
A abrazar sus cuerpos yertos,  
Y á oír el fúnebre canto

De ese nocturno agorero,  
Que al caer de la tiniebla,  
La fria atmósfera puebla  
Con su acento lastimero....

Tierno, y augusto, y sagrado  
Tu silencio es ¡oh, mansion!  
¡Cuál descansa el corazon  
En tus brazos entregado!

¡Como el estruendo se olvida  
De ciudades bulliciosas,  
Cuando descansa en tus losas  
La cabeza dolorida....

Mas ahora que ni zumba,  
Ni suspira el viento flébil,  
¿Qué luz se levanta débil,  
De aquella modesta tumba?

Triste, como la mirada  
Postrimera de un amante,  
Pálida como el semblante  
De una vírgen deshonrada;

Que se extingue, y de repente  
Renace mas encendida,  
Como el fuego de la vida  
De un moribundo en la frente;

Que en el suelo del panteon  
Misteriosa se derrama;  
Que alza su trémula llama  
E ilumina una inscripcion!....

Una inscripcion que mi mano  
Con tosca letra grabó,  
Dó la historia consignó  
De una madre, de un hermano;



Una inscripcion que he regado  
Con lágrimas, que el arbusto,  
Que ahora la cubre adusto  
Han sin cesar fecundado....

¡Oh fuego! que así importuno  
A mi memoria has traído,  
De un pasado ya en olvido  
Los recuerdos uno á uno;

Lámpara del cementerio  
Que mano ignorada enciende,  
¿Por qué mi alma no comprende  
De tu fulgor el misterio?

Tú, cuando la noche impera,  
Y al mundo impío adormece,  
Y en los álamos se mece  
Su nocturna compañera;

Tú, pálido y solitario  
De los sepulcros entonces,  
Tras la vibracion del bronce  
Del humilde campanario,

Despiertas, como la luna  
Tras la cancion vespertina,  
Del ave que dulce trina  
De su polluelo en la cuna.

¿Quién eres, pues, tú que ahuyentas  
Y haces temblar al insecto  
Con ese sombrío aspecto  
Que en la oscuridad ostentas?

Del ángel que esta mansion  
Melancólica preside,  
¿Eres el ojo que mide  
La oscura dominacion?

¡O la antorcha del destino,  
Que en el libro de la muerte,  
Viene á mostrarme la suerte  
Que el Eterno me previno?

¿Eres el alma de aquella  
Que ahora en los cielos brilla  
Tan pura, tan sin mancha,  
Como rutilante estrella;

De aquella que sonreía,  
Si en sus brazos me estrechaba,  
Y con canto me arrullaba  
De maternal armonía;

Y ora embriagada en su amor  
Tierna besaba mi frente,  
Cual la gota del torrente  
El pétalo de una flor;

Ora al porvenir mirando  
Lanzaba débil suspiro,  
Y una lágrima que aun miro  
Por su mejilla rodando?.....

Sí, tú eres esa alma pura  
Que de su tumba ha salido,  
Llamada por el gemido  
De mi negra desventura.

Yo te vi cuando lloroso  
Bebí su postrer sonrisa,  
Ir en alas de la brisa  
Por el éter vaporoso;

Y por ángeles llevada  
En blandas oscilaciones,  
Perderte allá en las regiones  
Dó la luz es engendrada.....

Eres tú, sí; ven á mí,  
Espíritu celestial,  
Que en mi soledad fatal  
Siempre he evocado; aquí aquí,

De mi corazón cansado  
Ya débil y sin latir,  
Ven en el centro á dormir  
Blandamente reclinado,

Cual duermen tras los furios  
Del agua y del aquilon,  
En los mares el alcion  
Y el rocío entre las flores.....

Ven; en mi pecho tenerte  
Quiero un momento, un segundo.....  
Búrleme entónces el mundo;  
Hiérame entónces la muerte.....



Mas te extingués.... ¡oh, vision!  
No engañés así mis ojos;  
Mírame ante tí de hinojos.....  
Despareció.... fué ilusion.....

Ilusion! tú me condenas  
A sempiterno martirio.....  
Ah! mi goce fué un delirio....!  
Solo son ciertas mis penas

(1843.)



## LA ESPERANZA EN LA ADVERSIDAD.

A FERNANDO OROZCO Y BERRA.

¿Por qué, amigo, al quebranto  
Tregua no das, y del placer te alejas?  
¿Por qué el copioso llanto  
Y las amargas quejas  
A los del pobre corazón no dejas?  
Al ánima esforzada  
Nunca el vaiven movió de la fortuna;  
Que á sufrir avezada,  
Libó desde la cuna  
Las gotas del dolor una por una.

¿Qué son las duras penas  
Para el que sueña en la brillante gloria,  
Sino llama que apénas  
Se eleva transitoria,  
No dejando impresion en la memoria?

No dan ellas la muerte,  
La vida envenenando con su aliento,  
Sino al que poco fuerte  
Vacila en un momento,  
Y la dulce esperanza entrega al viento.

Quien al dolor prolijo  
Pasa las tardas horas entregado,  
Señales da en su fijo  
Semblante demudado,  
De poco seso y corazon menguado;

Que el sabio que venera  
De lo alto los arcanos insondables,  
No gime, sino espera,  
Pues nunca interminables  
Fueron de Dios los golpes formidables,

¿Por qué el hombre tan solo  
Ha de vivir sin esperanza, triste,  
Cuando de polo á polo  
Cuanto en el orbe existe,  
A la inclemencia del dolor resiste?

La fuente peregrina  
Que heló el invierno, las marchitas flores,  
La despojada encina  
De su gala y verdores,  
En la selva los mudos ruiseñores,

La oveja que entre espinos  
Dejó el vellón, y el ave pasajera  
Que huyó con roncós trinos...  
Todo en el mundo espera  
La vuelta de la alegre primavera.

Plugo á Dios arrancarte  
De un solo golpe cuanto tierno amabas;  
De amargura llenarte,  
Cuando quizá soñabas  
Venturas que á gozar te preparabas;



Desvaneci6se el sueño,  
Y volviendo á los cielos tu mirada  
Contemplaste su ceño,  
Y tu alma amedrentada  
Fué en los abismos del dolor lanzada . . .

Mas ¡ah! que inagotable  
No será el llanto que te inunda ahora,  
Que todo acá es mudable;  
Y pasa en una hora,  
Como el placer, la pena destructora.

¿No ves aquella nube  
Que apénas se dibuja en Occidente,  
Que por los aires sube,  
Que crece de repente  
Y espanto infunde á la medrosa gente?

El viento zumba, el trueno  
Que por montes y valles se dilata,  
Se lanza de su seno . . .  
La lluvia se desata,  
Y cobra el cielo su sonrisa grata;

Vuelve del sol la lumbre;  
Torna el ambiente á susurrar ligero,  
Y vuelve allá en la cumbre  
Del árbol, el jilguero  
A modular su canto lisonjero.

Alza al cielo la frente  
Abatida, y enjuga la mejilla;  
Y en el lejano Oriente  
Mira con fe sencilla,  
Aquella luz que indeficiente brilla:

¿La ves, Fernando, amigo?  
¿Ves el fulgor que inextinguible lanza?  
Ven, exclama conmigo:  
“Oh! luz de la esperanza,  
Feliz quien en su duelo á verte alcanza.”

(1844.)

MALDICION Y REDENCION.

A JUAN N. NAVARRO.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum, et semen illius; ipsa conteret caput tuum et tu insidiaberis calcaneo ejus.— Génesis, cap. V.

¡Días de bendición, en que cercada  
De Arcángeles de luz, de Serafines,  
La inocencia sus alas de jazmines  
Desplegaba en el aura perfumada!

¡Días de bendición, en que risueño  
Sus párpados el mundo levantaba,  
A la canción del Angel que guardaba  
Mudo y atento su profundo sueño!

¡Por qué pasásteis con ligero vuelo,  
Dejando atrás desolación y llanto?  
¡Por qué entonando el postrimero canto,  
Prestos volásteis á anidar al cielo?.....

Antes, cuán bella, al preceder al día,  
Y envidiosa de brillo diamantino  
Que derrama el lucero matutino,  
La aurora el suyo de carmin vertía,

Para expirar en brazos de la brisa,  
Del astro rey á la mirada ardiente,  
Con dulce calma en la nevada frente  
Y entre los labios celestial sonrisa!

¡Cuán leve entonces el celage bello  
Cruzaba el cielo en movimiento vago,  
E iba á pintarse sobre el quieto lago,  
Dó el cisne ostenta su soberbio cuello!

Y cuán grandiosa colosal montaña  
Allá mostraba su imperial corona,  
En las regiones de la ardiente Zona  
Que el rico Eufrátes en su curso baña!



Todo era amor entónces; su cabeza  
Cándida flor en el Eden alzaba;  
Un beso al ángel de la aurora daba,  
Y el rubor encendia su puerza:

El rio en su murmurio, "amor" decia,  
Y "amor" se repetia en el bramido  
Del torrente estruendoso que ceñido  
Del Iris con las fajas relucia.

"Amor" tambien el Oceano inmenso  
En la ola mansa que en la playa expira,  
Y en la voz del alcion que alegre gira  
De blanca bruma entre el sutil incienso;

Y de las aves el brillante coro  
"Amor" decia, en el canoro acento  
Que acompañaba el celestial concerto  
De querubines de salterio de oro;

Y el águila tambien que el horizonte  
Pasa, y las nubes dó altanera habita,  
Y el gusanillo que la yerba agita,  
Y el leon fuerte en el riscoso monte,

Y el tigre fiero en su caverna oscura....  
Todo en la creacion de amor hablaba,  
Todo al sentirlo de placer temblaba,  
Hasta la sierpe venenosa, impura.

Y el hombre y la mujer... dó quier sentian  
Impresiones de amor, por siempre unidos;  
Y eran de amor su idioma, los latidos  
Del corazon que en su embriaguez oian.

Esbelto él, como el ciervo que en la peña  
Contempla el valle en actitud altiva;  
Ella cual la gazela inquieta, viva,  
Cual la paloma cándida, risueña:

¡Quién sus placeres comprender pudiera,  
Al encontrarse en el Eden sus ojos,  
Cuando al contacto de sus labios rojos  
De amor se dieron la señal primera....?

Misterios del amor que fué su guia,  
Que veló la inocencia candorosa,  
Que perfumaron el jazmin, la rosa  
Y endulzó de los vientos la armonía....

Ellos tambien bajo dosel pomposo  
Y entre el murmurio de encantadas fuentes,  
Gratos doblaron las soberbias frentes  
Y entonaron el himno sonoro. . . .

Tú lo escuchaste, Jehová, sentado  
Allá en un trono que el Querub custodia,  
Dó se oye siempre angelical salmodia  
Y nunca el llanto de mortal cuidado;

Y tu obra entónces contemplaste tierno,  
Y sonreiste á la creacion ufano;  
Tendiste absorto tu divina mano,  
Y estremeciose el escondido infierno. . . .

Mas la mujer, de la serpiente astuta  
Entre el aliento de mortal beleno,  
Durmió enlazada con el hombre un sueño. . . .  
Y Adan comió de la vedada fruta. . . .

La inocencia, el amor, por siempre huyeron  
De su ántes santa y divinal guirnalda;  
Y tu volviste al pecador tu espalda,  
Y las tinieblas en el mundo fueron.

Viste tu imágen reflejarse en cieno,  
Y al hombre viste acariciar la muerte;  
Se encendió tu ira, y de tu mano fuerte  
Sobre él cayó tu maldicion de trueno. . . .

Mas luego el rostro, Jehová movido,  
Volviste al hombre que empañó tu esencia,  
Porque es mayor el mar de tu clemencia,  
Que el huracan de tu furor temido;

Y al mirar de su angustia la agonía,  
Tu mejilla sentiste humedecerse  
Con lágrima de amor, que al desprenderse  
Produjo pura á la sin par María;

A la mujer de perennal consuelo  
Que prometiste en desventura tanta,  
La que oprimiendo la infernal garganta  
Del monstruo horrible, nos volviera el cielo.

Ella brilló, como brilló la estrella  
Que el Norte indica al navegante incierto;  
Como el fanal del suspirado puerto  
Que en la ribera de la mar descuella;



Y Adan la comprendió, y Adan postrado,  
"Vírgen de bendicion, clamó lloroso,  
De la vida en el mar tempestuoso,  
Ampara tierna á mi linage amado;"

"Las puertas de oro del Eden perdido  
Abrele tú"....mas expiró su canto;  
Brilló la espada del Querub en tanto,  
Y del dolor y la afliccion seguido,  
De Eva abrazado, prosiguió su llanto.

(1844.)

## EL SUEÑO DE EGIRA.

Tiendes aun no las alas abrasadas,  
Y ya vuelan al suelo desmayadas:  
Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Mustia tu nacimiento, ó muerte llora.

*Rioja. — Silva. — A la rosa.*

Al sonreír la sonrosada aurora,  
En las alas del viento arrebatadas,  
Subir se vieron las aéreas hadas  
Que del lecho de tímidas doncellas,  
Cuyo sueño velaron con su manto,  
Se elevan á habitar en las estrellas  
Embelesando al mundo con su canto;  
Y al tocar con su frente el firmamento,

Volvieron á la tierra su mirada;  
Y de sus puros labios el aliento  
Se desprendió, cual niebla delicada  
Que empapa de las flores el aroma,  
Y en la mitad del infinito espacio  
Convirtiose en la cándida paloma,  
A la que absorto, embebecido el hombre,  
Egira al contemplarla dió por nombre.

Así Egira nació; y al verse sola,  
Huérfana en el espacio, hácia el Carmelo  
Tendió su blando y vagaroso vuelo,  
Y allí plegó sus misteriosas alas;  
Y con arrullo lánguido y sensible  
Inclinó allí su alabastrina frente,  
Como el lirio su pétalo flexible  
Sobre las claras aguas de la fuente.

De allí la vieron sobre espigas de oro,  
Mecerse muelle en las feraces vegas,  
Los pastores que al bordo de los rios,  
Acompañados de rabel sonoro,  
Cantan de amor los dulces desvaríos;  
Y al mirarla tan cándida, tan pura,  
Volar entre los trigos, se postraron;  
Y al compas de sus cantos de ternura,  
La bella de las bellas la aclamaron.

Es Egira la anémona divina  
Que sus galas ostenta en los jardines  
Que embellecen la ardiente Palestina;  
La joya mas preciada en los festines;  
Envidia de las vírgenes del Sínai,  
De Sion y del Líbano y de Tiro,  
Por escuchar su lánguido suspiro  
Diera el Sultan su damasquino alfange,  
Por levantar su trasparente velo  
Y contemplar á su placer sus gracias,  
Diera el turbante y se inclinara al suelo;  
Y por dejar en su divina frente  
La huella de sus labios, al cristiano,  
La mitad de sus reinos del Oriente,  
Sin vacilar un punto diera ufano.  
“ Bella es Egira ” las doncellas dicen,  
Y en su rostro se pinta la tristeza,  
Porque ven su célica belleza  
Binde á su amor á los pastores bellos,  
Que ántes el llanto del dolor secaban  
Con sus blondos y trémulos cabellos  
Que las brisas amantes agitaban:  
“ Es hermosa ” dijeron las Sultanas,  
Allá en el Cairo que fecunda el Nilo,



Reclinadas en muelles otomanas  
En los retretes del harem tranquilo:  
" Hermosa " repitieron, y en su rostro  
Sus alas el dolor tendió importuno;  
Y por la vez primera en su pestaña  
Se vió vibrar la lágrima que empaña  
La pupila ardorosa, cual diamante  
Que embutido en el ébano de Etiopia,  
Lanza en regio salon su luz brillante.  
Grande fué la aficcion, mudo fué el duelo,  
Entre las reinas del harem felice:  
Las contempla el Sultan; y el Sultan dice:  
"Venga á mi harem la vírgen del Carmelo."

II.

Con los placeres del amor primero,  
Egira se embriagaba:  
De ese amor al acento lisongero  
Su corazon sencillo palpitava;

Y su labio en el labio de su amante  
Felicidad bebia,  
Cuando aquel en su seno palpitante,  
Por su amor arrullado se dormia....

Mas al acento del Sultan potente  
Ella bajó su velo,  
Y suspirando contempló doliente  
Por vez postrera al colosal Carmelo:

Dijo ¡adios! á los valles que abrigaron  
Su infancia placentera;  
A las selvas que mudas escucharon  
La dulce voz de su pasion primera;

Y al serrallo del Cairo conducida  
La vírgen del desierto,  
Del santuario dó el deleite anida,  
Penetró en el umbral con paso incierto.

Las Sultanas la vieron, y lanzaron  
Tristísimo gemido;  
Y del Sultan los ojos se embriagaron,  
Siguiendo á la paloma al áureo nido.

Allí Egira lloró, por su megilla  
Corrió lágrima hermosa,  
Como la gota de agua sin mancilla  
Por el pétalo suave de la rosa.

Hurí del Paraiso, entre las nubes  
Del incienso que ardia,  
Ella durmió, cual duermen los querubes  
En los celages al morir el dia....

Blando es el lecho en que reposa Egira,  
La vírgen del Carmelo;  
Suave el aroma que en su sueño aspira,  
Que es el perfume que embalsama el cielo.

### III.

En el oriental salon  
Penetra el sultan amante  
Con febril agitacion,  
Y con tierno corazon  
Dentro el pecho palpitante:

Del amor la ardiente llama  
Sus negros ojos inflama,  
Y en su lábio tembloroso  
Venenosa miel derrama  
El deleite silencioso:

Duda y teme y se retira;  
Pero amor su alma sujeta,  
Y ebrio los encantos mira  
De la virginal Egira,  
Que extasiaran al Profeta;

E inclinándose hasta el suelo,  
Dobla incierto la rodilla,  
Respetando el tenue velo  
De la tímida avecilla  
Que volara del Carmelo.



IV.

La vírgen duerme, y el amor risueño  
Guarda á su lado su apacible sueño,  
Como en su cuna el maternal cariño  
El dulce sueño del gracioso niño;

Y en el mullido lecho  
Desnudos se descubren de la hermosa  
El blanco rostro y el turgente pecho,  
De la cera á la luz voluptuosa.

Como la blanca nieve que en la tarde,  
Del moribundo sol que en Ocaso arde,  
Recibe la mirada misteriosa,  
Y del color se tiñe de la rosa,  
De la dormida maga  
Mira el Sultan los mórvidos hechizos,  
De su cabello que ondeante vaga  
Un tanto ocultos por los blondos rizos.

Contempla inmóvil la arqueada ceja,  
Inmóvil la pestaña que semeja,  
Dando su sombra al párpado süave,  
A las alas tendidas de algun ave

Sobre el cristal del rio,  
Que á la luz de la luna que fulgura  
En noche calurosa del estío,  
Manso entre el loto y el sauz murmura.

Embebecido, delirante, ciego,  
Y consumido por oculto fuego,  
Va á imprimir en su seno delicado,  
Un beso de deleites empapado;

Un beso mas ardiente  
Que el que diera Abelardo á su Eloisa,  
Cuando apurara del amor la fuente  
De su amada en la lúbrica sonrisa . . .

Mas á turbar su sueño no se atreve,  
Y se detiene al movimiento leve  
De la casta doncella que supira;  
Y sus mejillas encenderse mira,

Y su labio agitarse,  
Y agitarse su mórvida garganta,  
Bajar rápido el seno y elevarse,  
Como el pecho del cisne cuando canta.

Ve que mueve su labio, oye que dice  
Con apagada voz: "Yo . . . era . . . felice,  
Cuando . . . á . . . tu lado . . . ¡oh mi pastor! estaba,  
Por que . . . yo á tí, como á . . . mi Dios amaba;

Mas hora mis caricias . . .

Otro . . . recibirá . . . Ven . . . mi . . . que . . . rido  
Dulces . . . me . . . son conti . . . go las . . . de . . . licias  
Volemos . . . del . . . Carmelo . . . á . . . nuestro nido."

Y la escucha el Sultan; llanto copioso  
Ve que inunda su rostro candoroso,  
Al recordar en el feliz ensueño  
La imágen cara del perdido dueño:

En celos se convierte

El tierno amor, y en su furor exclama,  
"Antes irás en alas de la muerte,  
Que en las odiadas del rival que te ama."

Y sacando el acero reluciente,  
Un beso imprime en su tranquila frente;  
Separando frenético el cabello,  
Le hunde el puñal en el ebúrneo cuello,

Y presuroso sale

De aquel salon dó entrara embebecido,  
Antes que Egira moribunda exhale,  
Bañada en sangre, su postrer gemido.

La vírgen expiró; y una paloma  
A la hora dulce en que la aurora asoma,  
Se vió subir en las alas de las hadas  
Que del lecho de tímidas doncellas,  
Cuyo sueño velaron con su manto,  
Se elevan á habitar en las estrellas  
Embelesando al mundo con su canto.

(1844.)







## IMPRESIONES.

### UNA TARDE EN UN CEMENTERIO.

#### I.

Lento declina el sol, y absorto el mundo  
Alejarse lo mira á otro hemisferio;  
Yo en tanto en el antiguo cementerio  
Triste me entrego á meditar profundo.

Soplando de Noviembre el viento helado,  
Las hojas secas del arbusto agita;  
Mi corazón con rapidez palpita;  
Latir el pulso siento acelerado.

En medio estoy del majestoso templo,  
Principio del no ser, fin de la vida;  
Y en lápidas mármoreas esculpida  
De muerte y destrucción la ley contemplo.

Y el polvo piso aquí, la vil materia  
En que la mano fría de la muerte,  
Del tiempo bajo el carro nos convierte,  
Revelando al que viene su miseria....

Las tumbas callan, las marchitas flores  
No exhalan junto á mí su aroma suave....  
De la campana misteriosa y grave  
Solo se oyen los fúnebres clamores....

Oh! tumbas silenciosas que os alzais,  
En este sitio que cobija el miedo,  
En vano yo me afano, yo no puedo  
Penetrar los arcanos que guardais!

¡Por qué el silencio que os envuelve eterno<sup>®</sup>  
De pavor llena el corazón del hombre?  
¡Por qué este tiembla al repasar un nombre  
Que ayer sonaba en sus oídos tierno?

¿Por qué el mancebo que al amor de hinojos  
Adoró ayer en el festin brillante,  
Penetra aquí con pálido semblante,  
Trémulos labios y extraviados ojos?.....

Porque advertis, que el mundanal contento  
Rápido pasa, cual ligera nube,  
Que en el estío de los lagos sube  
Y que disipa el hálito del viento.....

Mas qué cuadros me cercan?.... yo creía  
Que solo en mi dolor me lamentaba,  
Y que sola gemia y suspiraba,  
Léjos de la ciudad, el alma mía.

II.

Con las rodillas en tierra  
Y el alma pura en el cielo,  
Cubierta la faz de duelo  
Y de luto el corazon,  
Un niño tierno se inclina,  
Cual flor al nacer la aurora,  
Y ardientes lágrimas llora,  
Tristes frutos del dolor.

Junto á un humilde sepulcro  
Sin lápidas, ni inscripciones,  
Murmura sus oraciones  
Con ternura, con piedad;  
Y el sauz que allí se eleva  
No mueve sus secas hojas,  
Que atento está á las congostas  
De aquella alma angelical.



Niño, niño, ¿por qué lloras?  
¿A quién busca tu cuidado  
En este sitio ignorado  
De los hombres? ¿Porque así,  
Tras de su velo de lágrimas,  
Tus ojos vuelves al cielo,  
Buscando lo que en el suelo  
Llama en vano tu gemir?  
Tan niño! y ¿ya las pasiones  
Su garra en tu pecho hincaron,  
Y en destrozar se empeñaron  
Tu corazón infantil?  
¿Y tus ensueños de niño  
Volaron, cual los celajes,  
Que en el cielo cortinajes  
Formaron de oro y carmin?  
Por una madre suspiras  
Y viertes llanto preciosol  
¿En el mundo borrascoso  
Huérfano quedaste tú!  
¿Y aquí. . . .! á la postrer morada  
Que al mortal queda en el mundo,  
Viene tu dolor profundo  
A buscar un ataúd;

A buscar entre las tumbas  
A tus pesares consuelo,  
A preguntar á este suelo  
Por tu madre, por tu amor;  
A evocar su sombra cara;  
A reclamar sus caricias,  
Que las süaves delicias  
De un niño en la tierra son!  
Sí, llora, llora, ángel bello,  
Miétras al aura serena  
Tiendes tu ala de azucena,  
Cual mariposa de Abril;  
De la madre que perdiste  
Sobre los despojos llora,  
Y que la noche y la aurora  
Te sorprendan siempre así. . . .  
Yo tambien perdí una madre,  
Como tú, niño inocente;  
Yo tambien doblé mi frente  
Sobre el polvo funeral;  
Y tambien mis oraciones  
Subieron al cielo inmenso,  
Como sube el blanco incienso,  
Que se ofrece en el altar. . . .

III.

Mas otro objeto miro  
Que mi atencion reclama;  
De una alma yo contemplo  
La desesperacion:  
Y el hondo acento esencho  
Con que á la muerte llama,  
Pidiendo que piadosa  
Dé fin á su afliccion:

Es un fogoso jóven  
De rostro enardecido,  
Que lleno de esperanzas  
Mirara el porvenir;  
Un jóven que en el seno  
Süave adormecido  
De cándida doncella,  
Ví un tiempo sonreir;

Que daba sus sentidos  
Al goce pasajero  
De sus caricias blandas,  
Al beso de su amor;  
Que plácido escuchaba  
Su acento lisonjero,  
Mas dulce que los trinos  
De amante rui señor;  
Que respiró su aliento  
De rosas y jazmines,  
Sobre su abierto labio  
Fragrante y virginal,  
Como en el blanco nardo,  
Guardado en los jardines,  
Su blando aroma aspira  
La brisa matinal;  
Y allí soñó venturas,  
Y allí su fantasía,  
De amor tan dulce y puro  
Soñó en la eternidad....  
Mas los ensueños de oro  
Que en su delirio ví,  
Los dispó en un punto  
Fatal realidad.



De su embriaguez volviendo  
Contempla á su adorada,  
Ya presa de la muerte,  
Perdida la calor;  
Y palpa con sus manos  
Su hermosa frente helada,  
Y mira sus pupilas  
Sin brillo, ni esplendor . . .  
¿Qué fué de la sonrisa  
Que al mundo embelesaba?  
¿Qué las miradas tiernas?  
Las gracias ¿dónde están?  
Y aquella voz ardiente  
Que al corazón llegaba,  
Cuál llama abrasadora  
De férvido volcán?  
Hoy pálido cadáver  
Su cuerpo soberano . . .  
Tal vez inundo polvo  
Sus blancos miembros son . . .  
Si tú la vieras, jôven,  
Si en tu dolor insano  
Podrido contemplaras  
El tierno corazón!

Quizá retrocedieras;  
Quizá cesará el llanto;  
Quizá del mundo loco  
Volvieras al festín;  
Y en brazos de otra hermosa,  
Cesando tu quebranto,  
De la fugace vida  
Llegaras al confín.  
Tú lloras . . . porque entonces  
Al ídolo elevabas  
De hinojos, el incienso  
Fragrante de placer;  
Porque en su frente de ángel  
La huella no mirabas,  
Que imprime el duro tiempo  
Los años al correr . . .  
Mas ah! condeno injusto  
Tu amargo sufrimiento,  
Oh! víctima infelice  
De malogrado amor,  
Cuando oigo el rudo golpe  
De tu tenaz tormento,  
Y escucho el ronco grito  
Que lanza tu dolor . . .

No ceses en tu llanto;  
Tus penas, tú las sabes;  
Que calma den los cielos  
A tu agitada sien;  
Que vengan á tus ojos  
Las lágrimas süaves,  
Y alivio en tu desgracia  
Benéficas te den.

IV.

Allá descubro otra figura,  
Que de un ciprés al pié se inclina;  
Es de un anciano que declina  
Al triste ocaso del vivir;  
Que su cabeza encanecida  
Sobre una tumba apoya triste,  
Y del feroz pesar resiste  
El rudo golpe, el lento herir.

Quando tu pecho, pobre anciano,  
Necesitaba de consuelo,  
Hoy que te cubre el frio hielo  
De la aterida senectud,  
Te veo triste; en esas tumbas  
Miro tus ojos siempre fijos,  
Donde lamentas de tus hijos  
La malograda juventud.

¿Quién es aquel que de la vida  
Caminó siempre entre las flores,  
Sin probar nunca los dolores  
De la tenaz adversidad?  
Sin arrastrar el anatema  
Que Dios lanzó sobre él airado,  
Quando en los brazos del pecado  
La miel gustó de la maldad? ...

La flor del prado se marchita,  
Su jugo pierden los arbustos,  
Caen los árboles robustos  
Del cierzo al ímpetu también....

¿Qué pues le queda al viejo tronco,  
Cuya raíz está podrida,  
Si ya su planta está raída,  
Si negra y seca está su sien?



Tus hijos eran ¡infelices!  
¿Por qué á la vida tú los llamas?  
¿No ves que en vano ¡oh padre! clamas?  
Que en vano viertes llanto aquí?  
¿Que aquesta es la última morada  
Dó el hombre duerme eterno sueño,  
Dó al respirar letal beleño  
Cesa el humano frenesí?  
Ya tú tambien puedes de la muerte  
Mirar con gozo la presencia,  
Si hora se mece tu existencia  
Solo al impulso del dolor.  
El mundo, dime, ¿qué atractivos  
Hoy á tus ojos les presenta,  
Si tu alma ya no se apacienta  
Con su quimérico esplendor?  
¿Si del verano cual las flores  
Tus tiernos hijos se agostaron?  
¿Si las pasiones se apagaron  
En tu desierto corazón?  
Llama á esa Diosa destructora  
Que rompa ya con su guadaña  
Tu pecho mísero que baña  
La amarga hiel de la aflicción.

Y en ese lecho mortuorio  
Reposarán tus restos frios,  
Sin que ni inviernos ya, ni estíos  
Osen turbar tu eterna paz;  
Mientras que tu alma al cielo vuela  
Libre de grillos mundanales,  
Y con tus hijos inmortales  
Miras de Dios la pura faz.

V.

Y aquella tumba solitaria y triste;  
Que de musgo cubierta se levanta,  
Dó ni plegaria santa  
Sale de labio humano,  
Ni cirio funeral trémula agita  
Su amarillenta luz, ni de un hermano,  
Ni de una madre el corazón palpita,  
¿De quién es ¡oh Señor! tan infelice

Que no hay dos tiernos ojos  
Que humedezcan sus míseros despojos  
Con una sola lágrima preciosa;  
Ni un solo pecho amante que un suspiro  
Lance por él, sobre la tosca losa  
Triste apoyado del mortal retiro?  
Ah! ya comprendo . . . en su miseria veo  
La postrera mansion, la pobre tumba  
De un hijo de tu mente creadora,  
De un poeta que en alas conducido  
De ardiente fantasía,  
Sentóse en su carroza voladora,  
Y en su vuelo atrevido,  
Cual tú produjo en plácida armonía,  
Mundos lucientes de zafiro y de oro,  
Que al acento sonoro  
De su laud brotaban,  
Y bajo el pié de su creador giraban . . .  
Cantor, cantor gigante,  
Que soñando en la gloria,  
Quisiste levantar á tu memoria  
En tus cantos un trono de diamante,  
Hé aquí la realidad, el patrimonio  
Del Dios que á los mortales revelando

Arcanos escondidos,  
Nace gimiendo, y muere suspirando;  
Y mientras á otros que en la vida rien  
E imbéciles caminan al sepulcro,  
Guarda el destino el rico mausoleo  
Y los duelos sensibles,  
Yo en tu reedor no veo,  
Cisne perdido en los salobres mares,  
Sino miseria, y soledad horribles . . .  
Ah! yo vendré á llorar, de blancas flores  
A coronar tu tumba solitaria,  
Y á murmurar por tí blanda plegaria  
Del astro vespertino á los fulgores . . .  
Mas ¿qué te importan mi oracion, mi llanto,  
Mi efímera corona,  
Si natura sensible se abandona  
Por tí á mudo quebranto;  
Si en la diáfana gota  
Que de esa pared rota  
Sobre tu losa filtra blandamente,  
Una lágrima ardiente,  
Des que nace la aurora,  
Te consagra en su duelo hora por hora?  
Si ese sol al hundirse en Occidente,



Con su rayo postrero te ilumina,  
Y lúcida aureola da á tu frente;  
Si el zentzontli que trina  
Oculto entre las pálidas retamas  
Hace llegar hasta tu eterno asiento  
Su dulce y melancólico concento?.....

VI.

Mas ya la noche desplegó sus alas,  
Al escuchar el postrimer gemido,  
Que el crepúsculo lanza dolorido  
El monte al trasponer;  
Y cesaron las lágrimas amargas,  
Y cesaron las preces funerales,  
Y en silencio quedaron los umbrales  
Del reino del no ser.

Mi corazon tambien dentro del pecho  
Palpita ya tranquilo y sosegado,  
Como el de un niño, cuando duerme al lado  
Del maternal amor;

Y alzo mis ojos y la luna veo  
Bañando con su luz el horizonte,  
Despues de haber traspuesto el alto monte,  
La estrella del pastor.....

Oh! vírgen melancólica que reinas  
Magestuosa en trono de zafiro,  
Presta á escuchar la lágrima, el suspiro  
Del infeliz mortal,

Escucha la oracion, que de mis padres  
A la tumba dirijo, que hora yace  
Entre la yerba que el ganado pace  
En mi suelo natal.

Y llévala benigna en ese rayo  
Testigo de mi pena concentrada,  
Tú que giras tu lánguida mirada  
Por todo lo que existe y lo que fué;  
Y allí en su humilde é ignorada tumba,  
Astro consolador, allí la deja,  
Ya que el destino sin cesar me aleja  
De lo que tanto en mi orfandad amé.

(1844.)

## CUADRO DRAMATICO.

### LA ESPOSA Y LA QUERIDA.

A la Srta. Dolores Perez Castro.

LA ESCENA PASA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XV EN EL  
SALON DE UN CASTILLO GÓTICO.

### PERSONAJES.

EL CONDE D. ENRIQUE.  
DOÑA ELVIRA (su mujer).  
DOÑA URRACA (su querida).  
UN CABALLERO.  
UNA DAMA DE HONOR.

### ESCENA I.

DOÑA URRACA (*sola*).

Oh! destino fatal! destino horrible  
El que en la vida á la mujer arrastra,  
El que hoy eleva su ambicion á un trono,  
Y en el cieno tal vez la hunde mañana!  
Negra fatalidad, que me persigues  
Desde la cuna que abrigó mi infancia;

Tú que secaste de virtud el germen  
Que en la niñez alimentara al alma;  
Tú que empañaste mi serena frente  
Con el aliento de la eterna infamia;  
Que derribaste de su cielo al ángel  
Para abatirlo hasta el infierno, aguarda,  
Detente por piedad, al precipicio  
No me arrastres aun, donde inhumana  
La desesperacion pide una presa  
Para clavarle su sangrienta garra.  
Un momento no mas: quiero su sangre;  
Saciar anhelo mi infernal venganza;  
Quiero gozarme en su agonía lenta;  
Romper quiero yo misma sus entrañas.  
Un momento no mas. . . . tras él, la muerte,  
Su honda inaccion que al corazon espanta,  
¿Qué me importa, si el fuego de mis celos  
Con sangre sofoqué, con sangre odiada?  
Mas . . . ¿es posible que tan presto huyeran  
De mi semblante juventud y gracias;  
Que el fuego de mis ojos se extinguiese,  
Que perdiera mi voz su dulce magia?  
Tan presto ¡oh Dios! tan presto de mi seno  
Borró la edad la morbidez liviana?



¡Tan presto el corazón perdió el impulso  
Conque ardiente en el pecho palpitaba,  
Que de mis brazos desprendido Enrique  
Y acariciando otra beldad amada  
Eterno amor la jura, como un tiempo,  
Para arrastrarme al crimen me jurara . . . ?  
No es cierto, no, que el corazón palpita  
Como ántes todavía, y fuego lanzan,  
Fuego de amor que mis pestañas quema,  
Los ojos que contemplan sus infamias.  
Solo el vil interés, ¡ton solo él pudo  
Infundirle otro amor, ajena llama  
Encender en su pecho, ¡adversa suerte,  
Mi horrible situación aun no te sacia . . . !  
Dó quiera, á todas horas me persigue  
Y me atormenta la memoria amarga  
De aquella edad, en que el candor sencillo  
Guiaba al corazón; crece mi rabia,  
Cuando recuerdo los serenos días  
En que la frente, sin la negra mancha  
Del torpe vicio, en el hogar paterno  
Con plácida sonrisa levantaba.  
¡Cuán tranquila corría mi existencia!  
¡El corazón entonces, con que calma

Dentro el pecho latía! ¡Cuántas veces  
Cansada al parecer de dicha tanta,  
Sin haber nunca del amor gustado  
El mentido placer, ni la desgracia  
Haber sufrido del desprecio nunca,  
De ese desprecio que devora y mata,  
Anhelé padecer y entre sollozos,  
Lágrimas derramar, ¡desventurada!  
Que aun ignoraba que el amor funesto  
Destrozaria sin piedad el alma . . .  
Yo recuerdo la noche, aquella noche  
Primera en que le ví: lasciva el aura,  
Mecia apenas las dormidas flores,  
Rizaba apenas las tranquilas aguas:  
La luna en el zenit su luz vertía;  
Yo fijaba en el lago mis miradas,  
Y en éxtasis divino sumergida,  
Bajo las alas del amor soñaba.  
Creía ver en mi delirio grato  
Un guerrero postrado ante mis plantas,  
Que ántes yo viera conducir triunfante,  
Ilustre vencedor de cien batallas:  
Yo le amaba de entonces, yo gemía  
Víctima triste de pasión infausta;

Y devorando de mi amor las penas  
Yo vagué desde entónces solitaria:  
El lago, el bosque, de mi amor testigos,  
Correr veían mis ardientes lágrimas,  
Y escuchaban mis quejas, mis lamentos  
A mi duelo insensibles las montañas.  
Esa noche de pronto, ante mis ojos  
Apareció como vision fantástica,  
Ese mismo guerrero que encendiera  
En mí de amor la abrasadora llama.  
Yo le miré, por su pasión guiado,  
Venir á mí con plácida esperanza;  
Prestarme adoración, y embebecido  
Para siempre jurarme amor, constancia:  
Hablóme de ventura, de una dicha  
Tan solo á los amantes acordada,  
Dulce en el esplendor de los palacios,  
Dulce en la oscuridad de las cabañas:  
Me estrechó entre sus brazos, era tanto  
Lo que le amaba, que crefle incauta,  
Y trémula de gozo y de contento,  
Miré su llanto, contemplé sus ansias.  
Por él dejara lo que mas el pecho  
Amó en la edad de la tranquila infancia;

Por él todo lo diera, hasta la vida,  
Si esta fuera á su amor ofrenda grata.  
“Ven, partamos,” me dijo, y al instante  
Le seguí yo con ciega confianza;  
“Yo no seré tu esposo” ¿qué me importa  
La deshonra á tu lado, qué la infamia . . . ?  
Y así me ultraja y me desprecia ahora,  
Cuando por él al crímen arrastrada,  
Al borde mismo del voraz infierno,  
Yo le adormía con caricias blandas . . . .  
Y otra mujer recibirá en su labio  
El beso ardiente que quemó mi alma!  
¡Y en mi presencia ensalzará su nombre!  
Y en mi presencia le dirá que la ama!  
Ah! no, nunca, jamás; de oprobio llena  
La mujer ofendida se levanta,  
La querida ultraja, sangre pide,  
Para apagar con ella su venganza . . . .  
Pero él no morirá, que tanta ofensa  
Que así mi orgullo de mujer ultraja,  
El corazón que le adoró y le adora,  
Con amor mas ardiente, débil paga . . . .  
Ella tan solo morirá; solo ella,  
Esa rival que con astucia y maña



Supo arrancarle de mis brazos, y hora  
Entre los suyos con amor le enlaza . . .  
Mas, cómo separarla de su lado?  
¿Cómo hacer que de Elvira á las entrañas,  
Por mis celos guiado, el mismo Enrique  
Llegue furioso á sepultar su daga . . . ?  
¡Oh, desesperacion! un medio, un medio  
Para apagar de la terrible maga  
Esa mirada que mi encanto ofusca,  
Que me hunde en el dolor, que me anonada.

*(Una voz fuera del castillo cantando.)*

I.

Ayl en vano  
Yo suspiro,  
¿Qué te importa  
Mi dolor?  
Tú no escuchas  
Los lamentos

Del que olvidas  
Sin razon:  
Del amante  
Que te adora  
Ten, Elvira,  
Compasion.

II.

Olvidaste  
Que en la infancia  
El destino  
Nos uni6;  
Yo no olvido  
Nunca, ingrata,  
Tu ternura  
Tu candor:  
Al amante  
Que te adora  
Vuelve, Elvira,  
Tanto amor.

III.

Por la noche,  
Cuando sale  
Del castillo  
Tu señor,  
Yo te llamo,  
No respondes  
Al quejoso  
Corazon:  
Del amante  
Que te adora  
Ten, Elvira,  
Compasion.

IV.

Ven, partamos,  
Tú me adoras,  
Que el destino  
Nos unió;

Vamos lējos

De este suelo;

Ven, alivia

Mi dolor.

Al amante

Que te adora

Vuelve, Elvira,

Tanto amor.

DOÑA URRACA (*continúa*).

Esa triste cancion en que se nombra  
A Doña Elvira, que las penas causa  
De un amante.... qué idea, ah! tiembla, tiembla,  
Rival, que el gozo del amor embriaga:  
Tú víctima serás; la mano misma  
Del que ahora ultrajándome te halaga,  
Te oprimirá con inaudita furia,  
Desgarrará, infelice, tus entrañas.  
(*Dirigiéndose á una puerta del fondo, y llamando en voz alta.*)

Hermancia, Hermancia.

UNA DAMA (*entrando*).

Qué mandais, señora?



DOÑA URRACA.

Que un paje del castillo presto salga  
Y conduzca á esta sala silencioso,  
A un caballero que á sus muros canta:  
Que le diga que á lástima movida  
Por sus penas acerbas, una dama  
De la condesa Doña Elvira, quiere,  
Puede calmar su situacion tirana.

LA DAMA.

A obedéceros voy.

DOÑA URRACA.

Ah! volad presto,  
Instantes deseados ¡cómo tarda,  
Con qué pasos tan lentos viene la hora  
Que el destino concede á mi venganza!

ESCENA II.

DOÑA URRACA.—UN CABALLERO.

(Una voz dentro.)

Entrad, aquí os aguarda.

EL CABALLERO.

(Entrando, y dirigiéndose á Doña Urraca.)

A vos, señora,  
Debo tanto favor? ¡Sois vos acaso  
La que dolida de mi amarga pena,  
Que moviera á piedad al mismo mármol,  
Verter quereis en el cuitado pecho  
El consuelo que ha tanto busco en vano?  
¡Sois por ventura el ángel que siguiendo  
Va de mi vida los errantes pasos?  
¡Quereis, podeis dar fin á mis pesares?  
Desplegad, os lo ruego, vuestros labios

¡O tan solo con vanas esperanzas  
Quereis dar tregua á mi copioso llanto?  
¡Quién sois, decidme, qué interes tan grande  
Os causa al parecer un desgraciado?  
Ah! señora, dejad que agradecido  
Bese yo vuestras plantas.... (dobla una rodilla.)

DOÑA URRACA.

(Levantándole.)

Levantaos:

Nada me agradezcáis, que los deseos  
Del corazon en esto satisfago.  
Ah! cuánto he padecido, cuántas lágrimas  
He vertido, señor, al escucharos!  
Yo no ignoraba, no, que sois amante,  
Y amante sin ventura, despreciado!  
Por eso me movieron vuestras quejas....  
¡Es tan duro el desprecio, tan amargo!....  
Yo puedo disipar vuestros pesares  
Volviéndoos tal vez al bien amado....  
Amais á Doña Elvira; ha mucho tiempo  
Que este amor para mí no era un arcano.

EL CABALLERO.

Gracias, gracias, señora; en vos contemplo  
Un ángel de bondad á quien mi canto  
A compasion movió; que no ignorábais  
Que del desprecio el venenoso dardo  
Atravesaba mi alma; sí, sabedlo,  
Sabedlo de mi boca; yo á ella la amo,  
La amé desde la infancia: siempre unidos,  
El uno junto al otro respirando,  
Ella encendió este amor con sus miradas,  
Ella nutrió este amor con sus encantos:  
Me amaba ella tambien, yo la adoraba,  
Amarnos para siempre nos juramos,  
Y así enlazados nuestra dicha eterna  
Veiamos llegar año por año....  
Mas ah! que de mi lado de repente,  
Oh! destino fatal! la arrebataron,  
Y como el humo leve huyó mi dicha,  
Y mi esperanza marchitó el quebranto.  
Yo la miré de la mansion paterna  
Salir ¡oh Dios! con vacilantes pasos;  
Volver á mí su pálido semblante,  
Lleno de angustia é inundado en llanto.



Me amaba todavía! en sus miradas  
Comprendí yo, señora, que cesado  
Su ardiente amor no habia, y desde entónces  
Juré arrancarla yo de entre los brazos  
De ese rival que la robó á mi dicha,  
De ese rival que me usurpó su mano.  
Desde entónces errante, por las noches  
De este castillo las murallas guardo,  
Y acecho cuidadoso los momentos  
En que se ausenta el conde; solitario  
Dejo entónces oír mi voz quejosa,  
Mi llanto, mis suspiros; pero en vano;  
Que insensible á mi amor, no escucha Elvira  
Los lastimosos ayes que yo exhalo . . . .  
Yo me engañé; su corazon perjuro  
Engañó mi dolor, burló mi llanto;  
Yo la creí sincera, cuando alegre  
Tal vez rompía de mi amor los lazos.

DOÑA URRACA.

Os, engañais, señor, Elvira os ama.  
No lo dudeis; ella os adora tanto  
Como vos . . . . .

EL CABALLERO.

¿Qué habeis dicho? ¿qué me adora?  
Repetidlo, por Dios! ¿no me ha olvidado?  
Es fiel á su promesa; y condenaba,  
Injusto yo, su corazon por falso . . . . !  
Pero ¿quién sois, decidme, que enterada  
De mi pasion estais á tanto grado?  
Quién sois? quién sois?

DOÑA URRACA.

Oidme, caballero:

Una dama soy yo que destinaron  
Al servicio de Elvira, desque vino  
A habitar el castillo dó la trajo  
El conde D. Enrique. Pobre jóven!  
Pobre Elvira, señor, con el tirano  
Que en suerte le tocara para esposo!  
Yo la compadecí, porque era tanto  
El dolor que en sus ojos revelaba;  
Tanta la angustia de su rostro pálido  
Y hermoso al mismo tiempo, que era fuerza  
Tener un corazon de duro mármol,  
Para no acompañarla en los sollozos  
Que le arrancaba su dolor infausto.

Lágrimas tristes derramé con ella;  
Y ella que así me contempló á su lado,  
No dudando de mí, confió á una amiga  
Los secretos de su alma. Cuanto acabo  
De escuchar de vos mismo, ella me dijo:  
Me dijo que engañada la arrastraron  
Y la unieron por fuerza con Enrique,  
Con ese conde que aborrece tanto,  
Cuanto á vos os adora: hoy mas que nunca  
Os ama ella, señor; llora su engaño,  
Y para mas martirio, por la noche  
Desde su lecho escucha vuestro canto,  
Sin poder, pues que vive aprisionada,  
Dulce consuelo en vuestras penas daros.  
Ella resuelta está; nada le importa,  
Por vos, por vuestro amor, todo dejarlo;  
Ella huirá con vos de este castillo,  
Donde vive y respira su tirano,  
Si vuestro amor de la tranquila infancia,  
Vuestra dicha pasada recordando,  
La esperais á sus muros animoso  
Para llevarla de la tierra al cabo.  
Me lo ha dicho, señor, vertiendo lágrimas;  
Y yo que os campadezco, al escucharos

Quise arrancar á la infeliz Elvira  
De entre las garras del mortal quebranto.  
¿Qué respondeis?

EL CABALLERO.

*(Saliendo de una especie de enagenacion de  
que habia estado poseido.)*

Que apénas tanta dicha,  
Tanta ventura creo. . . . . Despreciado,  
Y ya sin esperanzas me juzgaba. . . .  
Y esto no era verdad ¡oh cielo santo!  
Ella me adora, y por mi amor dispuesta  
Está todo ¡oh ventura! á abandonarlo.  
Ella huirá conmigo! . . . . sí, mi Elvira;  
Presto los dos, sin dilacion partamos;  
Léjos de estos lugares horrosos,  
Tú reclinada en mis amantes brazos,  
Yo recibiendo de tu amor el beso,  
La eterna dicha gustaremos ámbos. . . .  
Pero presto, señora, en esta noche. . . .

DOÑA URRACA.

¿En esta noche misma habeis pensado. . . . ?  
Imposible será.



EL CABALLERO.

No hay imposibles  
Para el que ama cual yo.

DOÑA URRACA.

Mas meditaadlo....  
Quizá ella no podrá....

EL CABALLERO.

¿Qué la detiene?  
¿A ese conde feroz adora acaso?  
¿No le odia, como yo?....

DOÑA URRACA.

Sí.... mas tan presto.

EL CABALLERO.

Presto habeis dicho? ah! no, que mucho tarde,  
Segun la fuerza de mi amor ardiente....  
La arrancaré esta noche de sus brazos.

DOÑA URRACA.

Resuelto estais, en fin?

EL CABALLERO

Estoy resuelto.

DOÑA URRACA.

Pues bien, solo os exijo que en el acto  
Un papel escribais que testifique  
A la condesa que con vos he estado:  
Decidle en él que preparada se halle,  
Pues esta noche meditais su rapto,  
Ya que no adora al conde, y que á vos solo  
Su amor el corazon ha consagrado.

EL CABALLERO.

Os obedezco (*se retira á un lado y escribe*).

DOÑA URRACA (*aparte*).

¡Oh dicha! él ha creído  
Cierto, cuanto forjaron mis engaños:  
El mismo amante á su inocente cuello  
Echa el dogal que apretará mi mano.

EL CABALLERO.

Aquí teneis, señora....

(*Presentándole el papel*).

DOÑA URRACA (*tomándolo*).

Partid luego:

Pasa el tiempo veloz, aprovechadlo;  
Y cuando esteis de vuelta, desde el muro  
Hacédnoslo saber por vuestro canto.

EL CABALLERO.

Mucho os debo, señora; quiera el cielo  
Que tanto como haceis, pueda pagaros.

(*Sale.*)

ESCENA III.

DOÑA URRACA SOLA.

(*Viendo el papel con júbilo.*)

En mis manos está, por fin, su vida....  
Gracias, gracias, destino inexorable;

Yo anhelaba venganza, y un momento  
Me has concedido ya para vengarme....  
Pero ella es inocente.... y qué me importa,  
Si en mí la llama de los celos arde?  
Si me usurpa en su lecho sus caricias....?  
Ella perecerá; quiero vengarme.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA—EL CONDE.

EL CONDE (*sin reparar en Doña Urraca*).

Llega un tiempo en que el hombre arrepentido  
De los errores de la edad primera,  
Se acoje á la razon que le encamina  
De la virtud por la ignorada senda;  
Tiempo en que el hombre que se ve acosado  
Por el duro aguijon de la conciencia,



DOÑA URRACA (*tomándolo*).

Partid luego:

Pasa el tiempo veloz, aprovechadlo;  
Y cuando esteis de vuelta, desde el muro  
Hacédnoslo saber por vuestro canto.

EL CABALLERO.

Mucho os debo, señora; quiera el cielo  
Que tanto como haceis, pueda pagaros.

(*Sale.*)

ESCENA III.

DOÑA URRACA SOLA.

(*Viendo el papel con júbilo.*)

En mis manos está, por fin, su vida....  
Gracias, gracias, destino inexorable;

Yo anhelaba venganza, y un momento  
Me has concedido ya para vengarme....  
Pero ella es inocente.... y qué me importa,  
Si en mí la llama de los celos arde?  
Si me usurpa en su lecho sus caricias....?  
Ella perecerá; quiero vengarme.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA—EL CONDE.

EL CONDE (*sin reparar en Doña Urraca*).

Llega un tiempo en que el hombre arrepentido  
De los errores de la edad primera,  
Se acoje á la razon que le encamina  
De la virtud por la ignorada senda;  
Tiempo en que el hombre que se ve acosado  
Por el duro aguijon de la conciencia,

De juventud ardiente las locuras  
Abjura para siempre. En mí la prueba  
Veo de esta verdad, cuando olvidando  
La vida silenciosa y turbulenta  
Que he llevado hasta aquí, tranquilo, alegre,  
A los goces pacíficos que encierra  
El doméstico hogar me entrego ahora.  
¡Cómo cambió su curso mi existencia,  
Pues en arroyo manso se ha tornado  
De soberbio torrente que ántes era!  
Ella, tan solo Elvira domar pudo  
Esta alma que yo abrigo altiva, inquieta;  
Por eso la amo tanto, porque atada  
Tiene mi voluntad con su belleza....  
Tras las fatigas del pasado día,  
Cuando el silencio de la noche reina  
Voy en su seno á reposar: ¡felices  
Los que una esposa á su regreso encuentran,  
Como la mía, á sosegar su pecho  
Con su sonrisa angelical dispuesta!  
Tarde, muy tarde es ya, ¡cuán impaciente  
Estará por mi ausencia!

*(Se dirige á la puerta del fondo.)*

DOÑA URRACA.

*(Acercándose y tomándole el brazo.)*

Enrique, espera.

EL CONDE.

*(Sobresaltado y sacando la espada.)*

Ah! ¿Quién se atreve á detener mis pasos  
En mi castillo mismo? su cabeza  
Pagará su osadfa.

DOÑA URRACA.

Soy Urraca....

¿Qué ya no me conoces? Tal las penas  
Han demudado mi semblante? Presto,  
Muy presto, Enrique, tu memoria entrega  
A olvido las facciones de una víctima,  
Que en cambio de tu amor, su honor te diera:  
Muy pronto me olvidaste... y qué me importa?...  
Yo insensata pretendo darte quejas,  
Cuando hora mas que nunca soy felice....

EL CONDE.

*(Apoyado en el puño de su espada.)*

Sois vos, señora?....



DOÑA URRACA.

Sí, yo soy: ¿te aterra  
Acaso en este sitio, á tales horas  
De tu antigua querida la presencia?

EL CONDE.

Aterrarme?....no, no, que mas que nunca,  
Mi corazon vuestro furor desprecia....  
Mas si queráis algo, decid luego,  
Pues tengo que partir; que la impaciencia  
De estrechar á mi Elvira entre mis brazos  
Me agita, Doña Urraca, me atormenta.

DOÑA URRACA (*con cólera reprimida*).  
Mucho la amais por cierto.

EL CONDE.

En esta vida  
A nadie he amado yo, cual la amo á ella.

DOÑA URRACA (*con ironía*).

Os es tan fiel....!

EL CONDE.

Y lo dudais?

DOÑA URRACA.

Dudarlo!  
¿Y habia de dudarlo, cuando cierta  
Estoy....

EL CONDE.

Qué proferis? Callad, señora.

DOÑA URRACA.

Digo que cierta estoy de su inocencia?

EL CONDE.

Despechada venis; movéisme á lástima:  
Mal que os pese, señora, vuestra lengua  
Ha dicho la verdad.

DOÑA URRACA.

Tal fué mi intento;  
Y como entre nosotros solo quedan  
Ya lazos de amistad, hoy vine á daros  
De encuentro tan feliz la enhorabuena.

EL CONDE.

Mucha es vuestra amistad.

DOÑA URRACA.

Tanta, que quiero,  
Para que nunca os mate duda acerba,  
Daros un testimonio irrecusable  
De la heroica lealtad de la condesa.

*(Le presenta el papel del amante de Elvira.)*

Guardadlo, conde, y conservad por siempre  
De mi fina amistad tan grande prueba.

*(El conde lee para sí el papel: Doña Urraca continúa aparte.)*

Ah! se encienden sus ojos, y en su rostro  
Veo pintarse turbacion funesta;  
Los celos le devoran; ya su mano,  
Sus miembros todos convulsivos tiemblan....  
Víctima ella será, que mi venganza  
Dejará con su sangre satisfecha.

EL CONDE *(volviéndose á Doña Urraca).*

Atroz calumnia!.... Me engañais, señora:  
Este papel es impostura vuestra;

Es imposible que maldad tan grande  
En las entrañas de mi Elvira quepa.

DOÑA URRACA.

Lo juzgais impostura?.. No, que es cierto  
Cuanto acabais de ver en esas letras,  
Que ella nunca os ha amado, y que ama á otro  
Por quien va á abandonaros, os revelan:  
Yo del amante mismo he recogido  
Ese papel que la verdad comprueba;  
Y he venido tan solo á recrearme  
En ver tu angustia y tu dolor, yo mesma.  
Dándote de la fuga de tu esposa,  
Conde perjuro, la terrible nueva.

EL CONDE.

Calla, mujer inicua.... pero ¿es cierto  
Que ella no me ama? es cierto que me deja?  
Ah! si medita en tal, ántes mi espada *(em-  
puñándola)*  
Dará fin prematuro á su existencia....  
Es cierto, es cierto?

DOÑA URRACA.

Sí; nunca te ha amado;  
Quizá en este momento ella se aleja



Para siempre de tí. ¡Destino mio,  
Hoy del perjuro á mi sabor me vengas!

EL CONDE.

Ella partir con otro! . . . oh! infierno, infierno,  
Antes quieren mis celos que ella duerma  
En el silencio eterno del sepulcro,  
Que de otro amante entre los brazos verla.

*(Dirigiéndose á una de las puertas).*

Elvira, Elvira.

DOÑA URRACA.

A tu furor te dejo

Entregado, perjuro.

EL CONDE.

No contesta.

¿Huido habrá . . . ?

DOÑA URRACA.

Los celos en su pecho

En fin nacieron; mi venganza es cierta

*(Sale).*

ESCENA V.

EL CONDE.—ELVIRA.—DOÑA URRACA.

*(Esta fuera, oculta nada mas que por la puerta,  
y preparada á escuchar lo que pasa adentro.)*

ELVIRA *(saliendo precipitada).*

Tú me llamas, Enrique?

El CONDE *(vacilante).*

Yo . . . sí . . . Elvira.

ELVIRA.

Mas ¿por qué causa tu semblante encuentro  
Demudado? Tú tiemblas . . .

EL CONDE.

No, no es nada:

Tus ojos te engañaron.

ELVIRA.

¡Qué misterio!

¿Por qué, Enrique, me ocultas tus cuidados?

¿No soy yo de tu amor el digno objeto?

Háblame por piedad; dime que sufres,

Y yo á tus cuitas buscaré remedio.

EL CONDE.

Sí, Elvira, mucho sufro; mas son tales

De mi alma los atroces sufrimientos,

Que...mas en vano te diria, Elvira,

Los males que desgarran este pecho.

ELVIRA (*llorando*).

Ah! por piedad, Enrique, ¿no te mueven

De tu esposa las lágrimas, los ruegos?

EL CONDE.

¿Lloras, Elvira?...¿por ventura me amas?

ELVIRA.

Y pudiste dudarle! ¡oh justo cielo!

¿Por qué delito castigais á Elvira,

De su esposo en el alma introduciendo

Esa duda fatal? yo te amo, Enrique,

Como hasta aquí te amé.

EL CONDE.

Tu labio al ménos

Así lo ha repetido muchas veces....

Mas no tu corazón, que allá en silencio

Me odia tal vez... tú me hastemido, Elvira...

Mas nunca me has amado: esto es lo cierto...

ELVIRA.

Tú deliras Enrique, pues te gozas

En dar á mi alma tan atroz tormento.

¿Que no te he amado nunca!.... que no te amo!...

Comprender tanta ofensa yo no puedo.

EL CONDE.

(*Acercándose á Elvira.*)

Yo sí, señora, lo comprendo todo:



Vosotras las mujeres en el seno  
Ocultais la ponzoña, y en los labios  
Con miel brindais al que os adora crédulo;  
Un hombre os ama, como á Dios amara,  
Con mas ardor á veces, con mas fuego;  
Os entrega su honor; su honor, señora,  
Nunca manchado, como el dia terso;  
Vosotras le engañais, manchais su nombre;  
En sus entrañas derramias veneno,  
Meditais en secreto su deshonra  
Y en su presencia le halagais.... el cielo  
Os dió un cuerpo de arcángel, y en vuestra alma  
Puso toda la astucia del infierno.  
¿Me comprendeis ahora?

ELVIRA.

Enrique, Enrique,

Yo no comprendo tu furor....

EL CONDE.

Los celos

Sucedan al amor; clama el esposo;  
La esposa confundida, de su yerro  
Pide perdon de hinojos.... Vos, señora,

(Un momento de silencio.)

¿No os sentis por atroz remordimiento  
Acosada al oirme?... Nada ignoro:  
Sé que me aborreceis, y que á otro dueño  
Vuestro amor entregais.... ¡ah! Doña Elvira,  
Si viérais cuanto en mi interior padezco!

DOÑA ELVIRA (sollozando).

¿Y habeis creido vos que alimentara  
Tanta maldad mi corazon?....

EL CONDE.

Silencio!

Silencio, Doña Elvira....! Pero tanto  
No es posible sufrir; estoy ardiendo  
De rabia, de furor; leed, perjura.

(Presentándole el papel de la escena anterior.)

Negadme todavía que mis celos  
Son infundados; le esperábais hora....  
Venga á llevar vuestro cadáver yerto.

DOÑA ELVIRA.

Piedad, piedad!

EL CONDE.

Leed, ó á vuestra vida  
Daré yo fin con mi terrible acero.

DOÑA ELVIRA (*leyendo*).

Elvira mia, puesto que no has olvidado  
nuestro amor de la infancia, está preparada  
para la hora en que oigas por segunda vez  
mi canto: esta noche misma te arrancaré de  
los brazos de ese tirano á quien odias, y li-  
bre de cadenas serás mas feliz á mi lado.—  
Tu amante, *Eduardo*.

EL CONDE (*quitándole el papel*).

Qué respondeis, señora?

ELVIRA.

Que es calumnia,  
Calumnia y nada mas; quieran los cielos  
Que si miente mi labio, en este instante  
Un rayo me aniquile: yo no niego....  
Escuchadme, señor, que voy á hablaros  
Como yo hablaré un dia al Juez tremendo.

(*Suelta el conde la espada, se sienta y escucha; Doña Urraca desde la puerta escucha igualmente con interes.*)

No niego que le amé desde la infancia;  
Que fué grande mi amor, tambien confieso;  
Que creció con la edad, porque á su lado,  
Yo respiraba su amoroso aliento;  
Y que premiado con mi mano hubiera  
Su amor que el vuelo no apagó del tiempo,  
Si con vos enlazado no me hubiesen,  
Si mis labios de amor el juramento  
No hubieran proferido; mas tan solo  
Consagraros á vos, juré, mi afecto,  
Y desde entónces á mi amor pasado  
Eché por siempre del olvido el velo.  
En vano él ha querido recordarme  
Los dulces dias de mi amor primero;  
Yo amante suya le adoré, y esposa  
Del conde Don Enrique, despreciélo.  
Yo no os amaba, conde, y sin embargo,  
Un amor para vos crió mi pecho;  
Yo no le despreciaba, le quería,  
Y mi pecho para él crió un desprecio;



Que tal es deber que los arcanos  
De Dios inescrutables, me impusieron....  
Esta es, Enrique, la verdad; lo juro....  
Mi confesion ofsteis, y los cielos  
Permitan que sus rayos vengadores  
Me hieran, me aniquilen, si yo miento,

EL CONDE (*presentándole el papel*).

Y este papel?

DOÑA ELVIRA.

Repito que es calumnia,  
Engaño vil, que corazon perverso  
Envidioso tal vez de nuestra dicha,  
Para perderme, meditó, y perderos.

EL CONDE.

Calumnia.... engaño vil.... grande es, señora,  
De vuestro corazon el fingimiento;  
Fugaros del castillo meditábais  
Esta noche con él, mi amor vendiendo;  
Y descaro teneis para negarme....

(*Aparte.*)

Pero bien puede ser que en su despecho

Urraca meditara tal engaño  
Para perderla.... sí.... que yo no puedo  
Creer que quepa tan atroz perfidia  
En su alma ¡oh Dios!... Elvira, yo te ruego  
Que declares, por mí, que tú ignorabas  
Cuanto te imputa este papel funesto;  
Que tú no eres culpable, dime Elvira:  
Calma mi agitacion, mis sufrimientos;  
Esta duda disipa, que carcome  
Mi corazon, y turba mi cerebro.

DOÑA ELVIRA.

Soy inocente, Enrique, yo lo juro  
Por el Dios que me observa justiciero,  
Y de ese infame crimen mi conciencia  
Exenta ve desde su trono excelso.  
Si yo fuera culpable, de rodillas  
Implorando perdon, doblando el cuello  
Te pidiera la muerte, pues solo ella  
Calmaria mi atroz remordimiento....  
Mas no, que yo orgullosa me levanto,  
Porque sin culpa, Enrique, me contemplo;  
Porque nunca, jamas, he dado oidos,  
Desque me uní contigo en lazo eterno,  
A mas amor que al tuyo....

EL CONDE.

Elvira, Elvira,  
Eres pues inocente?... ah! me arrepiento  
De haber dudado así... Calumnía, engaño  
Es esto y nada mas?....

DOÑA URRACA (*aparte*).

Ah! mis esfuerzos  
Vanos salen.... mas no, que á mi venganza  
Aun el destino le conserva un medio.

EL CONDE.

Calumnía... engaño... mas la amarga duda  
Mantiene aun el corazon incierto.

(*Una voz fuera del castillo, cantando.*)

“Sal, paloma; deja, deja  
Del milano la guarida;  
Ven, querida,  
Que la noche se adelanta,  
E impaciente yo te aguardo,  
Yo, tu Eduardo.  
Un corcel veloz conmigo  
Traigo, Elvira; ven, señora,

Y muy léjos de este suelo,  
Donde gimes sin consuelo,  
Estarémos á la aurora”

DOÑA URRACA.

Oh, placer....!

EL CONDE.

Ese canto.... Habeis oido?  
Habeis oido, Elvira? Ya el momento  
Llegó de que partais.... él os aguarda;  
Partid sin dilacion, que esto un misterio  
Será para el esposo, ¿qué os importa  
La fe que le jurásteis? ¿indiscreto  
No os entregó su honor? ausente ahora  
Está; partid sin dilacion.

ELVIRA.

Yo muero!

EL CONDE.

Mucha astucia teneis, pues para el conde  
Esta trama infernal era un secreto.

ELVIRA.

Enrique, por piedad.....



EL CONDE

Ah! sí, maldita,  
Maldita la belleza que en un beso  
Nos da á beber la muerte.

DOÑA URRACA.

Empuja, empuja  
¡Oh destino! su mano.

EL CONDE.

Inmundo insecto!  
Hipócrita mujer, llama al amante  
Que venga ya por tu cadáver yerto. (*La hiere.*)

ELVIRA (*cayendo*).

Oh! Dios.

EL CONDE.

Perjura.  
DOÑA URRACA (*entrando y en voz alta*).

Era inocente.

EL CONDE

(*Volviéndose á Doña Urraca, y soltando la espada*).

Urraca!

Que era inocente has dicho?

DOÑA URRACA.

Sí: mis celos,  
Su muerte ocasionaron: conde Enrique,  
Recuerda que por ella en el infierno  
Me hundiste de los celos.

EL CONDE.

Inocente,  
Inocente mi Elvira!.... (*cae desmayado*)

DOÑA URRACA.

Ah! yo contemplo

Con gozo tu dolor, como tú viste  
Mi desesperacion con gozo un tiempo.  
Gracias, gracias, destino irresistible,  
Que en este mundo me conduces ciego:  
Gusté, en fin, la venganza deseada;  
La querida triunfó, la esposa ha muerto.

(1844.)

— 187 —

HIMNO PATRIOTICO.

CORO.

Alzad la frente ¡oh pueblos!  
Y en plácidos loores,  
Al astro de Dolores  
De nuevo saludad.

ESTROFAS.

I.

Reunidos de la patria  
En las sagradas aras,  
Cantemos las preclaras  
Hazañas de otra edad;  
Cuando á la suerte plugo  
De México la frente,  
Con luz indeficiente  
Benigna circundar.

Alzad la frente &c.

— 189 —

II.

Bendito el cielo sea,  
Que en medio á la amargura  
De eterna desventura,  
En oprimir tenaz,  
El plácido recuerdo  
De mas feliz destino,  
Cual bálsamo divino  
Le concedió al mortal.

Alzad la frente &c.

III.

¡Oh Hidalgo! ¡oh varon fuerte!  
Que con heróico celo  
Rompiste el denso velo  
De horrible iniquidad;  
Emulo de los héroes  
Que honraron Grecia y Roma,  
La augusta frente asoma  
De lo alto donde estás.

Alzad la frente &c.



IV.

Contempla el gozo ardiente  
Que inunda nuestros pechos,  
La gloria de tus hechos,  
Tu nombre al repasar;  
Al recordar la hora  
En que tu voz de anciano,  
Temblar hizo al tirano  
Y al débil esperar.

*Alzad la frente &c.*

V.

¡Oh día de ventura!  
Eterno en nuestra historia,  
El brillo de tu gloria  
Jamás se ofuscará;  
Las gentes venideras  
Celebrarán tu fama,  
Y alumbrará tu llama  
La mas remota edad.

CORO.

*Alzad la frente ¡oh pueblos!  
Y en plácidos loores,  
Al astro de Dolores  
De nuevo salud.*

EPITAFIOS.

PARA EL SEPULCRO DE UNA NIÑA.  
Como el vapor de cristalino lago  
Tu alma sin mancha se elevó del suelo,  
Sorda del mundo al seductor halago;  
Que la patria del ángel es el cielo.

PARA EL SEPULCRO DE UN NIÑO.  
Era un ángel, que del cielo  
A este mundo descendió;  
Mas que remontó su vuelo,  
Cuando manchar en el suelo  
Sus blancas alas temió.

EN LA TUMBA DEL DOCTOR ESCOBEDO.  
Muere el magnate, el potentado muere,  
Y con ellos sus nombres;  
La muerte el pecho de los sabios hiere,  
Y vive entre los hombres  
Circuida de luz, de inmensa gloria,  
Llevada por los siglos, su memoria.

## UNA HISTORIA DE AMOR.

Inquieta, la venida del amante  
Entre las sombras del jardín espera;  
Arde su pecho en amorosa hoguera,  
Cuyo fuego revela su semblante.

Cada rüido que la brisa errante  
Produce en la hoja que agitó ligera,  
Suenan en su corazón, como si fuera  
El nuncio cierto del feliz instante.

Se oyen pasos por fin.—“Es él!”—exclama,  
Y va á estrecharlo en amorosos lazos;  
Mas al esposo, que el furor inflama,  
Ofrece sin saberlo sus abrazos.  
La hiere y huye; el amador la llama;  
Entra y alza un cadáver en sus brazos.

## SONETOS.

I.

No corre ya la bulliciosa fuente  
Que hizo brotar las encendidas flores;  
Los árboles dejaron sus verdes,  
Y de nieve el Ajusco ornó su frente:

De las sierras, en rápida corriente  
No bajan los torrentes bramadores,  
Ni el trino de zenzontles cantadores  
Deleita los oídos blandamente....

Todo acabó; y el esplendor del cielo  
Tan solo queda al alma entristecida  
Con la espantosa desnudez del suelo,

Como le queda á mi angustiada vida,  
En medio de su amargo desconsuelo,  
El cielo de tu amor, Laura querida.



## UNA HISTORIA DE AMOR.

Inquieta, la venida del amante  
Entre las sombras del jardín espera;  
Arde su pecho en amorosa hoguera,  
Cuyo fuego revela su semblante.

Cada rüido que la brisa errante  
Produce en la hoja que agitó ligera,  
Suenan en su corazón, como si fuera  
El nuncio cierto del feliz instante.

Se oyen pasos por fin.—“Es él!”—exclama,  
Y va á estrecharlo en amorosos lazos;  
Mas al esposo, que el furor inflama,  
Ofrece sin saberlo sus abrazos.  
La hiere y huye; el amador la llama;  
Entra y alza un cadáver en sus brazos.

## SONETOS.

I.

No corre ya la bulliciosa fuente  
Que hizo brotar las encendidas flores;  
Los árboles dejaron sus verdes,  
Y de nieve el Ajusco ornó su frente:

De las sierras, en rápida corriente  
No bajan los torrentes bramadores,  
Ni el trino de zenzontles cantadores  
Deleita los oídos blandamente....

Todo acabó; y el esplendor del cielo  
Tan solo queda al alma entristecida  
Con la espantosa desnudez del suelo,

Como le queda á mi angustiada vida,  
En medio de su amargo desconsuelo,  
El cielo de tu amor, Laura querida.

II.

El cielo de tu amor, sola esperanza  
Que me hace grata la existencia mia;  
Por él bendigo el esplendor del día  
Que nuevas penas á anunciarme avanza.

Cuando el destino que al dolor me lanza,  
En marchitar se empeña mi alegría,  
Tú eres el solo bien que en su porfía,  
Arrebatat del corazon no alcanza.

Ah! no se extinga tu divino fuego;  
Que no huya la ilusion consoladora  
A que en mi ardiente frenesí me entrego:

Si sorda del amor que me devora,  
Ella ha de ser al fervoroso ruego,  
Quiero amarla en silencio hora tras hora.

III.

¡Cuán bella estaba en el primer momento  
En que latió mi corazon por ella!  
Alzado el rostro, y la mirada bella  
Clavada en el azul del firmamento,

Arrobada seguia el curso lento  
De la de amor encantadora estrella,  
Tras cuya leve y vaporosa huella  
Volaba su divino pensamiento.

Yo en su éxtasis sublime la miraba,  
Cual ser extraño á la terrestre esfera;  
Y en tanto que mi pecho se agitaba

En sensacion cual nunca placentera,  
Sentí mi corazon que palpitaba  
Ebrio de amor, y por la vez primera.



IV.

Divina sensación, la humana mente  
Es incapaz de definir su esencia;  
¿Cómo explicar tu mágica influencia  
Sobre el herido corazón doliente?

Cuando se abate la soberbia frente  
Al peso de mortal indiferencia,  
Si alumbras tú la pálida existencia,  
Latir de nuevo el corazón se siente;

Y el fuego abrasador de tu mirada  
Hace brotar la flor de la alegría,  
Cegando el cauce del amargo llanto;

Vuelve el vigor al alma fatigada,  
Y haciéndonos amar la luz del día,  
Vuelve á la vida su perdido encanto.

V.

Insensato de mí! Tiemblo al mirarla,  
Y me estremezco al escuchar su acento,  
Y casi desfallezco, si el aliento  
Respiro de su boca al escucharla:

Duda mi labio trémulo al hablar;  
Y cual por golpe eléctrico violento,  
Mis miembros todos agitarse siento,  
Si en medio á mi temor logro tocarla.

De extrañas sensaciones conmovido,  
Pierdo de mis acciones la conciencia;  
Todo lo doy entonces al olvido,

La sociedad, el mundo, mi existencia;  
Que todo se concentra mi sentido  
En la fruición de su divina esencia.

VI.

Cuando despues que la miré tan pura,  
Luchando con mi propio sentimiento,  
De ella quise apartar el pensamiento,  
Y el escollo evitar de su hermosura,

Una voz escuché, que de la altura  
Estas palabras dijo en blando acento:

“Rinde á ese puro amor acatamiento,  
“Y con él gozarás nueva ventura;

“Que amar, es desprender de la materia

“La esencia del espíritu divino,

“Y sin trabas alzas el fácil vuelo;

“Es despreciar el mundo y su miseria;

“Es disputar al ángel su destino;

“Es renunciar la tierra por el cielo.”

VII.

De ese divino amor, la ardiente llama  
Yo mismo desde entónces alimento,  
Y enagenado en mi pasion, no aliento  
Sino al calor del fuego que derrama:

La razon indignada, en vano clama  
Por turbar mi tenaz arrobamiento,  
Que en lucha con el ciego sentimiento  
Su triunfo sobre aquella este proclama.

Como vaga voluble mariposa  
En torno de la luz, hasta que en ella,  
Para abrasarse incauta, el ala posa,

Para abrasarse así, de Laura bella  
En torno vagará mi alma amorosa:  
Amarla, hasta morir, tal es mi estrella.



VIII.

Como esa flor que crece en la llanura  
De pálidos rastrojos rodeada,  
Y sigue siempre con fatal mirada  
Del astro bienhechor la lumbre pura;

Que si se la desvía de la altura  
A ella se vuelve al ser abandonada,  
Y se marchita, y cae deshojada  
Cuando sigue á la luz la noche oscura,

Así del hombre el corazón, no vive  
Sino de amor á la ardorosa llama;  
Si su divino influjo no recibe,

Si el ardor de su faego no le inflama,  
Ve en su pecho cegarse indiferente,  
Del sentimiento la abundosa fuente.

IX.

Yo ví en medio del sueño ante mis ojos  
Aparecer su celestial figura;  
Ví en su mirada angelical dulzura;  
Ví su divina frente sin enojos;

Miré vagar entre sus labios rojos  
Una sonrisa bondadosa y pura;  
Y al mirar ante mí tanta hermosura,  
Salté del lecho y la adoré de hinojos:

Ella los brazos me tendió amorosa;  
Mas al lanzarme en ellos anhelante,  
Desvaneciõse la vision hermosa....

Así se desvanece la brillante  
Ilusion de mi amor, cuando yo creo  
Palpar la realidad de mi deseo.

X.

Cuando luchando con insomnio inquieto  
Las tardas horas de la noche paso,  
La triste historia de mi amor repaso;  
Que á amar sin esperanza estoy sujeto.

Ya intento revelárselo indiscreto,  
Entregándome en brazos del Acaso,  
O sofocando el fuego en que me abraso,  
Ya renunciar á su divino objeto.

¡Vano esperar! mi situacion violenta,  
Entre el azar luchando y lo imposible,  
Es semejante á la del Nauta incierto

A quien sorprende la veloz tormenta,  
Sin que le sea, en alta mar, posible  
Seguir su ruta, ni volver al puerto.

XI.

Mirarla siempre; estar siempre á su lado,  
Bajo el poder de su mirada ardiente,  
Su dulce voz oyendo, en que se siente  
La magia de su aliento embalsamado,

Y no poder de mi contrario hado  
El rigor evitar, con que inclemente  
Me impide que la diga ardientemente  
"Solo á tí ¡oh Laura! el corazon ha amado,"

Es llegar á la fuente que murmurara  
Convidando á beber al que sediento  
Anhela de sus aguas la frescura,

Y al acercar el labio, en un momento  
Ver suspenderse la corriente pura;  
Es padecer de Tántalo el tormento.



XII.

Si lo que sufro ¡oh Laura! tu supieras  
Con este amor que me consume activo,  
Y que yo mismo sin cesar avivo,  
Como aviva el salvaje sus hogueras,

Tal vez de mi penar te condolieras,  
Viendo que para tí tan solo vivo,  
Y que yo otra ventura no concibo  
Que la de amarte, como tú no esperas.

De tu ternura la abundosa fuente  
Tu corazon acaso generoso  
Abriera á mi deseo complaciente;

Volviérasme la calma y el reposo,  
Y me harías la envidia de la gente,  
Haciéndome el mortal mas venturoso.

XIII.

Discreta al par que bella, en su presencia  
Siente el alma un placer indefinible,  
Si mira derramarse inextinguible  
La llama de su clara inteligencia:

Sus palabras con fácil afluencia  
La idea que concibe hacen sensible,  
Y de su voz la magia irresistible  
De su discurso aumenta la excelencia.

De la Musa de Lésbos la dulzura,  
A la suya no iguala, ni la excede  
La *Musa mexicana* en donosura;

A la gentil Corina en nada cede,  
Y de Avila á la ardiente vírgen pura  
Solo en su fuego compararse puede.

XIV.

Si su semblante anima la alegría,  
Mi corazón rebosa de contento;  
Y me atormenta horrible sufrimiento,  
Si la oprime tenaz melancolía;

Léjos de su presencia, el alma mía  
Adivina sagaz su sentimiento,  
Y venir á distancia yo la siento,  
Si mi destino por dō voy, la guía.

¿Qué fluido impalpable y misterioso  
Así las almas en contacto pone?  
El infunde el placer; roba el reposo;

A gozar, ó sufrir nos predispone;  
Y á resistir su influjo poderoso  
Severa en vano, la razón se opone.

XV.

Gloria de la ciudad que reina aclaman  
Del vasto continente americano,  
Delicia de su valle soberano,  
Donde flores y brisas, vivir aman,

Tus encantos el júbilo derraman,  
Si te presentas con semblante ufano,  
Y apareces mas bella que el verano,  
Que la estación de los amores llaman.

Si de Italia los vates á su paso  
Hubieran contemplado ese semblante,  
Que ofusca al sol que brilla en el Ocaso,

Habrian olvidado en el instante,  
Petrarca á Laura, á Leonor el Taso,  
Y á Beatriz el misterioso Dante.



XVI.

Surcan las aguas del canal estrecho,  
Que nos trae del Trópico los dones,  
Toscas barcas que llenan mil garzones,  
Y mil doncellas de turgente pecho:

Llegan á tierra, el corazon deshecho  
Por disfrutar; y alzando sus canciones,  
Se entregan á las vivas emociones  
De danza inquieta, bajo verde techo.

Siguen festivos juegos; y se empieza  
Reina por proclamar la mas hermosa;  
Y de la reina cubre la cabeza

Corona de amapola y escabiosa.  
¿Quién el premio alcanzó de la belleza?  
La gentil Laura, de mi amor la diosa.

XVII.

¡Oh bosque secular! ¡oh claras fuentes!  
Que al pié brotais del *ahuehuete* canol  
Vosotros, que del suelo mexicano  
Mirado habeis los cambios imponentes;  
Vosotros que mirásteis á las gentes  
De mil razas pasar, como humo vano,  
Perdonad, si al entrar aquí, profano  
Vuestros grandes recuerdos aun vivientes.  
Amor me guia, amor, que con anhelo,  
Entre los viejos árboles divisa  
Flotar de Laura el trasparente velo....

¡Oh bosque secular! que su sonrisa  
Anime siempre tu sagrado suelo,  
Y atraiga á él siempre la benigna brisa.

XVIII.

Este es el sitio pintoresco y grato  
Donde ella busca, en el ardiente estío,  
La calma y el frescor del bosque umbrío,  
O la inocente ocupacion del hato.

Aquí de la ciudad olvida el trato;  
Y trisca y corre con gallardo brío,  
O allá en los brazos del sonante río  
Se entrega á sus placeres sin recato.

Allí el nogal está, donde sencilla  
Grabó su nombre; allí la que su frente  
Coronó, matizada maravilla, . . .

Mi dicha ¡oh sitio! fuera, del torrente  
Venir con ella á la escarpada orilla,  
A respirar tu perfumado ambiente.

XIX.

Fugaz entre begonias se desliza  
El límpido arroyuelo que desciende  
Del alto Ajusco, y que su curso extiende  
Por las lomas que riega y fertiliza:

Allí de la canícula suaviza  
Ella los fuegos que el calor enciende;  
Y cual ligera ondina se suspende  
Entre las aguas que al moverse riza.

¡Oh venturoso plácido arroyuelo  
Que el cuerpo celestial has abrigado  
De aquella que de gracias es modelo,

Que no enturbie tus aguas el ganado,  
Que serenas reflejen siempre el cielo  
Y las flores que crecen á tu lado!



XX.

Ave canora, que en la verde rama  
Del mustio sauce que á la márgen crece  
Del arroyuelo que sus aguas mece  
Entre violetas y menuda grama,

Cantas del sol á la ardorosa llama  
¿Por qué tu canto mi penar acrece?  
¿Por qué tan melancólico parece  
Tu dulce trino al corazon que ama?

Como yo abandonada, ¿es tu destino  
Expresar tus congojas en tu canto?  
¿Es la voz del dolor tu dulce trino?...

Ya sé que es como el mio tu quebranto....  
No me abandones, pues, en mi camino;  
Sé tú, al ménos, testigo de mi llanto.

XXI.

Sola en el árbol que te da su abrigo,  
De aquestas selvas á los raudos vientos  
Triste entregas la voz de tus tormentos,  
Sin que haya un ser que te responda amigo....

Mas no tan sola estás, que hay un testigo,  
Cuyo pecho conmueven tus acentos,  
Que devorado por pesares lentos  
Llora sus penas á la par contigo.

No interrumpas tu queja lastimosa;  
Las selvas con tus ayes importuna,  
Mientras que lucho yo con la azarosa,

Que en parte me tocó, negra fortuna,  
Y á esta corriente clara y bulliciosa  
Mis lágrimas se mezclan una á una.

XXII.

Rosa que ayer al sonreír la aurora,  
Te mecías al soplo del ambiente,  
Empapando en las aguas de la fuente  
Las blandas hojas que el carmin colora,

¿Por qué en el suelo sin aroma, ahora  
Marchita ostentas la divina frente,  
Tú que bebiste ayer la llama ardiente  
Del Sol de Mayo que tu muerte llora?

Pobre Rosa! tu vida fué de un día;  
El viento de la noche borrascosa  
Te robó tu hermosura y gallardía,

Como la mano de mi suerte odiosa  
Arrebató á mi pecho la alegría,  
Secando mi esperanza. ¡POBRE ROSA!

XXIII.

¿Por qué hoy el Sol paréceme mas claro,  
El viento mas süave, y de las flores  
Mas gratos los purísimos olores;  
Y es á mis ojos el pensil mas caro?

¿Por qué mi corazon, que el desamparo  
Hundió del desaliento en los horrores,  
Libre hoy de acerbos penas y dolores,  
Tanto por disfrutar se muestra avaro?

Porque al nacer la esplendida mañana  
La ví del huerto en la revuelta senda  
Clavar en mí sus ojos con dulzura;

Y de mi mano recibir ufana  
La flor que presenté, como ofrenda  
De un amor que ella juzga amistad pura. ®



XXIV.

Por el viejo Peñon se alzó el nublado,  
Y ya la frente del Ajusco envuelve;  
El viento sopla, y con furor revuelve  
La copa del nogal que la ha abrigado:

El arroyo sus aguas ha engrosado,  
Y ya torrente rápido se vuelve,  
Y el dudoso cabrero se resuelve  
A recoger su tímido ganado:

Déjase oír del trueno el estallido;  
Su preciado nogal el rayo hiere,  
Y llora ella, si mira sus despojos:

Así mi corazón su amor ha herido;  
Pero ménos feliz, si amando muere,  
No deberá una lágrima á sus ojos.

XXV.

Cuando el Sol se reclina en Occidente,  
Y su vuelo suspenden las cornejas,  
Y el pastor recogiendo sus ovejas  
Al aprisco las lleva lentamente;

Sentado de la loma en la pendiente  
Miro que de la vega tú te alejas,  
Y que impregnada la campaña dejas  
Con el olor de tu aromado ambiente:

Te sigo hasta tu hogar; y allí la lumbre  
De tu mirada celestial se oculta,  
Hundiéndome en mi negra pesadumbre,

Como el mundo entre sombras se sepulta,  
Hora que el Sol tras la elevada cumbre  
Desaparece de la sierra inculta.

XXVI.

¡Cuántas veces aquí las virginales  
Miradas de la luna encantadora,  
Me han contemplado triste, como ahora,  
Repasando la cuenta de mis males!

De mis ojos han visto los raudales  
Mezclarse á la corriente bullidora,  
Y ha venido á alumbrar la dulce aurora  
Del insomnio en mi rostro las señales....

¡Oh Luna! astro de paz y bienandanza,  
Cuando ella á contemplarte el rostro eleve,  
Dile que hay un mortal sin esperanza,

Que en sus miradas su desgracia bebe,  
Que ni olvidarla, aunque lo intenta, alcanza,  
Ni á revelarle su pasión se atreve.

XXVII.

¡Quién es el jóven perfumado y bello  
¡Oh Laura! que contigo he visto solo?  
Esbelto es él como como el antiguo Apolo;  
Tiene griego el perfil y erguido el cuello:

El profuso y finísimo cabello  
Da sombras á su rostro, que formólo  
Con perfeccion amor, y distinguiólo  
De varonil belleza con el sello;

Mas contempla sus ojos; ¿esa llama  
De viva inteligencia esplendorosa  
Ves en ellos lucir ¡oh Laura! dime?

Quien tiene ese mirar, ni piensa, ni ama:  
La estatua es de Pigmaliion hermosa,  
Antes que el fuego celestial la anime. ®



XXVIII.

Eres esbelta, como palma airosa;  
Ligera, como corza en la llanura,  
Y es flexible tu mórbida cintura,  
Como los blandos tallos de la rosa.

La mente absorta te contempla ansiosa,  
Que seduce y cautiva tu hermosura;  
Y un mundo de deleites se figura  
Al verte en actitud voluptuosa.

Por eso cuando viva, inquieta, ardiente,  
Y en el placer del baile enagenada  
Alzas gallarda la soberbia frente,

Para aquel que con vista fascinada  
Sigue tus movimientos impaciente,  
No eres una mujer, sino una hada.

XXIX.

Hierve en las copas espumoso el vino;  
La turba alegre sus cantares lanza;  
Giran las bellas en revuelta danza,  
Ya descompuesto el rostro peregrino:

Entregado en los brazos del destino,  
Mas de un favor el amator alcanza,  
Y mantiene en su pecho la esperanza  
El dulce halago del placer divino:

Todo es delirio, frenesí, locura;  
Los rostros arden, y palpita el seno;  
Crujen los besos, y de amor seapura

Hasta las heces el mortal veneno . . .  
Huye, mi amor, que de la fiesta impura  
No empañe tu candor, el negro cieno.

XXX.

Deja ¡oh Laura! la sérica mantilla  
Que avara oculta tu divina espalda,  
Y el preciado diamante y la esmeralda  
Que forman tu valiosa gargantilla:

De blanco y leve lino con sencilla  
Túnica cubre la graciosa falda,  
Y adorna tu cabeza con guirnalda  
De rojo mirto y fresca maravilla.

Para agradar, de espléndido atavío  
No necesita tu sin par belleza;  
A ella le dan su encanto y poderío

Las gracias que te dió naturaleza;  
Que en todo lo que es bello, ídolo mío,  
Mientras mas sencillez, hay mas grandeza.

XXXI.

¿Lloras, Laura? tus lágrimas divinas  
Ese lienzo que bordas, han regado,  
Y el brillo seductor han empañado  
De tus frescas mejillas purpurinas.

¿En la senda tambien por dó caminas,  
Las pálidas congojas se han sentado?  
De tu dicha envidiosas, han sembrado  
Del dolor, á tu paso, las espinas?

No, Laura, no es posible que te hiera  
Adversa suerte á tí: será ese llanto,  
Que nubla tu mirada placentera,

Y que mi pecho ha conmovido tanto,  
Como de Abril la lluvia pasajera,  
Tras la cual brilla el Sol con nuevo encanto



XXXII.

Feliz quien retirado del bullicio  
De la ciudad y del comercio humano,  
Busca dulce sosiego, en el lejano  
Cortijo, libre de dañoso vicio;

Y allí se entrega al útil ejercicio  
Del labrador, que al recojer el grano,  
Bendice aquella providente mano  
Del Dios que premia su labor propicio.

No le devora allí la sed del oro,  
Ni la vana ambicion su pecho irrita,  
Ni el ciego amor su corazon oprime:

No busca las riquezas con desdoro,  
Ni al crimen el poder lo precipita,  
Ni su razon avasallada gime.

## A LAURA CANTANDO.

No ceses, no; que tu divino acento  
Eternamente en mis oidos suene,  
Grato, mas grato que el murmurio blando  
Del manantial perenne  
Es al cansado caminante incierto,  
Cuya esperanza moribunda anima  
En el seno ardoroso del desierto.

No ceses, Laura, no; que tu armonía  
Embargue con su encanto mis sentidos:  
Quiero probar los goces de la gloria;  
Y un recuerdo de plácida ventura  
Grabar quiero con fuego en mi memoria,  
Tras dilatados años de amargura.

XXXII.

Feliz quien retirado del bullicio  
De la ciudad y del comercio humano,  
Busca dulce sosiego, en el lejano  
Cortijo, libre de dañoso vicio;

Y allí se entrega al útil ejercicio  
Del labrador, que al recojer el grano,  
Bendice aquella providente mano  
Del Dios que premia su labor propicio.

No le devora allí la sed del oro,  
Ni la vana ambicion su pecho irrita,  
Ni el ciego amor su corazon oprime:

No busca las riquezas con desdoro,  
Ni al crimen el poder lo precipita,  
Ni su razon avasallada gime.

## A LAURA CANTANDO.

No ceses, no; que tu divino acento  
Eternamente en mis oidos suene,  
Grato, mas grato que el murmurio blando  
Del manantial perenne  
Es al cansado caminante incierto,  
Cuya esperanza moribunda anima  
En el seno ardoroso del desierto.

No ceses, Laura, no; que tu armonía  
Embargue con su encanto mis sentidos:  
Quiero probar los goces de la gloria;  
Y un recuerdo de plácida ventura  
Grabar quiero con fuego en mi memoria,  
Tras dilatados años de amargura.



Ah! cedes á mi ruego; ya á mi oído  
Tu voz sonora llega;  
Y es blando su contacto, Laura mia,  
Mas que el leve contacto de la ola  
Del mansísimo río,  
Sobre el jazmín y la purpúrea viola  
Que con su aliento perfumó el Estío.  
No solo escucho tu divino acento;  
No solo es un sonido  
Para mí tu armonía; yo la siento  
Llegar hasta mi cuerpo entorpecido;  
De súbito agitarlo,  
Y mi ser empapar, con mas deleite  
Que la leche mezclada con la rosa,  
Y el nardo, y cinamomo,  
De sultana orgullosa  
Las formas delicadas,  
Para los blandos goces  
Del dulce amor en el harem guardadas.  
Tu voz, á la medula de mis huesos  
Penetró ya: mi alma desfallece;  
La turbacion de mi cerebro crece;  
Un veneno sutil corre en mis venas;  
Se arde mi fantasía,

Y ya descubro tu semblante apénas....  
Laura! Laura! yo muero de alegría....  
Reina del sentimiento,  
¿Cuál es tu influencia mágica? ¿Es divino  
El poder de tu voz, que así avasalla,  
Que rinde así el esfuerzo del destino,  
Saborear haciendo tantos goces  
Al hombre, á quien su mano  
Hundiera para siempre  
En los abismos del dolor tirano....?  
Antes de oírte, el corazón ansioso  
En el seno violento palpitaba;  
Mis arterias con ímpetu latían;  
En la voraz hoguera me abrasaba  
Del deseo impaciente, cuyo fuego  
En su inquietud mis ojos despedían;  
Y ¡oh Laura! Laura! mi eternal sosiego  
Por escucharte entónces dado hubiera,  
Que en mi febril agitacion demente,  
Era mi único bien, el anegarme  
De tu armonía en la abundosa fuente....  
Mas resonó tu voz; y el fuego activo  
Tórnase, Laura, en calmador beleño;  
Y del delirio á la inquietud violenta

La calma sigue de apacible sueño.  
Paréceme que en lecho regalado  
Suspendido en los aires,  
Mi cuerpo se adormece,  
Y que la brisa que al redor susurra  
Blandamente le mece,  
Ofreciendo á mi olfato, de las flores  
Los preciados aromas:  
De los montes los ecos voladores  
Derraman por los valles, los gemidos  
De lejanos torrentes,  
Los trinos de las aves,  
Y los murmurios suaves  
De cristalinas y sonoras fuentes.  
A mi lado está un ángel....  
Y ese ángel eres tú.... Mas lo que siento  
En tan feliz momento,  
En vano, Laura, en vano  
Por explicar me afano:  
Vagas, indefinibles,  
Mis sensaciones son; lo que una madre  
Siente por vez primera,  
Cuando con mano trémula, la vida  
Palpa en el corazon del tierno niño,

Fruto de su cariño,  
Nada es, si lo comparo,  
Al süave deleite en que se inunda  
Mi corazon, de disfrutar avaro....  
Venga la muerte, venga  
A traspasar mi pecho  
Con su certero envenenado dardo;  
Del mundo satisfecho  
Aquí tranquilo su venida aguardo....  
Qué me importa morir? Sé que un instante  
De dicha tan cumplida,  
Basta á apagar la llama de la vida  
Del que nació para sufrir tan solo:  
Sé que la miel sabrosa  
De rápida ventura, se convierte,  
Si el desgraciado sus delicias gusta,  
En bebida fatal que da la muerte....  
Pero ¡morir ahora,  
Al despuntar la aurora  
De la felicidad....! No, Laura mia,  
No de muerte será mi blando sueño;  
Que será solamente el halagüejo  
Reposo concedido  
A tanto disfrutar; mis ojos, Laura,



Volverán presto á contemplar tu rostro;  
Despertaré á tu lado; embebecido  
Gozaré mas delicias que el errante  
Proscrito, que agobiado  
Se duerme en la ancha popa del navío,  
Y al volver á la luz del sol brillante  
Contempla enagenado  
Las playas de su patria, absorto mira  
Su cielo azul, y las ligeras auras  
Que mecieron su cuna, al fin respira.  
Y llegará mi vez; entre tus brazos,  
Unido á tí con sempiternos lazos,  
Tambien te extasiaré con esta lira,  
Que me concedió el cielo,  
Que deleites suavísimos inspira  
Y eleva el alma en presuroso vuelo.  
A tu lado heriré sus cuerdas de oro;  
Se unirán á los suyos tus concertos,  
Y á la sombra sentados  
Del pomposo laurel de nuestra gloria,  
De ese laurel que agitarán los vientos,

Mas que no abatirán, de las edades  
Pasar verémos el revuelto rio,  
Combatido de negras tempestades,  
Yo apoyado en tu hombro, tú en el mio.

(1844.)



A FERNANDO CALDERON.

COMPOSICION

LEIDA LA NOCHE DEL 20 DE JULIO DE 1845, EN LA SO-  
LEMNE COLOCACION DEL BUSTO DEL POETA, EN EL SA-  
LON DEL TEATRO NACIONAL.

Dadme el laud sonoro;  
Pulsar sus cuerdas encantadas quiero,  
Y al mundo revelar la gloria inmensa  
De los hijos de Píndaro y Homero.  
Dadme el laud, y cantaré inspirado  
El esplendor de la divina gloria,  
Que la grata memoria  
Circunda el ingenio peregrino....

¡Oh Calderon! Levántate del seno  
De la tumba voraz; no es el destino  
De tu preclaro nombre,  
Perecer en el polvo donde se hunden  
Las esperanzas débiles del hombre.

Mas allá de la tumba del poeta  
Se ostenta el mundo que creó en sus cantos:  
Allí está la verdad de sus ensueños;  
Allí los seres mágicos que pueblan  
Sus cuadros animados y risueños.  
Allí se extienden los feraces valles,  
Donde se ostentan los floridos prados;  
Se elevan los collados,  
Y las montañas de gigante altura,  
De cuya cima se desprende airosa,  
Cascada inmensa, cristalina y pura,  
Que el seno baña de la selva hojosa.  
Allí el manso arroyuelo  
Se desliza escondido entre las flores,  
Que con varios colores,  
Brontan lozanas del fecundo suelo.  
Allí están los magníficos jardines  
De blandos y suavísimos aromas,  
Poblados de palomas,



De colibris inquietos y pintados,  
De pájaros de cantos regalados,  
Cuya dulce armonía  
Absorbe la risueña fantasía  
De jóvenes hermosas,  
Que al mirar en las fuentes sus hechizos,  
Para adornar sus ondeantes rizos,  
Tejen guirnaldas de jazmin y rosas.  
Allí el rico palacio se levanta,  
En cuyo seno la riqueza ostenta,  
Cuanto de grande la invencion presenta,  
Cuanto el sentido con su brillo encanta:  
Allí está del placer el ancho imperio;  
Y apenas reina silenciosa noche,  
En los vastos salones orientales  
Se encienden mil bugías,  
Que reflejan su luz en los cristales  
Y en el oro y las ricas pedrerías:  
Los süaves conciertos  
Se elevan de la música, y en tanto  
El bullicio de danzas seductoras  
Todo lo hace olvidar, hasta las horas,  
Que arrastra el hombre de fastidio y llanto.  
Rebosa el vino en las doradas copas;

Por el amor se brinda, y la hermosura;  
El sabroso licor al fin se apura;  
El placer desfallece,  
Y plegando las alas se adormece....  
Se eleva allí tambien en la colina  
El castillo feudal con sus almenas,  
Que guarda la hermosura peregrina,  
De jóven castellana,  
Víctima del orgullo y la altiveza,  
Desde el brotar de juventud lozana:  
Ama á un jóven oscuro, sin nobleza;  
Mas á Baron altivo prometida,  
Al hombre que aborrece  
Va la infeliz á consagrar su vida:  
El jóven corre á disputar su mano,  
Y se apresta al combate;  
Se prepara el torneo, el clarín suena,  
Y del plebeyo al formidable embate  
Rueda el noble orgulloso por la arena.  
Vedlo cubierto de brillante gloria  
Volver á su adorada;  
A sus plantas poner lanza y espada,  
Y ofrecerle el laurel de su victoria....  
Tal es el mundo que pobló la mente,

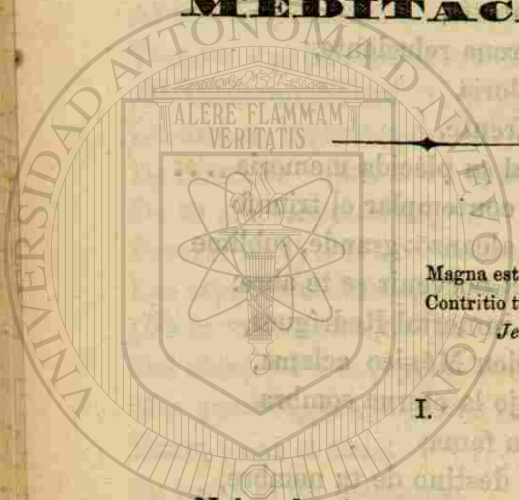
La mente del poeta creadora;  
El es el rey en él, y omnipotente,  
Como el antiguo Júpiter de Homero,  
Al solo movimiento de su ceja  
Tiembla y se humilla el universo entero...  
¡Oh Calderon divino!  
Levántate, levántate del seno  
De la tumba voraz; no es el destino  
De tu preclaro nombre,  
Perecer en el polvo donde se hundan  
Las esperanzas débiles del hombre....  
¿No le veis? no le veis? ya emprende el vuelo  
Del claro Sol á la region brillante;  
Mas que el águila altiva se remonta,  
Hasta tocar el cielo:  
Su trono es de diamante,  
Y refleja del íris los colores;  
Cercado está de genios,  
Y en su torno revuelan los amores.  
Allí Alberto y Herman, cubiertos siempre  
De los combates con el duro acero,  
De su creador al brillo deslumbrados,  
Con noble aspecto y ademan guerrero,  
Le ofrecen sus laureles,

Y permanecen á sus piés postrados.  
Allí Isabel, Sofia,  
Vírgenes puras que creó fecunda  
Su ardiente fantasía,  
Sostienen la corona reluciente,  
La corona de gloria  
Que ceñirá su frente,  
Y hará inmortal su plácida memoria....  
Venid, venid á contemplar el triunfo  
Que el ingenio alcanzó: grande, sublime  
¡Oh Calderon! el porvenir se te abre:  
Al lado allí del inmortal Rodríguez,  
Que poeta también México aclama,  
Descansarás bajo la eterna sombra  
Del laurel de tu fama;  
Porque no es el destino de tu nombre,  
Perecer en el polvo donde se hundan  
Las esperanzas débiles del hombre.





**MEDITACION.**



Magna est velut mare

Contritio tua.....

Jeremías.

I.

Nubes de plomo el conturbado cielo  
Entoldan, ocultando

El dulce brillo que desciende al suelo  
De los astros purísimos manando.

Truena á lo léjos con estruendo horrible

El rayo fragoroso....

¡Es la voz de su enojo, que terrible  
Lanza el Dios de los cielos poderoso?

Sopla entre cedros irritado el viento,  
Y su furor acrece,  
Y se desata el huracan violento:  
La tierra tiembla, el hombre se estremece.

Dios de bondad! los hombres miserables  
¿En qué te han ofendido?  
¿Por qué lanzas tus rayos formidables  
Y contristas su espíritu afligido?

Indiferente á su terror, tú giras  
Tus ojos centellantes  
Por este oscuro valle; tú los miras,  
Y no tierno y benéfico cual ántes.

Tú mandas al arcángel de la muerte,  
Que oprime al triste suelo;  
Te obedece veloz y asienta fuerte  
Sobre él su planta, al suspender su vuelo.

II.

“Tiende la vista, responde  
Divina voz, que del cielo  
Rasgando el oscuro velo,  
Mis oídos vino á herir;  
Tiende la vista, y contempla  
Ese sangriento madero,  
Donde el suspiro postrero  
Lanzó mi Hijo al morir.

“¿Le viste entre dos ladrones  
Por turba crúel mofado?  
¿Viste su rostro bañado  
Con la sangre que vertió?  
“¿Viste sus ojos divinos  
Que en vano elevaba al cielo?  
¿Quién á su pecho un consuelo  
Sino su Madre prestó?

“En abandono tan triste  
Yo mismo vi su agonía,  
Cual veo expirar el día  
En mi trono celestial;  
“Sufrí que le escarneciera  
Aquel á quien perdonaba,  
Porque destinado estaba  
Para este trance fatal....

“Mas tú que en decidio horrible  
Te gozas, hombre, en el mundo,  
Mira mi brazo iracundo,  
Presto sobre ti á caer....  
“Tiembla, ciudad delincuente,  
Que á tu Rey desconociste;  
Tú, que á tu Dios maldijiste....  
Estremécete, Salem....”



III.

Calló esta voz.... Orgullosa  
Jerusalem se levanta,  
Cual la ola cuando truena  
Espantosa la borrasca.

Marchita está su corona,  
Y en su frente se retratan  
Los terrores que le inspira  
El crimen que consumara.

Todo es confusion y espanto:  
Las vírgenes gritos lanzan;  
Y contra su pecho estrechan  
A los hijos de su alma

Las madres, al recordar  
Del Hombre Dios las palabras,  
En que maldicion eterna  
Sobre su ciudad lanzara.

Los jóvenes por las calles  
Mudos é inquietos vagan;  
Los ancianos á los cielos  
Dirigen tristes plegarias;

Y Escribas y Fariseos  
Tan solo sienten en su alma  
Un gozo infernal, que el soplo  
Del remordimiento apaga....

Mas bajo el antiguo olivo,  
Y allí en la roca que bañan,  
Del torrente de Cedron  
Las amarillentas aguas,

¿Qué hombre de blanco ropaje,  
Triste frente y luenga barba,  
Sentado está, y sollozando  
Lágrimas puras derrama?....

Es el Profeta que llora  
De Sion las hondas desgracias,  
Como el cisne de los lagos  
En la orilla solitaria.

Mira á la Virgen culpable....  
Y al lánguido son del arpa,  
Brotan de sus labios trémulos  
Estas dolientes palabras:

“Hija de Sion, delinquistes. . . .

“Hija de Sion, negra mancha

“Cubre tu frente. . . . tu erímen

“Pesó Jehová en su balanza.

“Señora de las naciones,

“Ya solo serás su esclava. . . .

“Hija del Sion, arrepíentete;

“Vuelve al Señor tus miradas. . . .

Jerusalem duerme en tanto,

Y la terrible amenaza

Del Profeta, solo escucha

Atónita la montaña.

IV.

No así en aquel recinto misterioso,  
Dó se entrega á su llanto Virgen pura:  
Reinan allí el silencio y la amargura;  
Allí reina el dolor.

Vedla triste, en su pálido semblante  
Revelar las angustias de su alma,  
Solitaria en el mundo, cual la palma  
En desierto de horror.

La abandonó su Hijo; el Padre mismo  
De ella apartó sus ojos, y en su duelo  
La abandonan los ángeles del cielo,  
Y los hombres también. . . .

En tu honda soledad, Virgen mas bella <sup>®</sup>  
Que las estrellas fúlgidas, tu llanto  
Es tan puro, tan plácido, tan santo,  
Como el celeste Eden.



V.

Mas sola . . . . no, Madre mia,  
Tú no gimes solitaria,  
Que de un hombre la plegaria  
Te acompaña en tu agonía;

De una infeliz criatura  
Que en sus penas te ha invocado  
Como un hijo desgraciado  
A una madre en su amargura;

Porque tu apacible nombre,  
Es aquel que á murmurar;  
Allá en el paterno hogar  
Enseñan primero al hombre;

Y porque tú, Madre mia,  
En tu amarga soledad,  
Imágen de mi orfandad  
Eres, en la tierra impía . . . .

Yo contigo en tu dolor,  
Madre mia, velar quiero:  
Ese llanto lastimero  
Ah! cuánto es consolador!

Él recuerda á los mortales,  
Que al llanto con que han regado  
Este suelo, se han mezclado  
Tus lágrimas virginales . . . .

Madre mia, en las alturas,  
Cuando de tu Hijo al lado,  
Te acuerdes del desgraciado  
Que gime entre penas duras,

No del huérfano te olvides  
Que te acompañó en tu duelo;  
Pide para él un consuelo  
Pues que para otros lo pides;

Pídele aquel que gobierna  
Los orbes en el vacío,  
Que allá al espíritu mio  
Circunde la gloria eterna;

Y allí la orla luciente  
Besaré de tu vestido....  
Madre mia, oye el gemido  
De mi corazon doliente.

VI.

Mas la Madre del Hijo eterno  
Al peso del dolor sucumbe triste....  
Jerusalem, Jerusalem, ¿no oiste  
El último suspiro que lanzó?  
Los ángeles lo oyeron, y sus alas  
Sintieron impelidas hácia el suelo....  
Mas el brazo de Dios cortó su vuelo,  
Porque así en sus decretos lo ordenó.

Jerusalem, de su sopor profundo  
Saca tu endurecido corazon....  
Se estremece la máquina del mundo....  
Despierta, hija de Sion.

EL GUERRILLERO.

Ya estamos en el campo,  
Clamaba el guerrillero,  
Condúceme ligero,  
Mi rápido troton.  
Por vez postrera miro  
La corte bulliciosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*

La patria lo demanda,  
Volemos al combate:  
Oh! cuán altivo late  
De gozo, el corazon!  
De gloria y de venganza  
Respira el alma ansiosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*



Por ellas me desprendo  
Del seno de mi amada,  
Dejándola anegada  
En llanto de dolor:  
No escucho ya por ellas  
Su queja lastimosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*  
El llanto de tus ojos  
Valioso mas que el oro,  
*¡Oh Laura! á quien adoro,*  
Me infunde mas valor:  
No temas, que mi suerte  
Sonrie cariñosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*  
Cargado de laureles;  
De rica presa dueño,  
Quitada con empeño  
Al pérfido invasor,  
Verásme entrar, querida,  
Con frente victoriosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*

Tus lágrimas entónces  
De pena y amargura,  
En llanto de ventura  
Las trocará el amor;  
Y ceñirán mis lauros,  
Tu frente venturosa:  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*  
Cuanto amo mas, demanda  
El precio de mi vida;  
Mi patria, mi querida,  
La gloria y el amor:  
Si en lucha tal sucumbo,  
*¡Qué muerte mas gloriosa?*  
*¡Adios, México hermosa;  
Mi bella Laura, Adios!*  
Llegó el feliz momento....  
Al pié de la montaña  
Combátense con saña....  
Abajo, mi troton.  
Ya estoy en medio de ellos....  
Con lanza ponderosa,  
*Por México la hermosa,  
Por Laura lidio yo.*

Venganza! compañeros,  
La patria os lo recuerda;  
El polvo inmundo muerda,  
Quien roba nuestro honor.  
Piedad? Ninguna: á ellos;  
La raza generosa

*Por México la hermosa*  
*Combate con furor.*

El rico y codiciado  
Botín que nos espera,  
A vive mas la hoguera  
Del bélico rencor.

Su gala ostentarémos  
En paz, despues dichosa,  
*En México la hermosa,*  
*Gozando del amor.*

Sobre ellos, camaradas,  
Cargad con mas denuedo:  
Aquí lidiando quedo  
Con bravo campeón;

Ya cede á mi pujanza,  
Su fuerza prodigiosa....

*Por México la hermosa,*  
*Por Laura triunfo yo.*

Mas ¡ah! traidora mano  
Lanzádome ha la muerte....

Sucumbo ya sin verte,  
¡Oh México! mi amor!  
Vengándote sucumbo  
Con muerte gloriosa;

*México, Laura hermosa,*  
*Adios por siempre, Adios!*

(1847.)







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO I.

<i>En la Muerte del poeta D. Ignacio Rodríguez Galvan,</i> . . . . .	7
<i>Un Trovador,</i> . . . . .	12
<i>Un Incendio,</i> . . . . .	21
<i>En un Templo,</i> . . . . .	53
<i>Romance,</i> . . . . .	62
<i>El Destino,</i> . . . . .	69
<i>La Sonrisa del Niño,</i> . . . . .	80
<i>El Poeta,</i> . . . . .	83
<i>El Fuego Fatuo,</i> . . . . .	97
<i>La Esperanza en la Adversidad,</i> . . . . .	105
<i>Maldicion y Redencion,</i> . . . . .	110
<i>El Sueño de Egira,</i> . . . . .	117
<i>Impresiones.—Una tarde en un Cementerio,</i> . . . . .	128
<i>Cuadro Dramático.—La Esposa y la Querida,</i> . . . . .	146
<i>Himno Patriótico,</i> . . . . .	188
<i>Epitafios.—Para el Sepulcro de una Niña.</i> . . . .	
<i>—Para el Sepulcro de un Niño.—En la tumba del Doctor Escobedo,</i> . . . . .	191
<i>Una Historia de Amor,</i> . . . . .	192
<i>Sonetos.—I,</i> . . . . .	193
<i>          II,</i> . . . . .	194
<i>          III,</i> . . . . .	195
<i>          IV,</i> . . . . .	196
<i>          V,</i> . . . . .	197

"	VI,	198
"	VII,	199
"	VIII,	200
"	IX,	201
"	X,	202
"	XI,	203
"	XII,	204
"	XIII,	205
"	XIV,	206
"	XV,	207
"	XVI,	208
"	XVII,	209
"	XVIII,	210
"	XIX,	211
"	XX,	212
"	XXI,	213
"	XXII,	214
"	XXIII,	215
"	XXIV,	216
"	XXV,	217
"	XXVI,	218
"	XXVII,	219
"	XXVIII,	220
"	XXIX,	221
"	XXX,	222
"	XXXI,	223
"	XXXII,	224
"	A Laura Cantando,	225
"	A Fernando Calderon,	232
"	Meditacion,	238
"	El Guerrillero,	249

# POESIAS

DE

## RAMON I. ALCARAZ.

.....minuentur atra  
Carmine curæ.

HORAT. Lib. IV. Carm. XI.

**TOMO II.**

**MEXICO.**

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1860.



"	VI,	198
"	VII,	199
"	VIII,	200
"	IX,	201
"	X,	202
"	XI,	203
"	XII,	204
"	XIII,	205
"	XIV,	206
"	XV,	207
"	XVI,	208
"	XVII,	209
"	XVIII,	210
"	XIX,	211
"	XX,	212
"	XXI,	213
"	XXII,	214
"	XXIII,	215
"	XXIV,	216
"	XXV,	217
"	XXVI,	218
"	XXVII,	219
"	XXVIII,	220
"	XXIX,	221
"	XXX,	222
"	XXXI,	223
"	XXXII,	224
"	A Laura Cantando,	225
"	A Fernando Calderon,	232
"	Meditacion,	238
"	El Guerrillero,	249
"		
"		
"		
"		

# POESIAS

DE

## RAMON I. ALCARAZ.

.....minuentur atra  
Carmine curæ.

HORAT. Lib. IV. Carm. XI.

**TOMO II.**

**MEXICO.**

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1860.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAIN Y ABEL.

### I.

El soplo de las iras del Eterno  
Abrasó la mansion de las delicias,  
Dó el hombre y la mujer, en su inocencia,  
Despertaron tranquilos  
A la aurora feliz de su existencia.  
Eva y Adan, los seres escogidos  
En quienes puso Jehová sus ojos,  
Como hechos á su imágen,  
Por su enorme pecado conducidos,  
Cayeron de su asiento soberano  
Al abismo de males y de penas



Donde arrastraron al linaje humano,  
Cargándolo de míseras cadenas.  
“Con el sudor de tu abrasado rostro  
Tú comerás el pan,” al hombre dijo  
El Creador, y á la mujer culpable  
“Tus hijos parirás entre dolores.”  
Tuvo Adan hambre y sed; cavó la tierra,  
Del tiempo ya mudable  
Sujeto á los rigores,  
Y puesto en cruda guerra  
Del mundo con opuestos elementos,  
Presto se vió su mísera existencia  
Sujeta á la cadena de tormentos  
Que mereció su degradada esencia.  
La mujer concibió, y el duelo y llanto  
Precedieron al día  
Del primer hombre que naciera al mundo;  
La misma pena precedió al segundo,  
Como hoy al nacimiento  
Preceden, de los hijos de los hombres,  
Las penas y las lágrimas sin cuento.  
Y Eva parió dos hijos, cuyos nombres  
Fueron Cain y Abel, á los que en todo  
El cielo opuestos hizo:

El sujetó á Cain á la flaqueza  
De nuestra humana condición, y dando  
A Abel la fortaleza  
De modesta virtud, lo vió sereno,  
Siempre alegre y virtuoso y siempre bueno.  
Mas apénas tocaron  
La edad feliz de la razon madura,  
La envidia hizo á Cain rival eterno  
Del tierno Abel seguro en su inocencia,  
Dando causa al suceso lamentable  
Con que á Adan castigó en su descendencia  
El irritado Jehová, palpable  
Tambien haciendo al mundo  
El estrago funesto de aquel vicio,  
Que mas que otro ninguno nos arrastra  
De eterna perdicion al precipicio....  
Oh envidia! mal tremendo  
Que aquejas los humanos corazones,  
Y lenta destruyendo  
El gérmen de virtud que ellos abrigan  
Al crimen los preparas,  
Hasta que sacrifican á tu culto,  
Cuanto aman mas, en tus malditas aras!  
A tí deben su origen grandes males:

Tú el crimen alimentas  
Y á cometerlo animas; tus fatales  
Horribles sugerencias,  
Encienden las tormentas  
Que terribles destruyen las naciones;  
Tú afilas el puñal del asesino;  
Preparas el mortífero veneno,  
Y en tu revuelto seno  
Odio mortal fermenta de continuo:  
Tú en el hogar doméstico te asientas,  
Armas al hijo contra el padre, hermano  
Contra hermano, y amigo contra amigo,  
Y á la señal terrible de tu mano  
El mundo ha visto luego  
Crímenes grandes perpetrarse, el fuego  
Se ha encendido del odio  
Que arrastra al homicidio,  
Y la luz de tu llama ha iluminado  
El cuadro ensangrentado  
Del negro y horroroso fratricidio....

II.

Era Cain mozo fuerte,  
Como los cedros del Líbano,  
De impetuoso carácter,  
Cual la corriente de un río,

Que por peñascos saltando,  
Se precipita atrevido,  
Arrastrando entre sus aguas  
Duras peñas y altos pinos.

Imberbe mancebo Abel  
Era casi un tierno niño,  
Débil cual caña que dobla  
Del viento el menor suspiro:

Dulce su carácter era,  
Afable, modesto y tímido,  
Manso, como el fácil vuelo  
De los alciones marinos.



Cain en labrar la tierra  
Y en recojer sus opimos  
Frutos, fijó para siempre  
En el mundo su destino:

Miéntas Abel su ganado  
Apacentaba tranquilo,  
Conduciendo sus ovejas  
A los campos y al aprisco:

Cain en duro trabajo  
Abria el surco solfcito,  
A los ardores del sol  
Y á la inclemencia del frio:

Abel en los verdes prados  
Gozaba el tiempo propicio;  
Y en lo espeso de los bosques  
Y á la orilla de los rios,

Pasaba las lentas horas  
De los ardores estivos,  
Recogiendo sus ovejas,  
Cantando en tono sencillo,

Y uniendo sus dulces cantos  
A los concentos del mirlo,  
Al murmurio de las aguas,  
De las brisas al suspiro.

Segun la ley de sus padres,  
Debian, en sacrificio,  
Al Creador ofrecer  
Con espíritu sumiso,

Cain su mejor cosecha,  
Producto de su cultivo,  
Y el dulce Abel sus mas tiernos  
Y mejores corderillos.

Desobediente Cain  
Al holocausto prescrito,  
Lo peor de sus cosechas  
Consagraba al Ser divino,

Miéntas Abel en sus aras  
Sacrificaba sumiso,  
Sus corderillos mas tiernos  
Y sus mejores cabritos.

Los sacrificios de Abel  
Jehová miró propicio,  
Y de su alta bendición  
Mandó sobre él el rocío:

No así con los de Cain,  
Que eran de su esencia indignos,  
Al cual y á su descendencia  
Por su pecado maldijo.

Entretanto prosperaba  
Abel, y Cain rendido  
De trabajo y de fatiga  
En vano buscaba alivio . . . .

Entonces la negra envidia  
Ocupó su pecho impío,  
Y desde entonces á Abel  
Vió Cain como enemigo,

Mientras Abel inocente,  
Como á su hermano querido  
Le prodigaba ternezas  
Y le prestaba su auxilio.

Desde entonces solitario,  
Mudo, absorto y pensativo,  
En el fondo de los bosques,  
De los montes en los riscos,

Pasaba Cain sus horas,  
Lleno de mortal fastidio,  
Pintado en su rostro el odio,  
Y en sus ojos aquel vivo

Deseo de la venganza  
Que lleva al orgullo herido,  
De los afectos mas tiernos  
A anhelar el sacrificio.

La muerte de Abel, Cain  
Juró dentro de sí mismo,  
Azuzado por su envidia,  
Por su rencor conducido.



III.

Era una bella tarde del Estío  
Que ya á su fin tocaba,  
Cuando el sol se escondia en Occidente,  
Al tiempo que se alzaba majestoso  
El astro de la noche en el oriente.  
Era la hora en que Cain volvia  
Del campo; pensativo,  
Absorto caminaba por el llano,  
En tanto que bajaba una colina  
Con sus ovejas su inocente hermano.  
Cain lo vió: la envidia, de venganza  
Encendió su deseo;  
Mientras Abel bajaba á la llanura  
Con la alegría que respira el justo  
Que está tranquilo en su conciencia pura.  
Se encontraron al pié de la colina;  
Cain astuto le tendió sus brazos;  
Abel tranquilo le estrechó en los suyos,  
Creyendo unir de su amistad los lazos.  
Y juntos cominaron por el valle,

Y á su hogar fueron juntos;  
Abel al lado de Cain gozoso,  
Este al lado de Abel, triste y sombrío,  
Fraguando ya su crímen horroroso.  
Del doméstico hogar juntos salieron,  
El perfumado ambiente  
A respirar en los vecinos prados:  
Ya de lleno la luna relucia,  
Los vientos no soplaban agitados,  
Y apénas el susurro de las hojas  
Se escuchaba muy débil,  
Y el murmurio mansísimo del rio,  
Cual si natura atónita esperara  
Se consumase el sacrificio impío.  
En tanto Abel, mansísimo cordero,  
Era llevado al ara  
Dó presto iba á correr su sangre pura  
A manos de su hermano, que agitado  
Lo internaba del bosque en la espesura.  
En medio de los bosques, el silencio,  
La soledad reinaban;  
Abel aun tranquilo sonreía,  
Cuando el pérfido Cain alzó la mano  
Y satisfizo su venganza impía.

El inocente Abel bañado en sangre  
 Cayó exánime al suelo;  
 De negras nubes encubrióse el cielo;  
 Los adormidos vientos  
 De súbito soplaron agitados;  
 Brillaron los relámpagos veloces,  
 Y á la lucha de tantos elementos,  
 Se unió del rayo el estallido horrible,  
 Y de agitadas y revueltas aguas  
 El estruendo terrible.  
 Eva y Adan cubiertos de papura,  
 En busca de sus hijos  
 Salieron por los bosques y los prados;  
 Y en medio de la oscura  
 Noche, de espanto y terror cubierta,  
 Al funesto lugar en que un gran crimen  
 Abrió en el mundo á los demas la puerta  
 Llegaron, y á la luz de los relámpagos  
 Vieron á Abel exánime tendido  
 Sobre la tierra que empapó su sangre,  
 Miétras Cain por entre el bosque huia  
 Cubierto de terror, de sangre lleno;  
 Y al estallar el trueno,  
 Una voz que de lo alto parecía

Unida á su fragor, "Maldito, dijo,  
 Maldito tú serás; tu descendencia  
 Tambien será maldita,  
 Y la funesta carga de tu crimen  
 Pesará eternamente en tu conciencia."  
 Eva y Adan cayeron sin sentido:  
 "Maldito" repitieron las montañas,  
 Y "Maldito" tambien en el oido  
 Resonó de Cain, miétras la vida  
 Huyendo entre los montes y los bosques  
 Soportó como carga aborrecida.

## IV.

El sol, pálido y triste  
 Se levantó en Oriente,  
 E iluminó una escena  
 De luto y de dolor:  
 Eva y Adan unidos,  
 Lloraban tristemente,  
 Sobre el cadáver yerto  
 Del hijo de su amor.



Sobre las duras peñas  
Tendido sin aliento,  
El cuerpo reposaba  
Del inocente Abel,  
Cual flor despedazada  
Del huracan violento,  
En tarde borrascosa,  
Por el embate cruel.

Los árboles apénas  
Tranquilos se mecían,  
Que apénas susurraban  
Las brisas del Abril;  
Las aguas del arroyo  
Tranquilas no corrían,  
Ni alzaba sus canciones  
El pájaro gentil:

El llanto y la tristeza  
Cubrían la natura;  
Ni alzaba el raudo vuelo  
El águila veloz,  
Ni el tierno corderillo  
Saltaba en la llanura,  
Ni en medio de los bosques  
El gamo corredor,

Adán en dolor mudo  
Y absorto contemplaba  
La víctima inocente  
De un crimen sin igual;  
Y allá de cuando en cuando  
Su párpado mojaba,  
La lágrima preciosa  
Del llanto paternal:

No así la débil Eva,  
La madre sin consuelo,  
Después que de la muerte  
Lo horrible comprendió;  
Su llanto no era mudo,  
Que en medio de su duelo  
Amargas quejas daba  
Su maternal amor.

“Hijo de mis entrañas,  
En medio de su llanto  
Decía inconsolable,  
¿Por qué te abandoné?  
Abel, hijo querido,  
De mi existencia encanto,  
Vuelve á la vida, vuelve;  
Retorna á ella, mi bien.”

“¿Cómo es que aquí te encuentro  
Ya pálido y sin vida,  
A tí, tierno cordero,  
Paloma angelical?

¿Cómo es que sucumbistes  
Al odio fratricida,  
Tú, el hijo predilecto  
Del alto Jehová?”

“¿Se torna injusto el cielo,  
Que el negro sacrificio  
De la inocencia al crimen  
Así lo permitió?  
¿Por qué ántes al malvado  
En hondo precipicio,  
En el abismo eterno  
Su cólera no hundió.....?”

“Mas, no, que en mis entrañas,  
Tambien á tu asesino  
Como á tí, hijo querido,  
Un tiempo le llevé....  
Señor, no le maldigas,  
Y vuélvele al camino  
Por donde tú guiaste  
Los pasos de mi Abel.....”

“Y quién en adelante,  
Consolatá los dias  
De mi angustiada vida,  
Que toca ya á su fin?

¿Por qué ¡oh Dios! sujetarme  
A tantas agonías?  
A Abel me arrebataste,  
Maldito está Cain.”

“Ah! ven, hijo de mi alma,

Ven á enjugar mi llanto,  
Hijo de mis entrañas,  
¿Por qué te abandoné?

Abel, hijo querido,  
De mi existencia encanto,  
Vuelve á la vida, vuelve;  
Retorna á ella, mi bien.”

Quando el sol á su ocaso descendia  
Derramando sus últimos fulgores,  
Eva y Adam cojieron blancas flores  
Cubiertos de mortal melancolfa:



Coronaron de Abel la blanca frente;  
Al seno de la tierra lo volvieron,  
Y por la vez postrera allí gimieron:  
Se alzó en tanto la luna en el Oriente,

E iluminó la tumba solitaria,  
Donde tarde por tarde Eva venía,  
A colocar las flores que cojia,  
Y á elevar á los cielos su plegaria.

(1847.)



## EL PRIMER BESO DE AMOR.

Era del crepúsculo hora;  
Brillante véspero ardía;  
En las selvas repetía  
El zentzontli su canción;  
Las flores aromas daban;  
Murmuraba manso el río.....  
Allí nos unió, bien mio,  
Por vez primera el amor.

Sentado estaba á tu lado;  
En mis brazos te estrechaba;  
Tu corazón palpitaba  
Cercano á mi corazón;  
Tus mejillas se encendían;  
Era tu mirar incierto,  
Y tu labio entreabierto  
Respiraba solo amor.

La languidez de tus ojos  
Mis sentidos embargaba;  
El contacto me quemaba  
De tu aliento abrasador;  
Me estremecí de deleite,  
Y hubo un momento en que ciego,  
Dejé en tu labio de fuego  
Mi primer beso de amor.

En ese instante divino  
La Luna alzaba en Oriente  
Su melancólica frente,  
Y nuestra dicha envidió:  
Gimieron de amor los bosques,  
Los ángeles sonrieron,  
Que el deleite comprendieron  
Del primer beso de amor.

(1848)



## LA ENTRADA DE LA NOCHE.

A LAURA.

Murió en el Occidente  
La última luz del luminar del día,  
Y ya el súaive ambiente  
Respira el alma mía,  
Que en torno vaga de la selva umbría.

La oracion de la aldea  
Subió al cielo en la voz de la campana:  
Ya la choza que humea  
En la loma lejana  
Desaparece entre la niebla vana.



En bandadas las aves  
A recojerse acuden á su nido,  
Con cánticos süaves  
Halagando el sentido  
De los que vuelven al hogar querido:

Las sencillas palomas  
Melancólicas cantan sus amores,  
Y los blandos aromas  
De las nocturnas flores  
Embriagan á los dulces ruisseñores;

Y vaga en las praderas,  
Bosques y rios su perfume grato,  
Que las auras ligeras  
Ofrecen al olfato,  
Poniendo olvido del mundano trato....

Los carros ya no crujen  
Bajo el peso de mieses abundosas,  
Ni entre las selvas rujen  
Las fieras, que medrosas  
Huyeron á las cuevas tenebrosas.

El silencio al rüido  
Sucedió en las llanuras y montañas,  
Tan solo interrumpido  
Por las sonantes cañas,  
Y el lejano rumor de las cabañas,

Y el murmurio del rio  
Que se desliza entre menuda arena,  
Con perlas de rocío  
Cubriendo la azucena,  
Y el lirio y rosa de su orilla amena....

Cual luminosas huellas  
Que el sol deja en el vasto firmamento,  
Brillantes las estrellas  
Aparecen sin cuento,  
Asombrando el humano entendimiento:

La luz voluptuosa  
De Vénus resplandece en Occidente;  
Y en tanto magestosa  
Asoma en el Oriente  
De blanca Luna la radiosa frente:

Brillan los horizontes,  
Con lampo melancólico circunda  
La cumbre de los montes,  
Y la extension profunda  
De las llanuras fértiles inunda.

Los blancos caseríos  
De los pueblos y aldeas, los añejos  
Arboles de los rios,  
A sus tristes reflejos,  
Cual fantasmas se miran á lo léjos.

El lago cristalino,  
Que duerme al pié del protector collado,  
A su esplendor divino  
Su disco plateado  
Reproduce en su seno sosegado.

Las ligeras barquillas  
No remueven sus ondas azuladas,  
Y en sus quietas orillas  
De espadañas pobladas,  
Duermen las blancas garzas descuidadas....

El monte, el bosque, el llano,  
Todo ¡oh Luna! en tu curso lo iluminas,  
Del rústico aldeano  
La choza, y las rüinas,  
Que esparcidas se ven en las colinas.

Tambien de las ciudades  
Alumbras los palacios, santuarios  
De orgullosas deidades,  
Los altos campanarios,  
Los tristes cementerios solitarios....

Léjos de ellas te miro,  
Astro de paz, consolador del triste;  
Del bosque en el retiro  
¿Quién tu influjo resiste,  
Tu influjo bienhechor á cuánto existe?

Respira libre el alma  
De soledad en el augusto seno,  
¿Cómo es dulce la calma  
Que tu mirar sereno,  
Infunde al pecho de tormentos lleno!



Alivio á los que gimen,  
Y á las nobles desgracias das consuelo;  
De tu presencia el crímen  
Se aleja en raudó vuelo,  
Que él las tinieblas busca con anhelo.

Nocturna confidente  
De la melancolfa y los dolores,  
Amiga complaciente  
De tiernos amadores,  
Antorcha celestial de los amores,

¿Tambien en este instante,  
A ella, á mi Laura, tu belleza encanta?  
¿Su mágico semblante  
A verte se levanta?  
¿Baña tu luz su mórbida garganta?...

Del mundo proceloso  
En medio á la tormenta, Laura mia,  
Zozobra tu reposo  
¿Por qué la suerte impía  
De tí me aleja de la noche al día?

Ven, Laura, aquí á mi lado,  
Objeto puro de mi amor primero,  
Oh! dueño idolatrado,  
Gozar contigo quiero  
De un cuadro tan tranquilo y lisonjero.

Olvida, Laura, olvida  
De la ciudad el bullicioso estruendo:  
¿Qué vale allí la vida,  
Si al que hoy gozó riendo,  
Le aguarda luego sinsabor tremendo?

Las fiestas bulliciosas  
¿Qué dejan, dime, sino duelo y llanto?  
Marchítanse las rosas,  
Y al júbilo del canto,  
Siguen las ansias, de mortal quebranto:

Allí imperan tan solo  
La vil mentira y el falaz engaño,  
Y la intriga y el dolo  
Se adunan en el daño  
Del que es, por dicha, á su ejercicio extraño.

Ven, Laura, huye del mundo,  
 El llano traspasemos y el collado,  
 Y allá en lo mas profundo  
 Del bosque sosegado,  
 Dejemos al amor nuestro cuidado.

(1848)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PAÍS VASCO  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Del que es, por dicha, a su ejercicio extraño.

EL BAÑO  
 DE UNA SULTANA.

.... Was a Georgian white and red  
 Whith great blue eyes a lovely hand and arm,  
 And feet so small they scarce seemed made to tread  
 But rather skim the earth.

Lord Byron.—D. Juan.

I.

Allí Damasco está, nido de amores,  
 Mecido entre los plácidos aromas  
 De sus jardines de vistosas flores,  
 Albergue de blanquísimas palomas.  
 Ciudad de los deleites encantada,  
 Joya la mas preciada del Oriente,  
 Copia de la mansion afortunada  
 Que el grande Alá pronosticó al creyente,  
 T. II.—3





Ven, Laura, huye del mundo,  
 El llano trasapemos y el collado,  
 Y allá en lo mas profundo  
 Del bosque sosegado,  
 Dejemos al amor nuestro cuidado.

(1848)



EL BAÑO  
 DE UNA SULTANA.

.... Was a Georgian white and red  
 Whith great blue eyes a lovely hand and arm,  
 And feet so small they scarce seemed made to tread  
 But rather skim the earth.

Lord Byron.—D. Juan.

I.

Allí Damasco está, nido de amores,  
 Mecido entre los plácidos aromas  
 De sus jardines de vistosas flores,  
 Albergue de blanquísimas palomas.  
 Ciudad de los deleites encantada,  
 Joya la mas preciada del Oriente,  
 Copia de la mansion afortunada  
 Que el grande Alá pronosticó al creyente,

T. II.—3

Soberbios son tus mágicos palacios  
De mármoles y jaspes contruidos,  
Donde brillan zafiros y topacios  
Entre el marfil y el ébano embutidos;

Deleitosos los huertos y jardines  
Que pueblan tu magnífico recinto,  
Donde crecen los pálidos jazmines,  
La blanca rosa y el azul jacinto:

En la vega en que yaces lisonjera,  
Entre arroyuelos de arenillas de oro,  
Junto al plátano crece la palmera  
Y al lado de la viña el sicomoro:

Esbeltos son tus altos minaretes,  
Elegantes tus cúpulas y almenas,  
Bellos y perfumados los retretes  
Donde anidan tus mágicas sirenas.

¡Ciudad de los portentos peregrina!  
Todo el Oriente á tu capricho atento,  
Realza mas tu magestad divina,  
Con sus dones de inmenso valimiento:

Ofir te ofrece en abundancia el oro;  
Tiro y Sidon la púrpora preciada,  
Y el Arabia feliz da á tu decoro  
El cinamomo y mirra delicada;

La Judea los cedros colosales,  
Que crecen en sus montes majestosos,  
El mar rojo sus perlas y corales,  
Galconda sus diamantes prodijiosos;

Sus jaspes y sus mármoles Palmira,  
Sus ébanos la Etiopa abrasadora,  
Sus chales delicados Cachemira,  
Sus blandas sedas la oriental Basora:

La patria de los Sátrapas altivos,  
Sus regalados y mullidos lechos,  
Y sus alfombras de colores vivos,  
Y el arteson de tus dorados techos;

Y tanta maravilla, y lujo tanto  
Que obedientes te dan tierras lejanas,  
Ávida lo tributas al encanto  
De tus mil Odaliscas y Sultanas;



De tus Sultanas de morena frente,  
De torneado cuello y labios rojos,  
De tez brillante, de mirada ardiente,  
De mórvida cintura y negros ojos.

¿Qué puede compararse a sus hechizos,  
Si en muelles otomanas reclinadas,  
Suelos los negros y profusos rizos,  
Lánguidas de sus ojos las miradas,

Trémulo el labio, ardientes las mejillas  
Y palpitante el delicado seno,  
Sueñan las ponderadas maravillas  
De un Paraiso de delicias lleno?

No son mujeres, no; la fantasía  
Las contempla cual hadas vaporosas,  
Que al lisonjero sonreír del día,  
Dejan su lecho de jazmín y rosas....

Mas una entre ellas sin igual descuella,  
Cual palma esbelta, la divina Ismeina,  
Entre las bellas Odaliscas, bella,  
Y entre las reinas del serrallo, reina.

Hija de la Georgia encantadora,  
La de mujeres de belleza rara,  
Ella nació de un rayo de la aurora,  
Que hirió el espejo de la fuente clara;

Y Téflis fué su regalada cuna,  
Y sus praderas su niñez guardaron,  
Y á los fulgores de su blanca luna  
Sus primeros suspiros se exhalan;

Ora afanosa en la feraz pradera  
Flores cortaba de sin par frescura,  
Para adornar su rubia cabellera,  
Y verse luego en la corriente pura;

Ora del bosque en la espesura hojosa  
A la canción del riuseñor soñaba,  
O en pos de la voluble mariposa,  
Cual rápida gacela, se lanzaba....

Así la sorprendieron los corsarios,  
Cuyo comboy el Bósforo atraviesa,  
Y cruzaron los mares solitarios,  
De vuelta ya, con su soberbia presa.

Es delicado y muelle y sibarita,  
De Damasco el Bajá; lindas mujeres  
Guarda en su harem, que á disfrutar le invita  
La copa de oro de sus mil placeres.

Por eso astuto el mercader ostenta,  
Avido de oro, ante el Bajá, desnuda,  
La bella vírgen que el rubor presenta  
Mas seductora en su vergüenza muda;

Y el Bajá la contempla, y se estremece,  
Y ardiente en ella su mirada clava;  
Oro sin cuento al mercader ofrece,  
Y ase del brazo á su divina esclava.

Un amor ciego, irresistible, ardiente,  
Como de incendio asolador la llama,  
Brilló de pronto en su terrible frente,  
Y ojos, y pecho y corazon le inflama.

“Ven conmigo, la dice, maga hermosa,  
Que yo te adoro con amor inmenso;  
Tú mi reina serás; serás mi diosa,  
Y en tus altares arderá mi incienso.”

“Blanca gacela, tímida paloma,  
Cándido lirio que halagó la brisa,  
Ese dolor que en tu semblante asoma,  
Tórnese en blanda y celestial sonrisa.”

“El esplendor de tus divinos ojos,  
No ofusque melancólica tristeza;  
Mira á tu siervo ante tus piés de hinojos,  
Levanta ¡oh reina! la imperial cabeza.”

“Mas ah! de tu pestaña está pendiente  
Diáfana gota de ardoroso llanto . . . .  
No tiene, Ismeina, el celebrado Oriente,  
Perla preciosa de mayor encanto.”

“Por enjuarla, el imperial tesoro  
Al Árabe rapaz entregaría;  
Vale un Eden el reprimido lloro,  
Que agita tu garganta, reina mía.”

“Cisne perdido en extranjera playa, ®  
Apoya en mí tus alas sin recelo,  
Y alzará su cabeza el Himalaya  
Para admirar nuestro atrevido vuelo.”



“No temas, no, que la sellada fuente  
Toque mi mano, de hermosura tanta;  
Asciende al trono, que mi labio ardiente,  
Besará el polvo de tu leve planta.”

—“Tu esclava soy, si mi señor lo quiere,  
Goce el encanto que turbó su calma;  
Mas quien compró mi libertad, no espere,  
Que por él gima apasionada el alma.”

Ismeina dijo, y su copioso llanto  
Inundó sus mejillas y su seno;  
La oyó el Bajá, y en el revuelto manto  
Ocultó el rostro, de amargura lleno.

## II.

### I.

Dulce placer, emanacion del cielo,  
Cuyo abundante manantial descende  
Del encantado Paraíso al suelo,  
Tus blancas alas amoroso tiende,  
Y á mí dirige el presuroso vuelo;  
En fuego vivo el corazon enciende,  
Plácidos cantos á mi labio inspira,  
Y aplausos mil arrancará á mi lira.

### II.

Ven, del harem el plácido retiro  
A perfumar con tu fragancia pura;  
Ven á vagar en voluptuoso giro,  
En torno de la mágica hermosura;  
Da tu encanto á su lánguido suspiro,  
A su mirar, tu angelical dulzura,  
Y de su cuerpo á la actitud divina  
La seducción que embriaga, que fascina.

“No temas, no, que la sellada fuente  
Toque mi mano, de hermosura tanta;  
Asciende al trono, que mi labio ardiente,  
Besará el polvo de tu leve planta.”

—“Tu esclava soy, si mi señor lo quiere,  
Goce el encanto que turbó su calma;  
Mas quien compró mi libertad, no espere,  
Que por él gima apasionada el alma.”

Ismeina dijo, y su copioso llanto  
Inundó sus mejillas y su seno;  
La oyó el Bajá, y en el revuelto manto  
Ocultó el rostro, de amargura lleno.

## II.

### I.

Dulce placer, emanacion del cielo,  
Cuyo abundante manantial descende  
Del encantado Paraíso al suelo,  
Tus blancas alas amoroso tiende,  
Y á mí dirige el presuroso vuelo;  
En fuego vivo el corazon enciende,  
Plácidos cantos á mi labio inspira,  
Y aplausos mil arrancará á mi lira.

### II.

Ven, del harem el plácido retiro  
A perfumar con tu fragancia pura;  
Ven á vagar en voluptuoso giro,  
En torno de la mágica hermosura;  
Da tu encanto á su lánguido suspiro,  
A su mirar, tu angelical dulzura,  
Y de su cuerpo á la actitud divina  
La seducción que embriaga, que fascina.



III.

Dulce placer! es grato y misterioso  
El santuario en que el mortal te adora,  
Como el lecho nupcial para el esposo,  
Como el sonar de la anhelada hora  
En que se arroja el amador ansioso  
En brazos de la amante seductora,  
Que entre blandos halagos y caricias  
Le da á gustar suavísimas delicias:

IV.

Huyen de allí las pálidas congojas  
Que dan tormento á los humanos seres,  
Si cual inquieto colibrí, las hojas  
De flor temprana, con tus alas hieres  
La ebúrnea frente, y las mejillas rojas,  
Y los labios de angélicas mujeres,  
Cuyo seno palpita apresurado,  
Al contacto de tu hálito abrasado.

V.

Dulce placer! de la Sultana mia  
Ven á anidar en el mullido seno;  
Infunde en él la célica ambrosía  
Que el mundo llama abrasador veneno,  
Y el soberbio Sultan de la Turquía,  
El que al vibrar de su mirar sereno  
Hace humillar la frente á su vasallo,  
Envidiará de su Bajá el serrallo.

VI.

Miradla allí; la sala en que reposa  
Es de mármol de Paros fabricada;  
Y de su esbelta columnata, airosa  
Se desprende la cúpula dorada,  
Donde esparce su luz voluptuosa  
La lámpara de Gazza perfumada,  
Y el pavimento ostenta los matices  
De persianas alfombras y tapices:

VII.

Las celebradas lunas venecianas  
Cubren el muro; el esplendor del día  
Apénas á través de las persianas  
Penetrar logra en la mansion umbría;  
Al lado de las muelles otomanas  
Ostentan su frescura y gallardía  
Las flores de los Trópicos ardientes,  
En vasos de alabastro relucientes;

VIII.

Y el exquisito olor de sus aromas,  
Se mezcla á los perfumes placenteros  
De las preciadas orientales gomas  
Que consumen los áureos pebeteros;  
Y cual la niebla á las alzadas lomas  
De los valles se eleva y los oteros,  
Así el blanco humo que ondulante sube,  
Lo envuelve todo en perfumada nube.

IX.

Las bellas Odaliscas esparcidas,  
Cual bandadas de cisnes en los lagos,  
Al placer de su dueño apercibidas,  
De su dolor olvidan los anagos:  
No hay patria ya, ni libertad perdidas,  
Que del placer astuto los halagos  
Y la ambicion de distincion y gloria,  
Turban su alma y ofuscan su memoria.

X.

Allí las Griegas de serena frente  
Y lánguido mirar apasionado,  
Suelta la trenza de ébano luciente  
Sobre la espalda de marfil nevado;  
El párpado caído suavemente,  
Como al recuerdo del gozar pasado,  
De sus guzlas y cítaras sonoras,  
Arrancan armonías seductoras.



XI.

Aquí las Georgianas celebradas,  
Las de vivaces ojos de gacela  
Y mórbidas gargantas, destinadas  
A imitar á la alondra que revela  
Del alba las dulcísimas miradas,  
Cuando á la tierra presurosa vuela,  
Aumentan de la estancia los encantos  
Con sus acordes y divinos cantos.

XII.

Y mas allá, cual corzas fugitivas  
Que entre las selvas corren bulliciosas,  
Entre danzas alegres y festivas,  
Saltan las Circasianas prodigiosas;  
Ora lentas se mueven, ora vivas,  
Al agitar sus túnicas, airosas  
Muestran el breve pié y el cuerpo esbelto,  
Desnudo el pecho, y el cabello suelto;

XIII.

Ora unidas en plácidas cadenas,  
No danzan, sino vuelan; tocando ora  
Con leve planta el pavimento apénas,  
Y cerca de la frente encantadora  
Enlazadas las manos de azucenas,  
La mórbida cintura seductora  
Doblan en voluptuoso movimiento,  
Cual débil junco que sacude el viento.

XIV.

Suena apénas la música entre tanto;  
Como un eco lejano se percibe  
De la Georgiana el delicioso canto;  
Cuanto en aquel recinto alienta y vive  
De tan divino y poderoso encanto  
El dulce influjo de su interior recibe,  
Y tras el blanco y trasparente velo  
Del éxtasis divino, se ve un cielo.

XV.

Un cielo, cuya Diosa, reclinada  
Entre sedas blandísimas se ostenta,  
Bella como un Eden, y delicada  
Cual corza que entre lirios se apacienta;  
Serena, como el alba sonrosada  
Tras el negro furor de la tormenta,  
Y orgullosa, cual águila atrevida  
Que entre las nubes altanera anida.

XVI.

Tal aparece Ismeina en blando lecho,  
Al lado del Bajá, que ora la halaga,  
Ora llevado de feroz despecho  
La sencillez de su candor amaga,  
Y ora volviendo en sí, de amor deshecho,  
Del dulce amor que el corazon le embriaga,  
Se reclina en su seno delicado,  
De tan terrible lucha fatigado.

XVII.

Ismeina en tanto, el rostro distraído  
Vuelve á la alegre danza, que impaciente  
Sigue su vista desde el áureo nido;  
Y en su éxtasis divino, indiferente  
Del Bajá al ruego, ni latir movido  
A compasion siquiera el pecho siente,  
Cuando aquel se reclina en su regazo,  
Enlazándole el cuello con su brazo.

XVIII.

Cual soberbio rosál, que su cabeza  
Meca al soplo del aura halagadora,  
E insensible se muestra en su altiveza  
Al contacto de planta trepadora,  
Que marchitar pretende su belleza,  
Las ramas enlazándole traidora,  
Así la seductora Georgiana,  
En medio á su desden, se muestra ufana:



XIX.

Es una maga, cual la humana mente  
De mas encanto y magestad ornada,  
Jamás soñara en su delirio ardente;  
Es una imagen ideal, creada  
De cuanto hay bello en el divino Oriente:  
Nada es igual, ni comparable nada  
Con su grande hermosura y su desvío,  
Ni el lujo y esplendor de su atavío.

XX.

Con finísimos paños enlazadas  
La mil trenzas que forma su cabello,  
Y de perlas preciosas adornadas  
Y de turquesas del azul mas bello,  
En la hermosa cabeza levantadas,  
Dejando ver el delicado cuello,  
Un turbante le forman caprichoso,  
Rico, en extremo, y á la par hermoso.

XXI.

Lleva sobre el turbante una diadema  
De esmeraldas, rubíes y topacios,  
Que deja ver, de misterioso lema  
El arabesco signo en sus espacios;  
Y de diamantes, como sacro emblema,  
Lleva la media luna, que en palacios  
Y minaretes y mezquitas brilla,  
Y ante la cual el musulman se humilla.

XXII.

De blanco y verde y pálida violeta  
Es el vestido que con lazo estrecho  
La virginal cintura le sujeta,  
Cubriendo el seno y el turgente pecho;  
Del chalf delicado de Damieta  
Es un jubon por las sultanas hecho,  
Y recamado de oro, de la espalda,  
Hasta la corta y primorosa falda:

XXIII.

De armiños y escarlata, el suntuoso  
Manto, revuelto en el divan mullido,  
Cuando se pone en pié descende airoso,  
Pendiente de los hombros al descuido;  
Son las mangas del género precioso  
Que en la Persia magnífica es tejido,  
Y de valiosas margaritas flores,  
Forman en la orla mágicas labores.

XXIV.

El ancho mameluco que cerrado  
Con laborcilla de oro peregrina  
Es de seda rosada por un lado,  
Y por otro de blanca muselina,  
Deja mirar desnudo, el delicado,  
Leve y pequeño pié, que se imagina,  
Al verlo entre la seda regalada,  
Blanca paloma en nardos reclinada.

XXV.

Es una obra muestra de hermosura,  
De lujo y de esplendor y de elegancia;  
Es una tierna flor que su frescura  
Conserva aun, y virginal fragancia;  
Que solo brilla candorosa y pura  
En la encantada y misteriosa estancia,  
Y que respeto, adoracion inspira,  
Al que su gracia embebecido admira.

XXVI.

En el divan tendida muellemente;  
Encendidos los mágicos colores;  
Medio inclinada la soberbia frente;  
Adormidos los ojos seductores;  
Fresco y entreabierto el labio ardiente,  
Donde liban sus gracias los amores,  
Su mente se remonta con empeño  
A las vagas regiones del ensueño.



XXVII.

Ni los revueltos giros de la danza,  
Ni de las guzlas los acordes sonos,  
Ni el trino melancólico que lanza  
La voz de la Odalisca en sus canciones;  
Nada á mover su corazon alcanza,  
Que á la luz de sus dulces ilusiones  
Su fantasía en vagaroso vuelo,  
Otros climas contempla y otro cielo, . . .

XXVIII.

Mas de pronto ligera se estremece,  
Como la garza acuática en su nido,  
Al lampo que de pronto resplandece,  
Anunciando del trueno el estallido;  
Los ojos abre y su pupila crece,  
Late su corazon, de espanto herido,  
Que oye el suspiro que lanzara amargo,  
Al volver el Bajá de su letargo.

XXIX.

La varonil cabeza éste levanta,  
No ya el rostro convulso y demudado,  
Ni al hablar agitada la garganta;  
No es ya el acento blando, enamorado,  
Lleno de ardor, y vehemencia tanta,  
Que las rocas se habrían ablandado,  
Sino la voz de la sombría calma  
Que hizo nacer la agitacion en su alma.

XXX.

El brazo con que tierno y anhelante  
Enlazaba su cuello, lo separa;  
En él se apoya, y dando á su semblante  
Una expresion de predominio rara:  
"Ya supliqué como rendido amante,  
Dice, mirando á Ismeina, con voz clara,  
"Y como vil esclavo me he humillado,  
"Y tu gracia y tu amor he mendigado."

XXXI.

“La pantera selvática y terrible,  
“Cuando su presa á devorar se apresta,  
“Se muestra á sus lamentos mas sensible  
“Que tú á la voz de mi pasion funesta;  
“Al ruego de mi amor indefinible,  
“Tú opones tu silencio por respuesta,  
“Y á mi llanto, y sollozos, y suspiros  
“Solo das tú, de tu desden los tiros.”

XXXII.

“Bastó ya de gemido lastimero;  
“Bastó de humillaciones y desdenes....  
“Sí, ya se torna el tímido cordero  
“Al que un infierno en tu desden previenes,  
“En leon atrevido y altanero,  
“Puesto que una alma de pantera tienes;  
“Y el esclavo rendido, se convierte  
“En el señor y dueño de tu suerte.”

XXXIII.

“Apréstate á la lucha, débil caña,  
“Que el mas ligero viento rompería;  
“Teme, paloma, la implacable saña  
“Del milano feroz, la garra impía:  
“Abandonada flor en tierra extraña,  
“Sirve al placer del dueño que te cria....  
“Ven, esclava, á mis brazos, que impaciente  
“Está mi labio de besar tu frente.”

XXXIV.

Y la fuerza salvaje del delirio  
Dió al concluir á su terrible acento;  
Ismeina en tanto, como tierno lirio,  
Que al soplar con furor sacude el viento,  
Sufre el dolor de sin igual martirio,  
Presa inocente de terror violento;  
Y pierde la color, y se estremece,  
Y suda, y teme, y gime, y desfallece.



XXV.

Mas al mirar que delirante intenta  
Entre sus brazos sujetarla, olvida  
El agudo pesar que la atormenta;  
Recobra la energía de la vida,  
Y cual cierva veloce que se ahuyenta  
Al recibir del cazador la herida,  
Retrocede, empuñando con despecho,  
Una daga que oculta entre su pecho....

XXVI.

Del alto minarete acento extraño  
Se oye entónces solemne y misterioso:  
Es una voz que anuncia, que del baño  
Sonó la hora prescrita: silencioso  
La oye el Bajá; juzgándola un engaño  
De su imaginacion, vuelve afanoso,  
A su primer empeño, y en la lucha  
Dos veces mas la voz, tímido escucha:

XXXVII.

Es la voz del Profeta que convoca  
A la ablucion en el Coran prescrita:  
Desiste, en fin, de su esperanza loca;  
Al suelo del divan se precipita;  
Se inclina reverente; el polvo toca  
Con el trémulo labio, que aun agita  
El pesado deseo, y entre tanto  
Cesan las danzas y el alegre canto.

XXXVIII.

La virginal Ismeina, mas ligera  
Que el ave amedrantada, que su nido  
Busca al huir de la tormenta fiera,  
Desciende del divan aborrecido:  
La tropa de odaliscas que la espera  
La recibe en su centro; su sentido  
Un tanto se recobra, y majestosa  
Ordena la salida presurosa.

XXXIX.

El Bajá la contempla; su mirada  
Aun lanza el fuego de su amor ardiente;  
Como fugaz y viva llamarada,  
Cruza una idea por su altiva frente,  
Y se ausenta veloz; preocupada  
Le sigue Ismeina, cuya inquieta mente  
Penetró ya el designio, y de su daga  
El puño toca la resuelta maga.

III.

De Damasco el serrallo suntuoso  
En hermosura y esplendor eclipsa,  
Cuanto alumbraba de la Siria ardiente  
El sol esplendoroso;

Sus salas elegantes,  
Sus misteriosos, plácidos retretes;  
De mosaicos brillantes  
Sus patios y arabescas galerías,  
Mil primores encierran y riquezas,  
Que al par de sus bellezas,  
El Occidente envidia en sus orgías.  
Mas nada al gusto delicado iguala  
De sus jardines bellos;  
Ni excede nada á la esplendente gala,  
Y al lujo sibarítico que ostentan  
Sus baños regalados,  
Donde apuró la humana fantasía  
Su fuerza creadora,  
Y dó tiernos y alados  
Revuelan los amores y las gracias,  
Con plácida sonrisa encantadora.  
El sueño de la vírgen agitada  
Por el genio potente  
De la ambicion, del brillo y de la gloria,  
No deja en la memoria,  
Ni en la asombrada mente,  
Una impresion mas viva,  
Ni mayor seduccion, ni mas encanto,



XXXIX.

El Bajá la contempla; su mirada  
Aun lanza el fuego de su amor ardiente;  
Como fugaz y viva llamarada,  
Cruza una idea por su altiva frente,  
Y se ausenta veloz; preocupada  
Le sigue Ismeina, cuya inquieta mente  
Penetró ya el designio, y de su daga  
El puño toca la resuelta maga.

III.

De Damasco el serrallo suntuoso  
En hermosura y esplendor eclipsa,  
Cuanto alumbra de la Siria ardiente  
El sol esplendoroso;

Sus salas elegantes,  
Sus misteriosos, plácidos retretes;  
De mosaicos brillantes  
Sus patios y arabescas galerías,  
Mil primores encierran y riquezas,  
Que al par de sus bellezas,  
El Occidente envidia en sus orgías.  
Mas nada al gusto delicado iguala  
De sus jardines bellos;  
Ni excede nada á la esplendente gala,  
Y al lujo sibarítico que ostentan  
Sus baños regalados,  
Donde apuró la humana fantasía  
Su fuerza creadora,  
Y dō tiernos y alados  
Revuelan los amores y las gracias,  
Con plácida sonrisa encantadora.  
El sueño de la vírgen agitada  
Por el genio potente  
De la ambicion, del brillo y de la gloria,  
No deja en la memoria,  
Ni en la asombrada mente,  
Una impresion mas viva,  
Ni mayor seduccion, ni mas encanto,

Que esos placeres mágicos que vela  
El genio del Oriente con su manto . . . .

El sol, en la mitad de su carrera,  
Ardientes rayos lanza:  
Es la hora en que ligera  
Salta inquieta la corza entre los montes,  
Y á los valles desciende  
Del abundoso manantial en busca,  
Para apagar la sed que la devora,  
Y en el diáfano arroyo  
Templar del sol la llama abrasadora:

Las copas de los árboles, apénas  
En movimiento lánguido se mecen,  
Que las brisas serenas,  
Al ardor de la siesta desfallecen,  
Y sus alas plegando,  
Ni rizan ya las adormidas aguas,  
Ni hoja, ni flor, en su tranquilo vuelo,  
Pasan acariciando.

Las calles de cipreses verdinegros  
Convidan al solaz con grata sombra,  
Sobre la verde alfombra  
De violetas y gramas,  
Y bajo los naranjos deliciosos,

Los limoneros de extendidas ramas,  
Las plátanos frondosos,  
Sicómoros, palmeras y granados,  
Que cubiertos de flor, allí se miran  
En agradable confusión mezclados.  
La vista allí recrea  
La variedad de las pintadas flores,  
Que en los mil terraplenes caprichosos,  
Ostentan sus magníficos colores.  
Los géneros mas ricos y preciosos  
De frescos, matizados tulipanes,  
Que en el soberbio Harem de los sultanes  
Cria el esmero y el cuidado eleva,  
Para la fiesta que su nombre lleva,  
Allí crecen al lado  
De las preciadas rosas,  
Que gallardas, ufanas y olorosas,  
Son el mas grato don que los Abriles  
Hacen en el verano,  
De Oriente á los magníficos pensiles.  
Los mirtos y arrayanes,  
Con pálidos jazmines enlazados,  
Y mosquetas de aromas regalados,  
Bordan la fresca márgen



De los limpios y mansos arroyuelos,  
Donde crecen el lirio y la azucena,  
La amarga adelfa y el azul jacinto,  
Y la purpurea flor de la verbena.

Allí el oído se deleita, al grato,  
Arrullador murmurio de las fuentes,  
Que de tazas de mármoles y jaspes  
Dejan salir sus rápidas corrientes,  
Después de haber brotado  
De altos y caprichosos surtidores,  
Y cascadas magníficas formado,  
Antes de ir á lamer con sus cristales  
Los pétalos y tallos de las flores.

Los estanques inmensos que en su seno  
Recojen luego las tranquilas aguas,  
En su fondo sereno

La turba encierran de dorados peces,  
Que tímidos se ahuyentan,  
Cuando los blancos cisnes, que se ostentan  
Soberbios en sus márgenes, agitan  
Sus alas, y en gracioso

Movimiento, doblando el cuello hermoso,  
Al quieto manantial se precipitan.

Los árboles copados y las plantas

Pueblan variadas aves,  
Cuyos gorgoros suaves,  
O sentidos arrullos,  
Se mezclan de las aguas  
A los blandos y plácidos murmullos.  
Trinan los ruiseñores,  
Cantan alegres los pintados mirlos,  
Y pendientes del néctar de las flores  
Los colibrís inquietos,  
Agitan entre nardos y alélfes  
Sus alas de esmeraldas y rubfes:  
La solitaria tórtola se queja  
De sicómoro oscuro entre el follaje,  
Y en el suelo, en parvadas se confunden  
La negra urraca, y cándida paloma,  
Mientras ostenta su imperial plumaje  
Del paraíso el ave celebrada,  
Que del añoso cedro en la alta cima,  
Se mira rodeada  
De cuantas aves de brillante pluma  
Tiene el Oriente en singular estima.  
A la feraz naturaleza, el arte  
Allí excedió en primores,  
Que allí reunió en matices y colores,

Y aromas y sonidos,  
Cuanto puede halagar la fantasía  
Y servir al placer de los sentidos.

Sobre base de pórfido y granito  
Del baño el santuario se levanta,  
En medio de los mágicos jardines:  
Es como un templo circular por fuera,  
De blanquísimo mármol con columnas,  
De yedras, madreselvas y jazmines,  
Y rosas enlazadas,  
Y con cúpula esbelta que del medio  
Gallarda se desprende:  
Dos salas encantadas  
Forman el interior, donde cubiertos  
De oro y estuco los brillantes muros,  
Muestran en las columnas mil paisajes  
De ardorosos desiertos,  
O de valles oscuros  
Y praderas amenas  
Cortadas por colinas, y bañadas  
De fuentes cristalinas y serenas.  
De madera preciosa,  
Con telas de oro y sedas recamados

Son los sofás, cojines y almohadones,  
Dó lánguida reposa  
Sus miembros delicados  
La divina Sultana,  
Que en los goces del baño y sus delicias,  
Piensa desde el rayar de la mañana.  
La luz allí penetra  
Por vidrios de colores caprichosos  
En las altas ventanas colocados;  
Y los susurros de árboles y fuentes,  
Los cantos armoniosos  
De los inquietos pájaros alados,  
Se escuchan á lo léjos,  
Como eco blando, arrullador, que lleva  
El placer seductor entre sus alas,  
Y al cielo del ensueño el alma eleva.

En el precioso camarín del baño,  
De mármol negro el pavimento extraño,  
Contrasta con los ópalos que forman  
La fuente peregrina,  
Que de una concha la figura ostenta,  
Y que de cuatro cisnes de alabastro  
Sobre el ala tendida se sustenta:



Es el ara sagrada que el deleite  
Levantó en el Oriente á la hermosura,  
Donde quemán las gracias el incienso,  
Que á ella tributan como ofrenda pura.

Las preciosas maderas odoríferas,  
En los ardientes subterráneos hornos,  
Se han consumido ya; las perfumadas  
Y claras aguas en hervor se agitan,  
Y como leves nubes plateadas,  
En sutiles vapores se desprenden,  
Que ligeros ascienden  
A la elevada cúpula graciosa,  
Por donde salen, y á los cielos suben,  
En delgada columna vagarosa.  
Es la hora en que á la entrada  
Del jardín, aparece  
De hermosas odaliscas el cortejo,  
Cercando á la Sultana favorita:  
Del sol, que en las alturas resplandece  
Al brillante reflejo,  
Lanzan sus luces bellas  
Los rubíes, topacios y diamantes,  
Que brillan en sus trajes y cabellos,

Cual lucentes estrellas,  
Que coronan los cielos rutilantes  
Con fúlgidos destellos,  
Las odaliscas el cortejo dejan,  
Y rápidas se alejan,  
Y alegres se confunden y se pierden  
En los revueltos giros  
De los jardines, que testigos diarios  
Son de sus goces y placeres varios,  
O de su llanto y lánguidos suspiros.  
Risueñas unas, sin sentir siquiera  
De su dorada esclavitud los lazos,  
Vuelan como volubles mariposas;  
Y ora deshojan las altivas rosas,  
Ora huellan los lirios y los nardos,  
Y coronan su frente de azucenas;  
Y en las aguas serenas,  
Humedeciendo la desnuda planta,  
E inclinando graciosas la cabeza,  
Su mirada se encanta  
Al ver en el cristal reproducida  
La imágen celestial de su belleza.  
Indiferentes otras, se adormecen  
En las blandas hamacas, suspendidas

De las ramas flexibles  
De los copados árboles; mecidas  
Por impulso ligero, é insensibles  
A los gratos placeres  
Y fiestas bulliciosas,  
Mas asemejan soberanas Diosas,  
Qué débiles mujeres.

Otras, en fin, tenaz melancolía  
En el semblante y actitud revelan;  
Es fija su mirada, y aun sombría;  
En lánguido abandono  
Los brazos cuelgan sin vigor ni fuerza,  
Ni llorar osan, ni gemir, respiran  
Apénas con dolor, y allí se miran  
Como estatuas inmóviles, al borde  
Del fugaz arroyuelc  
Que sus aguas conduce

A otro mas libre y extendido suelo:  
De cuando en cuando toma  
Una flor de la orilla su alba manc;  
Goza un instante de su blando aroma,  
Acércala á su labio soberano,  
Y la entrega á la rápida corriente:  
Fija entónces en ella su mirada,

Y la sigue impaciente  
Hasta salir á los vecinos prados:  
Triste suspiro de su pecho arroja;  
Y esta queja murmura: “¡Oh, quién pudiera  
“A la libre pradera  
“Cual tú volar!” y su mejilla moja  
Una lágrima pura,  
Que uniéndose á las aguas del arroyo  
Realza mas su pálida hermosura.

Ismeina en tanto en los sofás mullidos  
Cansada se reclina,  
Absortos los sentidos,  
Pálida la mejilla purpurina,  
Rápido el movimiento  
Del albo pecho, en cuyo centro late  
El corazon violento,  
Aun del terror se agita entre las garras,  
Aun reprimida gime,  
Y con mano convulsa  
El puño de oro de su daga oprime.  
La cercan sus hermosas bañadoras,  
Como astros que se eclipsan  
Ante el fulgor de la soberbia luna,



Que del extenso cielo  
Despliega sobre el mundo adormecido  
Su trasparente y argentado velo:  
Solfeitas deshacen el tocado,  
Obra maestra de primor y lujo,  
Y desprenden el manto con cuidado,  
Y desciñen la túnica graciosa  
Y reemplazan las lanas y las sedas  
Con la túnica leve  
De blanquísimo lino,  
Que baja de la mórbida garganta  
El pié gracioso y breve,  
Cuya desnuda planta  
La calzan con sandalia primorosa  
De madera levísima de rosa....  
Sin resistir Ismeina, entre las manos  
Se entrega de las bellas Odaliscas;  
Mas al sentir que presta bañadora  
Va á separar la túnica del pecho,  
Y á descubrir el arma salvadora,  
En movimiento rápido se vuelve,  
Saca la daga que en el pecho oculta,  
Ligera la sepulta  
Del sofá entre los blandos almohadones;

Y quietas, al volver, mostrar pretende  
Sus turbadas facciones....  
Mas libre ya respira;  
Los poros de su cuerpo se dilatan,  
De los vapores que dó quier aspira  
Al plácido contacto;  
Y en la atmósfera tibia que la cerca  
A recibir sus miembros se preparan,  
El aliento abrasado  
Que exhala de su seno  
El baño perfumado....  
Miradla entrar en él; del ardoroso  
Pavimento de mármol, le defiende  
La sandalia la planta delicada;  
Como de triunfo, á carro esplendoroso,  
Así á la concha de ópalos asciende,  
Y la veste delgada  
De levísimo lino  
Que aun cubria sus formas sin mancilla,  
Al suelo cae, y desnuda brilla  
La gracia de su cuerpo peregrino.  
Vénus, naciendo de la blanca espuma  
Del férvido oceano,  
De las gracias y amores rodeada,

No de encanto tan vivo y soberano,  
Apareció velada,  
Como la vírgen pura,  
Al separar el trasparente velo,  
Que como nube en el azul del cielo  
Velaba de sus formas la hermosura.  
Blancos como la nieve,  
Y cubiertos de leve  
Y finísimo vello,  
Como ese fruto que produce Persia,  
Sus miembros tienen proporción y gracia;  
Y la redonda morbidez del cuello  
Elegante del cisne,  
Tienen sus formas, y su brazo hermoso,  
Cándido y torneado,  
Y flexible y ligero,  
Es más bello que el brazo celebrado  
De la Juno magnífica de Homero.  
Doblada una rodilla,  
Tocando el fondo de la concha la otra,  
Y las manos cruzadas sobre el pecho,  
En actitud sencilla,  
La hermosa estatua del pudor parece:  
Es la doncella tímida que halaga

El placer seductor, con cuanto encanto  
Vierte el deleite de su dulce copa,  
Y en cuyo torno susurrando vaga  
Fascinador y misterioso canto,  
Como el del ángel que cayó proscrito  
De la región que engendra la mañana,  
Y que sedujo y arrastró al delito  
La hermosa madre de la raza humana.  
Suelto en madejas de oro sobre el cuello  
El profuso y finísimo cabello,  
El pecho seductor, la blanca espalda  
Deja mirar, como se ve la falda  
De un collado cubierto de azucenas  
Entre la lluvia de oro  
Que en su postrer mirada  
Despide el sol que en el ocaso expira,  
De inmensa magestad la faz velada.  
Como el cándido pétalo del lirio,  
Es la ancha y tersa frente  
Que la hija misma del Céfido envidia,  
La griega, pensativa é indolente:  
Bajo los arcos de sus cejas, brillan,  
Como zafiros entre blancas perlas,  
Los garzos ojos, grandes y apacibles,



De miradas sensibles,  
Cuando eleva los párpados delgados,  
O frías, desdeñosas, distraídas,  
Cuando los baja y los descubre apénas  
Por la crespa pestaña sombreados.  
El boton de una rosa, entreabierto,  
Y en su seno cubierto  
De gotas de rocío,  
Son sus labios y dientes; y la encía  
Es una roja cinta de escarlata,  
Cuyos vivos colores  
Del granado la flor envidiaría....  
Toda ella es sin igual, hermosa y pura,  
Como hija del amor y de las gracias,  
Al sonreir la aurora concebida:  
La magia de su célica hermosura  
La aumenta el ala del pudor tendida  
Sobre su rostro, cual celaje leve  
Que su velo de rosa trasparente,  
Sobre la faz risueña y soberana,  
Tiende de la naciente  
Y espléndida mañana.  
Ella misma conjura  
Por un momento la cargada nube

De su tenaz dolor y su pavora;  
Y sus ojos bajando,  
Y sus divinas formas repasando,  
En su propia belleza se complace....  
Momento de placer indefinible,  
En que sus gracias adivina y mira,  
En que todo su encanto se revela  
A la hermosura, á su primor sensible;  
Ella misma se admira;  
Con ansia y con ardor la vida anhela,  
Y orgullosa desdeña la grandeza  
Y el brillo de los tronos y los reyes,  
Que ella desde el altar de su belleza  
Al mundo y á los hombres dicta leyes....  
Sus labios se despliegan levemente  
Y una triste sonrisa en ellos vaga;  
Y cruza por la mente  
De la desnuda y pudorosa maga,  
Un recuerdo de amor dulce y ardiente;  
Recuerdo de otro tiempo y de otro suelo,  
De otro amor y otra gloria,  
Recuerdo que atormenta su memoria  
Y la hace padecer, cuando descubre  
La gracia seductora que la cubre,

Y que guardaba su amoroso empeño  
Para un bien adorado,  
Del corazón para el perdido dueño.

El agua tibia y clara,  
Mezclada con esencias olorosas,  
Empapa ya sus miembros delicados;  
Penetra por sus poros dilatados,  
Y el agua helada, que en ligera lluvia  
De cuando en cuando cae,  
Y su cabeza baña,  
Y su espalda, y sus hombros, y su pecho,  
Cambio constante en el placer atrae,  
Y en sensación extraña  
De bienestar indefinible, agita  
Todo su ser que tiembla y se estremece,  
Y de deleite y de placer palpita. . . .  
Hundida así en desmayo deleitoso,  
Y envuelta en rico manto, entre sus brazos  
Las bellas bañadoras la conducen  
A la sala esplendente de reposo:  
Allí, en blandos cojines la recuestan,  
Y sus manos aprestan  
A frotar amorosas  
Todos sus blandos miembros, con aceites

Y con pastas suavísimas de rosas  
Que el labio perfumó de los deleites.

Entre tanto, el Bajá, siempre agitado  
De violento deseo,  
Los patios y las salas recorria,  
En proyectos extraños ocupado;  
Ora intenta saltar por la ventana,  
Y sorprender la cándida inocencia  
De la altiva Georgiana,  
Y hacer feroz á su candor violencia;  
Ora volver sumiso,  
Y volver á rendirse y á halagarla,  
Hasta lograr con ruegos ablandarla,  
Hasta lograr respuesta á sus suspiros,  
Hasta embotar de su desden los tiros,  
Y merecer de sus divinos ojos  
Dulcísimas miradas,  
Y con estrechos lazos  
Sus formas delicadas  
Sujetar amoroso entre sus brazos. ®  
Mas de Ismeina le arredra la firmeza,  
Y la inflexible voluntad le espanta:  
Como un volcan se agita su cabeza;



Brillan sus ojos con siniestro fuego;  
Los pasos apresura; ardiente y ciego,  
Y en loco frenesí, cual leon rabioso,  
Ruge al mirar que su poder se estrella  
Contra el frágil escollo  
De una débil y tímida doncella.  
Teme, y duda, y vacila . . . .  
Mas de pronto se para;  
En el fondo de su ojo, la pupila  
Brilla como alumbrada de improviso,  
Por la luz repentina de una idea;  
Y al esclavo sumiso  
Que de rodillas su mandato aguarda,  
Habla al oído; el servidor se inclina,  
Parte veloz, y vuelve apresurado,  
Conduciendo una taza primorosa,  
Llena de una conserva deliciosa,  
De azahar perfumado,  
Y un pomo de cristal blanco y pequeño,  
Cubierto de un licor como esmeralda,  
Hecho de adormideras y beleño.  
Unas gotas del líquido en la taza  
Vierte el Bajá, y ordena  
Al esclavo de nuevo la salida;

Miéntras él, la mirada mas serena,  
Y ménos agitado  
En su albornoz se envuelve, y presuroso  
Las salas atraviesa,  
Y del jardin, oculto por las plantas,  
Al baño se desliza, cual serpiente  
Presta á dañar su deseada presa.

Ismeina, en las delicias del reposo  
Ya su peligro olvida,  
Y vuelve á sonreír á su existencia,  
Que ya libre se juzga del amago  
De su implacable dueño;  
No teme ya de la feroz violencia,  
Que sucediera al desdeñado halago,  
El ciego ardor y el arrojado empeño.

De las graciosas bañadoras, unas  
En ungirla con bálsamos preciosos  
Se ocupan con afán, miéntras las otras  
En tazas elegantes,  
Y copas de cristales primorosos,  
Con cucharillas de oro,  
Y de coral y nácares brillantes,  
La sirven los refrescos y conservas,

De azahares, limones y azamboas  
Que con su dulce embriagan,  
Y que el olfato, con su aroma blando,  
Y con su gusto el paladar halagan.  
Gusta apénas Ismeina los refrescos,  
Que el olor delicioso  
Del azahar la incita y la provoca;  
Su delicada boca  
Gusta la miel que aleve  
Preparó la traicion para su daño,  
Y un narcótico bebe,  
Víctima del astucia y del engaño.  
Sus miembros que del bálsamo y del agua  
Al contacto süave,  
Mas ligeros estaban y flexibles,  
A sentirlos comienza entorpecidos;  
Se ofuscan sus sentidos;  
Los brazos sin vigor, como insensibles,  
Caen sobre el cojin que la sustenta;  
Su cabeza vacila;  
Como atacada de mortal desmayo,  
La inclina sobre el hombro; la pupila  
Pierde su brillo en los serenos ojos;  
Es vaga la mirada é indecisa;

Los párpados se abaten,  
Y en los labios la plácida sonrisa  
Se hiela y la color desaparece,  
Y las arterias rápidas no laten,  
Ni el corazon palpita y se estremece;  
Y pálida, sin voz ni movimiento,  
Parece una azucena, que en su tallo  
Dobló del sol el abrasado aliento.  
Con inquietas miradas,  
Y de inmenso terror sobrecogidas,  
Miran las bañadoras las temidas  
Y lúgubres señales  
De la muerte, en el rostro soberano  
De Ismeina aparecer; llevan la mano  
Al seno en que la vida se alimenta,  
Y lo encuentran helado é insensible:  
Un grito lanzan de dolor terrible,  
Que en el salon fatídico se eleva;  
Y unas allí se quedan silenciosas,  
Y se levantan otras presurosas  
A llevar al Bajá la fatal nueva.  
Mas éste las contiene,  
Y abandonar á Ismeina las ordena;  
Y dejan todas la temible estancia



De espanto y de terror el alma llena.

Avido el ojo del Bajá contempla  
A Ismeina en su letargo sumergida;  
El momento espiando,  
En que en lo mas profundo  
De su desmayo hundida,  
Al solitario y lúbrico aposento  
Penetrar pueda y acercarse á ella,  
Seguro de su intento.  
Ya el umbral va á pasar; mas se detiene,  
Que un movimiento leve en las facciones  
De Ismeina ha percibido:  
La inamovilidad en convulsiones  
Violentas se ha tornado;  
La blanca palidez se ha convertido  
En color vivo, que por grados sube;  
Vuelve á sus miembros el calor y el fuego,  
Y vuelven á agitarse  
En violento y fatal desasosiego.  
El profundo letargo se convierte  
En fatigosa, horrible pesadilla,  
En que mira á su dueño aborrecido,  
Al señor implacable de su suerte,  
Al tirano ofendido

De su altivo desden por los agravios,  
Entre sus brazos sujetarla ansioso,  
Y tierno, y amoroso,  
Querer tocar con sus impuros labios,  
El suyo virginal y pudoroso.  
De un sudor copiosísimo se inunda  
Su alabastrina frente,  
Y su labio circunda  
Una encendida zona;  
Y está la barba trémula, y el pecho  
Con violencia palpita,  
Como la superficie de las aguas,  
Que rápida se agita  
Al impulso del vórtice que brota  
De su profundo seno.  
Con fuerza tiende sus divinos brazos,  
Cual si quisiera separar violenta  
Su cuerpo aprisionado en fuertes lazos,  
Y con la mano intenta  
Alejar un objeto que la oprime,  
Y en medio de esta lucha  
Respira inquieta y reprimida gime.  
Mas ya á la fuerza cede  
La femenil debilidad; y entónces,

En medio de su sueño,  
Recuerda que ella puede  
Burlar el ansia y el tenaz empeño  
De su verdugo injusto é insensato;  
Baja las manos y el cojin levanta;  
Busca debajo de él la daga oculta,  
Y resuelta la empuña y con presteza,  
Elevando orgullosa la cabeza,  
En el cándido pecho la sepulta.

El Bajá la miró; mas no tan presto  
Fué en acudir á ella,  
Cual lo fué en consumir el sacrificio,  
El odio y el pudor de la doncella.

Al recibir de la mortal herida  
El fatal golpe, en sus sentidos vuelve;  
Vuelve un momento á contemplar la vida,  
Y los ya moribundos ojos abre

La infeliz Georgiana,  
La tinta en sangre, virginal Ismeina,  
La mas bella sultana,  
Que en el Harem se proclamó por reina;  
Mas á su lado del Bajá descubre  
La terrible figura,  
Templado ya el furor por la amargura;

Lanza un grito de horror; su rostro cubre  
Con el manto sangriento;  
Se levanta impelida de su espanto,  
Y tiñe con sangre el pavimento:  
Huye de su verdugo,  
Y á refugiarse al baño se encamina,  
Desencajado el pálido semblante,  
Cárdenos ya los labios,  
Sin fuego la mirada,  
Y de la muerte al estertor terrible  
La garganta agitada;  
Y al pasar el umbral, cual si mirara  
Al Bajá, dice: "Para tí el cadáver;  
Mi alma para él," y sin sentido cae.  
Apénas ya respira;  
Y al tocar con su frente  
Los blancos cisnes de la hermosa fuente,  
Por la postrera vez gime, y expira.



#### IV.

Mudo y sombrío, la terrible escena  
Mira el Bajá con reprimido llanto:  
Desvaneci6se el seductor encanto;  
Qued6le solo al corazon la pena.

De angustia y de dolor el alma llena,  
Su misma accion contempla con espanto:  
Del cadáver separa el rojo manto,  
Y la v6ctima ve que le condena.

Fija en ella su vista reverente,  
Y contempla sus gracias sin mancilla,  
Y el fuego apaga de su amor ardiente:

Ante la Hurf celeste se arrodilla,  
Un beso imprime en su marchita frente,  
Y una lágrima moja su mejilla.

(1849)

## COMPOSICION

LEIDA POR EL NIÑO

Branlio Rozano

EL DIA 13 DE ENERO DE 1850, EN LA REPARTICION DE  
PREMIOS DE LAS ESCUELAS GRATUITAS DE LA  
COMPAÑIA LANCASTERIANA.

Hoy de placer indefinible lleno,  
Vuelvo á pulsar las cuerdas de la lira  
De caridad en el augusto seno;  
Y los sinceros votos  
Que inmensa gratitud al pecho inspira,  
¡Oh Junta bienhechora!  
Mi enardecido labio  
Trémulo vuelve á dirigirte ahora.  
Escuchad mis acentos,  
Eco débil tan solo  
De los que entrega á los sonoros vientos,

#### IV.

Mudo y sombrío, la terrible escena  
Mira el Bajá con reprimido llanto:  
Desvaneci6se el seductor encanto;  
Qued6le solo al corazon la pena.

De angustia y de dolor el alma llena,  
Su misma accion contempla con espanto:  
Del cadáver separa el rojo manto,  
Y la vctima ve que le condena.

Fija en ella su vista reverente,  
Y contempla sus gracias sin mancilla,  
Y el fuego apaga de su amor ardiente:

Ante la Hurf celeste se arrodilla,  
Un beso imprime en su marchita frente,  
Y una lágrima moja su mejilla.

(1849)

## COMPOSICION

LEIDA POR EL NIÑO

Branlio Rozano

EL DIA 13 DE ENERO DE 1850, EN LA REPARTICION DE  
PREMIOS DE LAS ESCUELAS GRATUITAS DE LA  
COMPAÑIA LANCASTERIANA.

Hoy de placer indefinible lleno,  
Vuelvo á pulsar las cuerdas de la lira  
De caridad en el augusto seno;  
Y los sinceros votos  
Que inmensa gratitud al pecho inspira,  
¡Oh Junta bienhechora!  
Mi enardecido labio  
Trémulo vuelve á dirigirte ahora.  
Escuchad mis acentos,  
Eco débil tan solo  
De los que entrega á los sonoros vientos,



La niñez toda en tan felice dia;  
Volved la vista en torno de vosotros,  
Contemplad la alegría  
En todos los semblantes que os rodean,  
Semblantes infantiles,  
Donde se pinta cuanto el pecho siente,  
Como las flores y menuda yerba  
En el cristal se pintan de la fuente.  
¡Magnánima y virtuosa Compañía!  
¡Ilustre Preceptor! tú cuyo empeño  
A la niñez por el sendero guía  
De la virtud y del saber, hoy premia  
El Dios Omnipotente  
Vuestros tiernos afanes y desvelos!  
Ceñid la noble frente,  
Con el verde laurel inmarcesible,  
Que destinan los cielos  
A los claros varones  
De ánimo recto y corazón sensible.  
Cual labrador solceto que arroja  
En la fecunda tierra la semilla,  
Y espera largo tiempo, hasta que ufano,  
Recoje el pingüe y abundoso grano,  
Así vosotros, con asiduo empeño,

En la niñez y juventud sembrásteis  
Del saber y de la honra la semilla,  
Y siempre las mostrásteis  
Claros ejemplos, de virtud sencilla.  
Las severas lecciones,  
Para la patria y la virtud formaron  
Sus tiernos corazones,  
Y el vicio y la ignorancia detestaron:  
El árbol se elevó, creció frondoso,  
Y dió por fin el fruto sazonado,  
Justo premio debido  
A vuestro afán y paternal cuidado.  
Vednos aquí como polluelos tiernos  
Bajo las alas de la madre amante:  
Vednos aquí reunidos,  
Pobres hijos del pueblo,  
De este pueblo infeliz, desheredado,  
Tiernas flores silvestres  
Que al hálito fatal de impuras plantas  
Se habrían marchitado,  
Y que prometen hoy crecer frondosas  
Merced á los esmeros cariñosos  
De jardineros diestros y empeñosos.

---

¡Oh tiernos compañeros!  
Venid aquí á mi lado,  
Y ya que habeis gustado  
Los frutos del saber,  
Al cielo alzad las voces,  
Y levantad las manos,  
Y bendecid ufanos  
Al infinito Ser.

De su alta Providencia  
En el cuidado fíemos;  
Rendidos acatemos  
Su santa voluntad;  
Que él es el tierno Padre  
Del pueblo desgraciado,  
Del niño abandonado,  
Que gime en la orfandad.

Hijos nosotros todos  
Del pueblo envilecido,  
Que presa siempre ha sido  
Del vicio y del error,  
La aurora de otros días  
Alegres saludemos,

Que abrirse al pueblo vemos  
La senda del honor.

No vacileis: constantes  
Sed siempre en vuestro empeño:  
De la fortuna el ceño  
Así disipareis;  
Y elevareis el nombre  
Del pueblo despreciado,  
Del pueblo subyugado  
Por la ignorancia cruel.

Sereis en la familia  
De padres el modelo;  
Sereis siempre el consuelo  
De toda adversidad;  
Sereis para la patria  
Honrados ciudadanos;  
Verános como hermanos  
Vivir la sociedad.

Unid en este día  
Al mio vuestro acento,  
Que exprese el sentimiento



La voz del corazon;  
Que á faltas de palabras  
Revelen nuestros gozos,  
La voz de los sollozos,  
El llanto del amor.

Y tú, Vírgen bendita, Vírgen pura;  
Madre del mexicano, que te invoca  
Con fe sincera en medio á su amargura:  
Tú que del alto solio  
Donde habitas, de estrellas circundada,  
Vigilas amorosa  
A la niñez, que yace abandonada  
En medio de la vida tormentosa;  
Tú que del pobre los suspiros cuentas,  
Para pagar con goces eternos  
Cada gota del llanto que derrama,  
De ese llanto que viértese á raudales  
De los ojos del pobre que te aclama;  
Tú, bajo cuyas alas  
Ha buscado un abrigo soberano  
La ilustre Compañía,  
Vírgen, Madre del pueblo mexicano,  
Escucha nuestro acento en este dia:

Oye la voz de la niñez que pide,  
Nunca le niegues tu amoroso apoyo:  
Oye ese puro y fervoroso idioma  
Con que te ruega no separes de ella  
Tus ojos de paloma,  
Cuando puesta de hinojos  
Busque del mar la esplendorosa estrella,  
Volviendo á tí sus anegados ojos:  
Oyenos este dia,  
Y si algo vale nuestro humilde ruego,  
Enardecidos por divino fuego,  
Te pedimos devotos  
Nos muestres tus favores,  
Atendiendo benigna á nuestros votos.  
Paz á mi patria; libertad, justicia  
E ilustracion al pueblo envilecido;  
Felicidad y bienestar cumplido  
A los ilustres socios que nos cercan,  
Que ellos son nuestros padres. Si algun dia  
Los ha de herir inesperado golpe,  
Si á alguno de ellos la desgracia amaga,  
Líbralos, Madre mia;  
Que si la suerte aciaga

Víctimas solo quiere,  
Para en ellas cebar su saña fiera,  
Aquí estamos nosotros; que su furia  
Se cebe en nuestro pecho, y que nos hiera.



A LA VISTA

DEL VALLE DE MEXICO.

A mis plantas sus verdes cabelleras  
Sacuden con estrépito los bosques;  
En hondas torrenteras  
Hervir oigo las aguas impetuosas;  
Sus alas los relámpagos agitan,  
Y á la voz del trueno,  
En su profundo seno,  
Las montañas altísimas palpitan. . . .  
La tempestad tendió su oscuro manto,  
Y del rayo veloz al estallido,  
El ave amedrentado busca el nido,  
Y el hombre se recoje con espanto. . . .



Víctimas solo quiere,  
Para en ellas cebar su saña fiera,  
Aquí estamos nosotros; que su furia  
Se cebe en nuestro pecho, y que nos hiera.



A LA VISTA

DEL VALLE DE MEXICO.

A mis plantas sus verdes cabelleras  
Sacuden con estrépito los bosques;  
En hondas torrenteras  
Hervir oigo las aguas impetuosas;  
Sus alas los relámpagos agitan,  
Y á la voz del trueno,  
En su profundo seno,  
Las montañas altísimas palpitan. . . .  
La tempestad tendió su oscuro manto,  
Y del rayo veloz al estallido,  
El ave amedrentado busca el nido,  
Y el hombre se recoje con espanto. . . .

La furia de los vientos rompe osada  
El denso velo de la parda nube;  
Del sol en Occidente  
La sublime mirada  
Enciende los colores  
Del Iris que aparece en el Oriente;  
A nuevos horizontes  
Vuelan las nubes rápidas; las flores  
Brillan de nuevo en la feraz pradera;  
Vuelve á trinar el ave en la enramada;  
Vuelve á saltar la liebre en la ladera,  
Y el magnífico cielo  
A ostentar vuelve su azulado velo....

De la verde colina  
A la elevada cima trepar quiero....  
¡Oh cielos! ¡cuán divina,  
Cuán grandiosa y con cuánta  
Magestad aparece ante mis ojos  
La vista de ese valle dilatado,  
Del valle celebrado  
Donde México asienta su grandeza,  
Alzando su cabeza  
Coronada de nieves,  
Hasta tocar los cielos diamantinos,

Rozando apénas con sus plantas leves  
Las aguas de los lagos cristalinos....

Aquí, á mis piés, sus bosques y jardines  
De *Tacubaya* la graciosa villa  
Ostenta, matizados  
De rosas, y violetas y jazmines;  
*Chapultepec* su frente allá levanta  
Coronada de viejos *ahuehuetes*:  
Asentando su planta  
Sobre la ardiente lava que un tiempo  
Su cráter vomitó, magestuoso  
*Ajusco* allí se eleva; y á mi espalda  
La cenicienta falda  
De la empinada sierra,  
Que de Occidente al Sur, del Sur al Este,  
Como alto muro la llanura cierra....  
Allá está la ciudad con sus palacios,  
Sus cúpulas gallardas y altas torres,  
Reclinada entre perlas y topacios,  
Como sultana bella  
Que embriagada entre músicas y danzas,  
Mira impasible su contraria suerte,  
Perdidas ya las dulces esperanzas.  
De *Chalco* y de *Texcoco*



Los transparentes lagos  
Sirven de espejo á su sin par belleza,  
Y de imperial corona á su cabeza  
La cresta de los montes  
Que limitan sus vastos horizontes.

El *Popocatepetl* y el *Ixtaxihuatl*,  
Cual dos colosos que la entrada guardan  
Del Valle delicioso  
En el fondo del cuadro se presentan,  
Y su elevada frente  
De eterna nieve coronada ostentan....

.....  
¡Cuán dulce es respirar el aire puro  
De este cuadro magnífico gozando!  
Solo, aquí en la montaña,  
Sin que rompa el silencio de la tarde  
Mas que la voz del mujidor torrente.

¡Cómo el alma se siente  
Libre y feliz, al contemplar serena  
De la Creacion las grandes maravillas!  
¡Cómo se eleva el noble pensamiento;  
Y cómo la ardorosa fantasía,  
Mas ligera que el viento,  
Recorre presurosa

¡Oh México! tu historia portentosa!

.....  
Paréceme que asisto en este instante  
A las revoluciones  
De tu encantado Valle:  
Ya miro de tu extenso Continente,  
A impulso de su fuego subterráneo,  
La costra levantarse de repente;  
Aparecer tu inmensa cordillera  
Y alzarse las montañas colosales,  
Su grande cabellera  
Sacudiendo unas en el aire vago,  
Otras alzando sus nevadas frentes  
Mas allá de las nubes apiñadas,  
Y su desnuda cumbre  
Ostentando otras, de sombrío aspecto,  
Del Sol de nuestro trópico á la lumbre.  
De éstas bramar escucho las entrañas,  
Y á su bramido estremecerse sienta  
Los valles, las colinas y montañas;  
Miro abrirse su boca gigantesca  
Y saltar con estruendo pavoroso,  
De su seno ardoroso,  
Fundidos los peñascos y metales

Y salir á raudales,  
Como un rio de fuego presuroso,  
La negra lava ardiente  
Que cuanto al paso encuentra,  
Arrastra en su mortífera corriente....  
Son los volcanes cuya activa llama,  
Como una antorcha fúnebre ilumina  
Los trastornos terribles de tu suelo,  
Enrojeciendo el tenebroso cielo  
Y á la inmensa rüina  
Que su erupcion causó por donde quiera,  
Dando un aspecto lúgubre y sombrío,  
Cual si hubiera sonado la postrera  
Hora del mundo impío....

.....  
¡Oh Méxicol !Qué razas y que pueblos  
Estas grandes catástrofes miraron?  
¡Al anunciarse con terribles signos  
Huyeron espantados, y buscaron  
Seguro asilo en tierras mas lejanas;  
O todos perecieron sorprendidos  
De la erupcion por la vielencia horrible,  
Quedando sumerjidos,  
Unos en lo profundo de tus lagos  
Y sepultados otros

Bajo la dura costra de las lavas  
Que causaron tan bárbaros estragos?  
Si pereció esa raza, ¡qué otra gente  
Vino á poblar tus fértiles llanuras,  
Cuando ya los volcanes apagados,  
Miraron á sus plantas agrupados  
Los nuevos bosques, y la nueva yerba  
En los valles brotar y en las colinas,  
Cubriendo con su manto de verdura  
Las antiguas rüinas?....

En vano el pensamiento ansioso intenta  
Penetrar el misterio  
De las emigraciones de tus razas;  
Un velo impenetrable se presenta,  
Ocultando el pasado de tu historia;  
En vano la memoria  
Para guiarse busca  
Alguna huella leve  
De aquella edad entre las densas nieblas;  
Todo es oscuridad, todo tinieblas,  
Y á pasar adelante no se atreve....  
Así pasaron sin dejar señales  
De su rápida marcha  
Unos siglos tras otros;



Así unos pueblos á otros sucedieron,  
Y todos perecieron,  
En la profunda huesa del olvido  
Sepultándose todos,  
Ya destrozados por su propia mano,  
Ya víctimas del hórrido trastorno  
Que conmovió la tierra y el Oceano....

.....  
Tras esa edad oscura y tormentosa  
Otra edad aparece,  
Que del Sol de la nuestra á los reflejos,  
Por entre leves brumas,  
Mirar deja á lo léjos  
Las numerosas tribus que poblaron  
Las anchas faldas de tus altos montes,  
Y que á la orilla de tus lagos grandes,  
Como enjambres de abejas se agruparon.  
Razas robustas de color oscura,  
Como el ala del águila altanera;  
Pueblos rudos aun, que de los bosques  
En la verde espesura,  
Tras el salvaje javalí corriendo,  
O sus redes tendiendo  
Sobre las aguas de los quietos lagos,

Buscan el alimento, indiferentes  
De la ardiente canícula á los fuegos  
Y de Enero á los hielos inclementes.

Tras estos viene el industrioso *Ulmeca*,  
El *Xicalanca* fuerte,  
El bajo *Zapoteca*  
De tez cobriza y de robusta espalda,  
Pueblos agricultores é industriales  
Que el seno abrieron de la madre tierra  
Y gustaron sus frutos abundosos;  
Pueblos que su memoria  
En grandes monumentos nos legaron,  
Escribiendo su historia  
De *Quiotepec* en los soberbios templos,  
De *Uxmal* en la morada suntuosa,  
De *Mitla* en los palacios soberanos,  
De *Cholula* en la mole prodigiosa.

De estas razas activas y robustas  
¿Qué fué! ¿Dónde llevaron  
Su cultura precoz....? Fatal destino  
De las razas humanas:  
Brillar cual meteoro peregrino,  
Y desaparecer, siempre impelidas  
Por otras nuevas razas, que atrevidas

Caminan á su luz y que recojen  
Los frutos que produce la simiente  
Que aquellas arrojaron  
Con mano inteligente....

.....  
Mas del brumoso Norte ¡qué rüido,  
Cual de huracan entre lejanos bosques  
El confuso rumor, llega á mi oido?  
Rompiendo ya del Setentrion las nieblas,  
Como bandadas de viajeras aves,  
En busca de regiones mas süaves,  
Mil tribus aparecen  
Que se lanzan al Sur, y á cuyas voces  
Los montes y los valles se estremecen....  
Son los *Toltecas*, de ánimo esforzado  
Y de atrevida empresa,  
Que á la elevada Mesa  
De la gigante cordillera ascienden,  
Y por ella se extienden  
Talandos bosques, esparciendo granos  
De la tierra en las fértiles entrañas,  
Y alzando con sus manos  
Pingüe cosecha de maduros frutos;  
Creando en vez de míseras cabañas,

Pueblos ricos, ciudades suntuosas  
Con palacios y templos y mercados,  
Pirámides y tumbas prodigiosas:  
Tribu admirable que afanosa emula  
De las perdidas razas la arrogancia,  
La cultura precoz y la constancia,  
Fundando el Reino y el poder de *Tula*....

Mas el generoso *Chichimeca* viene  
Con el carcax al hombro, y la macana  
En la robusta mano, y arrastrando  
Cuanto su marcha rápida detiene,  
Y pueblos y ciudades asaltando,  
Denodado combate,  
Y en campaña sangrienta  
El *tolteca* poder al fin abate,  
Y su imperio magnífico cimenta....

*Textoco*, ninfa hermosa  
Que de su blanco lago á las orillas  
Descuidada reposa,  
Ella miró las glorias de ese imperio,  
Cuyo cimientó abrió con su macana  
El gran *Xolotl*, Conquistador felice,  
Que al lauro de victoria  
Con que ciñó su frente,



De político diestro unió la gloria:  
Ella miró indolente  
Al altivo *Tolteca*,  
Al bárbaro *Otomãe*, al *Chalca* fiero  
Y á otras mil tribus acudir sumisas  
Al poder de sus reyes opulentos  
A rendir homenaje,  
Como súbditos fieles ofreciéndoles  
El tributo de antiguo vasallaje.  
Allí de su laguna  
Se meció al márgen la dichosa cuna  
Del gran Legislador sabio y profundo,  
Que elevó de la gloria al apogeo  
Su imperio sin segundo,  
Y que dejó á los pueblos y los reyes,  
Sus máximas sublimes en sus cantos,  
Sus reglas invariables en sus leyes . . . .  
.....  
Mas ¿qué otro pueblo por el Norte acude  
A disputarle su poder y gloria  
Del lago á la orgullosa soberana?  
Agiles, como ciervo en la sabana,  
Robustos y atrevidos,  
Cual leopardo en el espeso bosque,  
Ellos marchan, y marchan impelidos

De *Quetzalcoatl* al soplo irresistible,  
Y á la voz poderosa  
De su sangriento Dios *Huitzilopochtli*,  
Que hará á su pueblo grande é invencible.

Guerrero y culto, á su genial bravura  
Une la magia de su dulce idioma,  
Mas dulce que la miel de los tunales,  
Mas blando que del *Xóchitl* el aroma.  
Ya llegan de los lagos á la orilla;  
Sobre el nopal el águila miraron,  
Que cual fin de su marcha, sus augures,  
Desde el remoto *Aztlan* les anunciaron;  
Fijan allí su asiento, y se refugian  
De *Tlaltelólcó* en el desierto islote,  
Y bajo sus añosos ahuehnetes  
Y sus robustos cedros colosales,  
*Chapultepetl* les brinda dulce sombra  
Y el agua de sus ricos manantiales . . . .  
Son los *Aztecus*, que cual tierno arbusto  
Vegetan á la orilla de los lagos . . . .  
Pero ellas crecerán; sus poderosas  
Ramas el Lago cubrirán y el Valle;  
Traspasarán colinas y montañas,  
Y sus hojas pomposas

Cubrirán los palacios  
De remotas ciudades, las cabañas  
De lejanos aduares,  
Hasta dar sombra á la ribera ardiente  
De sus terribles turbulentos mares.

Vedlos domar con esforzado brazo  
Las tribus numerosas que los cercan;  
Evitar con astucia el diestro lazo  
Que por dō quier les tiende  
La hipócrita perfidia;  
Vedlos, en fin, con atrevida mano  
Alzar del fondo de los lagos bellos  
La reina del imperio mexicano,  
Y con empeño que creyeran loco,  
Vedlos luchar, hasta empañar el brillo,  
De la imperial y espléndida *Texcoco*.

México así nació; como un encanto  
Los templos magestuosos de sus Dioses,  
Los soberbios palacios de sus reyes,  
De sus magnates las grandiosas tumbas  
Al cielo se elevaron,  
Y en sus canales límpidos flotaron  
Los mágicos jardines, cuyas flores  
Coronarán las sienas de sus Héroes,

Dándoles grato incienso en sus olores.

Escuchad el bullicio  
De sus solemnes fiestas religiosas  
Con que celebran todos  
El triunfo de sus armas victoriosas....

.....  
Mas cerrad el oído  
Y la vista apartad, que en los altares  
El feroz Sacerdote sacrifica  
Las víctimas humanas á millares;  
Y en el festin horrible  
La carne de las víctimas se ofrece,  
Para saciar el bárbaro apetito,  
Y el labio en sangre humana se humedece.

.....  
¿Por qué el valiente Pueblo  
Que dominó mil tribus aguerridas  
Y su imperio extendió del Sur al Norte,  
Manchó sus altas glorias merecidas,  
Con bárbara costumbre,  
Que hace pasar su nombre á otras edades,®  
Envuelto en el horror que al mundo inspira  
El salvaje antropófago que ocultan  
Del Africa las vastas soledades?



¿Por qué los que en la guerra eran leones  
Y en el hogar doméstico palomas,  
Del templo en los umbrales  
Convertíanse en tigres carniceros  
Y en hambrienta manada de chacales?

A ese recuerdo horrible  
Gime la humanidad y se estremece;  
La humana mente á comprender no acierta  
La causa de esa bárbara costumbre;  
Que la historia no ofrece  
Ejemplo igual de mezcla tan extraña:  
Una feroz y estúpida barbarie  
Y una cultura que asombró á la España....

.....  
Grande como ninguno  
El mexicano imperio se encamina  
A universal dominacion, llevado  
Del gran guerreador *Ilhuicamina*  
Por la mano potente,  
De *Axayacatl* por la prudencia grave  
Y del feliz segundo *Moctezuma*  
Por la fortuna suma,  
Que lo elevó á la cumbre de la gloria,  
Para de allí crüel precipitarlo

Y hacer mas lamentable  
El fin sangriento de su triste historia....

.....  
Pero los dias del imperio azteca  
Estaban ya contados por la mano  
Del que los pueblos lanza  
Unos sobre otros, y servir los hace  
A su oculto designio soberano....

Surcando el Oceano  
En frágil barca y con osado empeño,  
En las playas de un nuevo Continente  
Salta gozosa la atrevida gente  
De otra raza mas culta y poderosa,  
De la raza dichosa  
Que con la Cruz y con la espada unidas,  
Dejara sometidas  
Las indígenas razas de este suelo,  
Extendiendo su imperio soberano  
Del *Goatzacoálcos* al *Columbia* undoso,  
Del Mar del Sur al Golfo mexicano.  
Es la raza del Cáucaso robusta,  
Activa, inteligente;  
Es la española gente  
Que salvando los mares procelosos

Y libre ya de empeños belicosos,  
De Señores y Moros,  
En lejanas empresas busca gloria,  
O soñados espléndidos tesoros....

De aventureros bravos un puñado  
De *Chalchihuécan* en la playa ardiente,  
A la voz de su Gefé denodado  
Y á la luz de sus naves incendiadas,  
Al alto *Citlatépetl*  
Dirigen impacientes sus miradas.

Trepan osados la empinada sierra,  
Y descubren gozosos dulces climas,  
Y el ambiente respiran en sus cimas  
De su lejana y suspirada tierra.

Combaten en *Cholula* con denuedo;  
Al indomable *Tlaxcalteca* vencen,  
Y diestros cuanto osados,  
No el yugo aborrecido,  
Sino su alianza ofrecen al vencido.

Los celos de las tribus que alimentan  
La discordia feroz, á su designio  
Prestan fácil ayuda, y se presentan  
Sobre las altas cumbres que dominan

A la imperial *Texcoco*,  
Conduciendo las turbas numerosas  
Que bajan como rápido torrente,  
Y del poder de México envidiosas  
Para arruinarla prestarán ayuda,  
Fundando así el poder de los que luego,  
Su traicion inaudita,  
Pagarán con el hierro y con el fuego.

.....  
¡Oh gran *Tenoxtitlan!* brillante emporio  
De la extraña cultura de unas razas  
Que hoy la miseria y la abyeccion envuelven,  
Tras los funestos signos  
Que desgracias sin cuento presagiaron,  
Y á tu pueblo y tu rey amedrentaron,  
Gimes opresa por el cerco estrecho,  
Oyes silbar la bala asoladora  
Que espanto infunde á tu aguerrida gente,  
Y sientes en tu pecho  
La macana traidora  
De tus villanos émulos, que abren  
Insensatos la tumba de sus razas  
Al descargar sobre tu noble frente  
Los rudos golpes de sus duras mazas.  
Un momento tan solo



Te sonrió propicia la fortuna,  
Cuando tu pueblo descubriendo el dolo  
De su huésped infiel, como un solo hombre,  
Se levantó, la noche memorable  
En que huir los miraste hasta *Tacuba*,  
Y sin temer su saña,  
A tu Aguila atrevida contemplaste,  
Su garra hincando en el Leon de España.

Este fué el don postrero de la suerte  
Que burló tu esperanza....

.....  
De nuevo en la pelea  
El caballo se lanza,  
El arcabuz humea,  
De nuevo el trueno del cañon retumba;  
Mueren tus hijos ántes que rendirse,  
Y tú miras tu suerte decidirse  
En las llanuras áridas de *Otumba*....

.....  
Tras ese gran reves ¿qué son tus muros?  
¿Qué valen tus compuertas y estacadas?  
En vano tus guerreros  
Aguerridos y fieros  
Hacen prodigios de valor; en vano  
Tu heróico rey *Guatimotzin* ilustre

Eclipsa el brillo del valor romano,  
Con su denuedo que al Ibero arredra:  
Se estrecha el cerco, al dardo y á la piedra,  
Que la impotente mano, á una distancia  
Muy corta lanza ya, la fiera bala,  
Veloz como el relámpago responde,  
Abriendo brecha en el soberbio templo,  
Postrer reducto donde un pueblo muere,  
Dando á los siglos de valor ejemplo....

México sucumbió; que la suprema  
Hora de destruccion, sonó terrible,  
Y el destino con fuerza irresistible  
Pedazos hizo su imperial diadema....

¡*Ay del vencido!* el triunfador exclama....  
Y arroja como pasto de la llama  
A aquel pueblo de bravos,  
O el yugo les impone  
De los viles y míseros esclavos.

.....  
Así acabó el poder de aquellas razas  
Que á su vez dominaron este Valle,  
Que vió desenvolverse su grandeza,  
Que las miró brillar en su apogeo,  
Y que testigo mudo

Fué de la gran crudeza  
Con que la adversa suerte  
Desmoronó su trono,  
Rompiendo su poder con brazo fuerte  
Y hundiéndolas en mísero abandono....  
Mas ellas no debieron  
Tanto su daño al español esfuerzo,  
Cuanto á su empeño propio;  
Que ellas víctimas fueron  
De la discordia que el cimiento mina  
De los imperios, y en su seno nutre  
A la traicion que acaba su ruina....

.....  
¡Oh Valle delicioso!  
Los restos miserables  
De aquel pueblo esforzado y belicoso,  
Tú los miras aun vagar abyectos  
Con semblante impasible, cual si fuese  
El rostro de una estatua, de que alientan,  
Dando solo señales  
En su moverse lento  
Y en su triste mirar, en que revelan  
Que el peso sienten de sus hondos males.  
En vano tú en las varias

Convulsiones terribles de tu suelo  
El verlos levantarse has esperado  
De su abyeccion, en vano, que los parias  
Son ellos de esta tierra que se riega  
Con el sudor de su abatida frente,  
Y de sus venas con la sangre ardiente,  
Y que avara les niega,  
No solo sus tesoros codiciados,  
Sino hasta el sitio humilde  
Para su pobre tumba abandonada,  
Cuando viniendo la implacable muerte  
De su miseria y su penar se apiada....

.....  
La nueva raza su conquista extiende,  
Y su poder cimenta;  
Mas crüel y avarienta  
La turba afortunada  
De soldados audaces que aterraron  
El poder del azteca,  
Habrian hecho vana  
Su rápida conquista prodigiosa,  
Si aquella Providencia soberana  
Que á sus altos designios encamina  
Las humanas acciones,



No hubiera opuesto á su ambicion mezquina  
Y feroces pasiones  
La abnegacion sublime  
Y el vivo celo y caridad cristiana  
Del dulce y virtuoso misionero,  
Que da consuelo al que oprimido gime  
Y que con fe sencilla  
Predicando la paz y la concordia  
Ahuyenta la discordia  
De la mano arrancando la cuchilla....  
Oh! si de aquellos dias  
No se hubiera eclipsado el sol brillante;  
Si de aquellos Apóstoles sublimes  
Hubiera germinado el claro ejemplo,  
La santidad del templo,  
No con su torpe planta  
Hubieran profanado la injusticia,  
Ni la feroz supersticion, ni el dolo,  
Ni el interes y sordida avaricia....  
Mas la simiente de virtud austera  
Que con mano benéfica sembraron  
Quedó sin germinar, y una Colonia  
Se asentó sobre base deleznable;  
Y el poder de la fuerza proclamaron,

Y se elevó un coloso formidable  
De pecho y brazos ferreos  
Por piés de barro sustentado; el tiempo,  
Con su ala destructora,  
Tocó el coloso á la hora  
Que el destino marcara, y con estruendo  
Hundiéndose terrible,  
Bajo su inmensa mole, sepultado  
Dejó el poder que se creyó invencible....  
.....  
La débil voz de Sacerdote anciano  
Temblar hizo al coloso de tres siglos,  
Y su temblosa mano  
Desenvainó atrevida  
De la justicia la terrible espada,  
Y agitó entre los aires irritada  
De la venganza la ardorosa tea  
El incendio causando  
Que abrazó con su llama asoladora  
La opulenta ciudad, la pobre aldea....  
.....  
Hidalgo venerable, Allende osado,  
Intrépido Abasolo, gran Morelos,  
Vosotros, con la fe de vuestra causa,  
Con pecho denodado

Jurásteis á los cielos  
Hacer á vuestra Patria independiente,  
O sucumbir, con vuestra sangre pura  
Empapando la tierra donde echásteis  
De santa independencia la simiente.  
Padres ilustres de la patria mia,  
Mártires de la causa sacrosanta  
Que hace latir los pechos generosos,  
Si la maldad impía  
Robó el vital aliento á vuestros pechos,  
Antes que el fruto recoger pudiéseis  
De vuestros claros y gloriosos hechos,  
Propicia suerte á México depara  
Un sucesor de vuestro esfuerzo heróico,  
Que unido de vosotros al postrero  
Da á vuestra grande empresa feliz cima;  
Que es vuestro grande espíritu el que anima  
El valor de Iturbide y de Guerrero....

¡Oh dia para siempre memorable,  
Aquel en que de Iguala  
El *trigarante* pabellon hermoso,  
De México en el Valle delicioso  
Se desplegó triunfante, como el ala  
Del Aguila que se alza en rauda vuelo,

Anunciando á los pueblos soberanos  
La libertad del mexicano suelo!  
Fuiste tú el don postrero del destino  
Que en flor segó nuestra fugaz ventura,  
La postrera luz pura  
Que iluminó de México el camino.  
Tras tu esplendor brillante  
Llegó el nublado oscuro  
Con el trueno y relámpago sombrío;  
Tronó la tempestad, y aquel navío  
Que tú alumbraste empavesado y fuerte,  
Comenzó á combatir con furia horrible,  
De la anarquía con las bravas olas,  
De licenciosa turba en el terrible  
Escollo tropezando,  
O en el mortal del despotismo fiero;  
Y en esta lucha larga y fatigosa  
Perdió jarcias y mástiles, y vaga  
Ya sin timon, por el revuelto golfo  
Donde la barca sin timon naufraga....

.....  
México, dulce nombre,  
¡Por qué los cielos de fatal belleza  
El don te hicieron, si á la par que bella



Serías infeliz, y á eterno duelo  
Te condenara tu terrible estrella?

Reina del Occidente,  
Tú que naciste delicada y pura,  
Del seno de tus mares borrascosos,  
Brillando con el sol tu blanca frente,  
Ceñida tu cintura  
De rosas y de mirtos olorosos,  
¡Por qué ya rota la imperial diadema  
Y deshojadas las hermosas flores,  
Presa infeliz de acerbos sinsabores  
Marchita muestras tu beldad suprema?

De la discordia fiera é implacable  
Aliento envenenado  
Sopló sobre tu rostro peregrino,  
Y como el viento de pantano inundo,  
Ha marchitado tu divino encanto,  
Condenándote ¡oh México! sin tregua  
A eterno duelo y sempiterno llanto....

Tanto mas crecen mis amargas penas,  
Al contemplar tu suerte ¡oh Patria mial  
Cuanto es mas bello y seductor el cuadro  
Que á mi vista asombrada se presenta.  
¡Por qué la mano impía

De tus espurios hijos, en sangrienta  
Lucha te oprime y en destruir se afana  
Tus bellas galas y tus ricos dones,  
Cuando natura pródiga te ofrece  
Sus tesoros sin cuento, y á porfía  
Te alhaga, te festeja y enriquece....?

Pero tregua al dolor, que en vano clamo:  
Sordos tus hijos á tu llanto acerbo  
Redoblarán sus parricidas golpes,  
Hasta que tú agobiada de pesares  
¡Oh México! sucumbas, y contigo  
Caigan en sangre tintos, en los brazos  
De extranjero enemigo  
Que á ellos y á tí sujetará en sus lazos.

## ¡ACUÉRDATE DE MÍ!

Ya luce en el Oriente  
El astro matutino:  
Me anuncia mi destino  
Que es fuerza ya partir;  
Y pues así lo quiere  
La dura suerte impía,  
Al ménos, Laura mia,  
*Acuérdate de mí.*

Cuando la brisa leve  
Que agita ese cabello  
Que baja por tu cuello  
De pálido márfil,  
A acariciarte vuelva  
Con beso regalado,  
Figúrate á mi lado  
*Y acuérdate de mí.*

Vendrá la blanca aurora  
Con su rosado manto,  
Oirás el dulce canto  
Del pájaro gentil;  
Al escuchar su acento  
Con pecho palpitante,  
Ya léjos de tu amante  
*¿Te acordarás de mí?*

Cuando á la siesta busques,  
Cabe la fresca fuente,  
La sombra complaciente  
Del fresno y del jazmin;  
Recuerda que allí juntos  
En plácidas caricias,  
Gozamos mil delicias,  
*Y acuérdate de mí.*

Entre celajes rojos  
Vendrá la tarde bella,  
De amor la dulce estrella  
Verás, mi bien, lucir:



Cuando esos dulces ojos,  
Que acaso enturbie el llanto,  
Los fijas en su encanto,  
*Acuérdate de mí.*

Cuando la luz divina  
De la apacible luna,  
Que vió nuestra fortuna  
Tranquila sonreír,  
Contemples pensativa  
Del bosque en el retiro,  
Conságrame un suspiro,  
*Y acuérdate de mí.*

Acuérdate del hombre  
Que has hecho tan dichoso,  
Que deja su reposo,  
Su amor dejando aquí;  
Del hombre que aflijido  
Y el alma hecha pedazos  
Se aleja de tus brazos;  
*Acuérdate de mí.*

Adios, por donde quiera  
Que guie mi camino  
El mísero destino,  
Iré pensando en tí;  
Consolaráme solo  
Pensar que no me olvida  
Tu amor, Laura querida,  
*Que piensas siempre en mí.*

Los días pasan breves;  
Terminará la ausencia;  
Tal vez nuestra existencia  
Amor volverá á unir;  
Adios, mi Laura hermosa,  
La luz del Sol se avanza;  
No pierdas la esperanza;  
*Acuérdate de mí.*

## LA CITA.

*Storia antica narra così.*

Es de noche, y de la luna  
Al reflejo, se retrata  
La celebrada Venecia  
En el fondo de sus aguas,

Como una soberbia nave,  
Con sus velas desplegadas,  
En medio del Oceano  
Detenida por la calma.

Del bravo Leon de San Márcos  
Dormida bajo la garra,  
Ni el bullicio de sus gentes,  
Ni el clamor de su campanas,

Ni la voz del gondolero  
Que melancolica y clara  
Del Ariosto, ó del Tasso  
Va entonando las estancias,

Al agradable sonido  
De su festiva guitarra,  
O al rüido compasado  
Que con sus remos levanta,

Interrumpen el silencio  
En que sumerjida se halla  
Del Adriático la reina,  
Por los siglos destronada.

Del Carnaval bullicioso  
Acabose la algazara,  
Y enmudecieron las calles,  
Los pórticos y las plazas:

Las músicas ya no suenan,  
Se interrumpieron las danzas,  
Y cesaron los engaños,  
Los enredos y las tramas;



Y los burlados galanes  
Volvieron á sus moradas,  
Y en sus regalados lechos  
Estan las astutas damas,

Sonriéndose á sus solas,  
Ya de la necia confianza,  
Ya del inaudito arrojó,  
O de la soberbia vana

Con que aquellos las divierten,  
Con el que éstos las espantan,  
Y con la que necios todos  
Las persiguen y enfadan.

---

Mas en soledad tan honda  
Y en medio de tanta calma,  
Del puente de los Suspiros  
Bajo la gótica arcada,

Un objeto se descubre  
Que lentamente se avanza,  
Y en ligero balanceo  
Se mueve sobre las aguas:

Es una pequeña góndola  
Ligera y desentoldada,  
Que en los revueltos canales  
Se desliza solitaria,

Y en cuyo fondo se miran,  
A la luz pálida y clara  
De la alta luna, los bultos  
De dos figuras humanas:

Son dos hombres, que un silencio  
Nunca interrumpido guardan:  
El uno rema con fuerza,  
Y en su gorra colorada,

Y en sus gregüescos azules  
Y mas que todo, en su cara,  
Se descubre al gondolero  
De Venecia la encantada,

Al testigo de las riñas,  
De los duelos y estocadas,  
De las citas amorosas,  
De los raptos, de las ansias

De los maridos que zelan,  
De los amantes que aguardan,  
O del esbirro que espia  
La persona designada

Al golpe oculto y certero  
De su bien templada daga.  
El otro su rostro oculta  
Hasta la frente inclinada;

Mas del negro sombrero  
En la fina pluma blanca,  
Prendida con rico broche  
De diamantes y esmeraldas,

Revela que un caballero  
Se oculta bajo la capa. . . .  
¿Es un marido que vuela  
A tomar dura venganza

De la que vendió su honor,  
O del que empañó su fama?  
¿Es un amante que busca  
De su dama la morada,

Para moverla con cantos  
Al frente de sus ventanas?  
¿O es un amante que ansioso  
Lleno de dulce esperanza,

O de temores, acude  
Al sitio y hora fijadas,  
A una cita, donde un premio  
O un desengaño le aguardan?

De un edificio sombrío  
Ante la vieja fachada  
La góndola se detiene:  
Se levanta el de la capa,

Y "aquí" dice al gondolero,  
Y se acerca á la estacada,  
Donde la góndola él mismo  
Con fuertes lazos amarra;

Y sacando del jubon,  
De seda una fuerte escala,  
Y con maña y con cuidado  
Echándola á la ventana



Sube por ella, y arriba  
Hace sonar tres palmadas,  
Y con voz clara y sonora  
Repite aquestas palabras:

“Seguid los revueltos giros  
Del canal hasta San Márcos;  
Pasad los góticos arcos  
Del puente de los Suspiros;

“Seguid derecho, hasta donde  
Con la última casa deís,  
Y allí me conoceréis,  
Que allí os aguardaré, Conde.....”

“Mas palabra por palabra,  
Lo que acabo de decir  
Debeis allí repetir,  
Conde, para que yo os abra.”

Esto dijsteis, Señora:  
He cumplido, ya lo veis;  
Tócaos á vos, y debeis  
Conmigo cumplir ahora.

Rechinó sobre sus gonces  
En el acto la ventana,  
Y abrió sus hojas la mano  
De una dama enmascarada:

El galan enamorado  
Penetró ansioso en la estancia,  
Lleno de desasosiego,  
De curiosidad el alma:

Sin creer lo que veía:  
Sentose al pié de la dama,  
Y ésta interrumpió el silencio,  
Dirigiendo la palabra

Al caballero, que inquieto  
Y atento la examinaba,  
Queriendo reconocerla,  
Ya en el porte, ya en el habla.

— Exacto sois, que la hora  
Es esta por mí prescrita.  
— En acudir á una cita  
Nunca fuí tardo, Señora.

— Mas ¿cómo es que habeis creído  
En cita de Carnaval?  
¿Cómo es que en la bacanal  
No me echásteis en olvido?

— Olvidaros! ¿Quién podría  
Olvidar tanto donaire;  
Y ese garbo y ese aire  
Que arroban el alma mía?

¿Cómo olvidar ese acento  
Que llegó hasta el corazón,  
Y engendrô en él la pasión  
En que me agito violento?

Desde que os ví, fuísteis la estrella  
Que me complací en buscar,  
En aquel revuelto mar  
Dó lucia tanta bella.

En vos tan solo he pensado,  
Que en vos fijé mi destino;  
Ni la algazara, ni el vino  
A distraerme han bastado.

En vano os busqué después;  
Pero mi amor me animaba,  
La noche inquieto aguardaba  
Con ahinco é interes:

• Todo calló, y mi fortuna  
Ví en la góndola, que léjos  
Apareció á los reflejos  
De la sosegada luna.

Hasta aquí seguí el canal  
En vuestra instruccion fiado,  
Y ha mi fé realizado,  
Mi cita de Carnaval.

— Os traje curiosidad.

— No, sino amor. — Imposible.

— ¿Lo dudais? — Tan susceptible  
No os creo, Conde, en verdad;

Que sin mirar mi semblante  
Háyais por mí concebido  
Tal pasión, que aquí rendido  
Os confeseis un amante.



¿Sabeis si soy bella, Conde?  
¿Sabeis si aqueste antifaz  
Es el que cuadra á mi faz  
Y á mi estado corresponde?

¿Sabeis si con él intento  
Tal fealdad encubrir,  
Cual no puede concebir  
Vuestro astuto pensamiento....?

—Imposible! Sois hermosa,  
Vuestro talle me lo afirma,  
Y mi creencia confirma  
Vuestra voz dulce y graciosa.

Podria jurar por Cristo,  
Que sois de hermosas modelo,  
Aunque yo jamas el cielo  
De vuestro rostro haya visto:

Vuestra flexible cintura,  
Vuestro brazo soberano,  
Vuestro cuello y vuestra mano  
Revelan una hermosura....

—Galan estais, caballero,  
Y enamorado á fé mia.  
—Nunca fué galantería  
Encomiar lo verdadero;

Que al traves de ese antifaz  
Tantas gracias adivino,  
Que de un aspecto divino  
Juzgo ornada vuestra faz.

Aún vuestro nombre ignoro,  
Y vuestro hermoso semblante  
No miro aún, y no obstante,  
Os repito que os adoro.

—¿Tan fácil sois en prendaros?  
—Tal debe ser vuestra gracia,  
Que ha tenido la eficacia  
De prendarme sin miraros.

—Ya veo que la opinion  
Que tiene de vos Venecia,  
No es, Conde, errada, ni necia  
Sino fundada en razon.

—¿Tan mal me juzgais?—No tal;  
Digo lo que dice el mundo,  
Y lo que digo lo fundo  
En el dicho universal.

—Que es el vulgo maldiciente  
Vos no lo ignorais, Señora;  
¿Por qué dais crédito ahora  
A la envidia de la gente?

—Si yo la creyera, aquí  
Conde, estaria con vos?

—Pero decidme, por Dios,  
Que es lo que dicen de mí?

—Dicen que sois en amar  
Lijero, Conde, en extremo.

—No hay pruebas de ello.—Me temo  
Que el vulgo las pueda dar.

—Luego creéis....—Yo no creo....

¿Porque el vulgo pruebas dé  
He de convenir en que  
Son ciertas....? Lo que no veo,

Lo que no palpo y no toco  
Lo dudo al ménos, ya veis  
Que aquí conmigo teneis,  
Conde, que luchar bien poco.

—Aguardo con pruebas mil  
Disipar la duda vaga....  
—¿Sabeis, Conde, que eso alhaga  
El orgullo femenil?

Rendirse á dar pruebas....! Pero  
Sigamos nuestro relato:

Dicen que sois en el trato  
Del amor, no muy sincero....

—Qué! ¿Dudais de la verdad  
Del sentimiento que el labio....

—No lo tomeis por agravio;  
Pero tengo vanidad;

Creo conocer del hombre  
El corazon, y aseguro....  
¿Qué digo, Conde! yo os juro,  
Que al verme, al saber mi nombre,



Tal vez cambiarán de esencia  
Vuestro afan y vuestro anhelo;  
Tornarás el fuego en hielo,  
Y huiréis de mi presencia.

—Pero ¿quién sois?— A su tiempo  
Lo sabréis.... Pero sigamos....  
¿Sabeis, Conde, que encontramos  
Un sabroso pasatiempo?

Jugamos al sacramento  
De la santa confesion,  
En una conversacion  
En que creo estais violento.

—No tal.—Mas tened paciencia,  
Que voy presto á concluir,  
Y vos tal vez que cumplir  
Tendreis una penitencia.

—Pero ese tono dejad,  
O por Dios, me haréis creer  
Que sois alguna mujer....

—Prosigo, Conde, escuchad:

Dicen tambien que en amores  
Es mucha vuestra fortuna,  
Que no se encuentra ninguna  
Que no os ceda sus favores;

Pero agregan, que indiscreto  
No solo su amor burlais,  
Sino que de ellas os vais  
A publicar su secreto.

—¿Creeisme infame?—No tal,  
Digo lo que el vulgo dice,  
Ese vulgo que maldice  
Hasta del trono papal.

—Pero ¿quién sois?—No parece  
Sino que la voz querida  
Que ha poco os diera la vida,  
Conde, ahora os enfurece....

Escuchad, aun dicen mas:  
Dicen que hay una mujer....  
(¡Cómo os pudo ella creer  
Allá en tiempos muy atras!)

Una mujer que os rindió  
Su pensamiento, su alma,  
Que por vos la dulce calma  
De su corazon perdió;

Una mujer bella y pura  
Que por vez primera amaba,  
Y que en ese amor cifraba  
Del porvenir la ventura;

Que apénas os vió, rendida  
Os consagró su existencia,  
Y desde entónces la esencia,  
Ese amor, fué de su vida....

¡La recordais Conde?—Acaso  
Para contarme una historia  
De que yo no hago memoria....  
—Concluirémos, Conde, el caso,

Y entónces tal vez haréis  
Memoria.—¡Pero qué empeño  
Teneis en contarme un sueño,  
Cuando vengo....—¡Lo creéis

Sueño, Conde? ¡A Dios pluguiera  
Que tal fuese....! Pero vamos,  
Es fuerza que concluyamos  
Esta historia verdadera.

Pero escuchad, Conde, atento,  
Y pensad en lo que oiréis,  
Y os aseguro que haréis  
Memoria de lo que os cuento....

¡Pobre mujer inexperta!  
Sin conocer los engaños  
De este mundo, ni los daños  
A que amor abre la puerta,

Os reveló su pasión  
En su voz, en su mirada,  
Y os entregó la cuitada  
Su sencillo corazon:

Vos, Conde, en amor versado,  
Y maestro en seducir,  
Supfsteis tan bien fingir  
El rendido enamorado,



Que incauta en la red cayó,  
Y lo que era fingimiento  
Ella lo juzgó ardimiento,  
Y en sus lazos se enredó.

Vos proferísteis lijero  
Mil juramentos; amarla  
Siempre, jamas olvidarla,  
Todo á fé de caballero....

¡Ya os acordais, Conde? En vano  
Disimular pretendéis;  
Vos mismo, Conde, os haceis  
Traicion.... Mirad vuestra mano

Como tiembla, y vuestra frente  
Como se anubla.....--Señora,  
Ha pasado ya la hora  
Del Carnaval.—Impaciente

Estais, Conde, por demas;  
Pero si el fin de esta cita  
Curiosidad os excita  
A saber, escuchad mas:

La pobre mujer sentia  
Que se huía su sosiego,  
Y en un devorante fuego  
Sin cesar se consumia:

Amor con fuerza terrible  
A ser vuestra la arrastraba,  
Y el deber la sujetaba  
Con su fuerza irresistible;

Y en esta lucha, Señor,  
Que sostuvo la mujer,  
Entre el amor y el deber,  
Venció al deber el amor.....

Ella os juzgaba sincero,  
Y vuestra pasion creyó....  
¡Cuánto ¡oh Conde! se engañó  
En creeros ¡caballero!

Despreciando su razon,  
Llegó un momento en que loca,  
Os dejó oír de su boca  
De su amor la confesion;

Y os estrechó entre sus brazos,  
Manchando ingrata y perjura,  
Con esa pasión impura,  
De un amor casto los lazos;

Ofendiendo á un tierno esposo,  
A cuyo lado, inocente,  
Alzaba pura su frente  
Gozando dulce reposo;

Y vos turbásteis su calma,  
Y hasta al crimen la arrastrásteis,  
E inhumano desgarrásteis  
De aquella mujer el alma....

¡Recordais, Conde, aquel día  
Que en copa mentida de oro  
Bebió ella el crimen, decoro  
Y honra olvidando á porfía....?

Cuando ya el remordimiento  
A atormentarla empezaba,  
Sofocarlo ella intentaba  
De amor con el ardimiento;

Y en cambio de su reposo,  
Amor ardiente y constante  
Os pidió ella como á amante  
Favorecido y dichoso....

Y en pago de tanto amor,  
¿Qué dísteis á esa mujer....?  
Vuestro inicuo proceder,  
¿No os ruboriza, Señor....?

Apénas os separásteis  
Ya vencedor, de su lado,  
Después de haber mancillado  
La honra de un hombre, volásteis

Al seno de inmunda orgía,  
Donde la nobleza ociosa  
De Venecia, licenciosa  
Su nombre prostituífa:

Y allí, entre la risa impura  
De lasciva cortesana,  
Os sorprendió la mañana  
Contando vuestra aventura:





¡Y sabéis lo que ha costado  
Ese que llamais capricho?  
—Basta, Señora, lo dicho;  
Haced reproches á un lado;

Olvidad lo que yo fuí,  
Si á vos en nada os atañe;  
No quiero que nada empañe  
La dicha que busco aquí.

—Y si interesada soy,  
Sabéis Conde?—¡Qué sé yo!  
—Conoceisme, Conde? —No,  
Pero á conoceroy voy.

—Guardaos bien de tocar  
La careta que me cubre:  
Si mi rostro se descubre,  
Os verá tal vez temblar.

—Temblar yo! Y á la presencia  
De flaca y débil mujer....!  
—Temblaréis ante el poder  
Terrible de la conciencia.

—Pues bien, temblar quiero ante él;  
Mi orgullo nada respeta;  
Venga abajo esa careta.  
—Traidor, é infame!—¡¡Isabell!

—Sí, Isabel que se presenta  
Como espectro vengador,  
De su mismo seductor  
A tomar terrible cuenta;

Isabel, á la que vos  
Ya muerta crefais, Conde,  
Y á quien encontráis, en donde  
Ménos lo esperábais: Dios

En quien puse mi esperanza,  
Me ha conservado la vida,  
Para que viese cumplida  
Por fin, mi justa venganza.....

Pero ántes la historia horrible  
De vuestra víctima oiréis,  
Y de vuestra obra veréis  
En ella el cuadro terrible.....



Vuestro labio apenas dió  
De nuestro crimen la prueba,  
De mi deshonra la nueva  
Por Venecia se esparció;

Y al hombre á quien amistad  
Vendísteis para su daño,  
Llegó presto de mi engaño  
La matadora verdad:

El os buscó enfurecido  
Para mataros..... fué tarde,  
Que vos, infame y cobarde,  
De Venecia habíais huido.

Yo le ví, esposo irritado  
Presentarse ante mis ojos,  
Y al verle café de hinojos,  
Confesando mi pecado:

Esperé que su furor  
En mi pecho se cebara,  
Y que la mancha lavara  
En mi sangre, de su honor.

Peró no, que fué conmigo  
Todavía mas crüel,  
Pues que sujetó á la infiel  
A mas tremendo castigo.....

El tenia en alto precio  
De su esposa el corazón,  
Y al perder esta ilusion  
La abrumó con su desprecio:

Con sarcasmo me miró,  
Dominando la ira en su alma,  
Y del palacio con calma  
La puerta me señaló.

“Salid, que bajo este techo,  
“Dijo, jamas se ha abrigado  
“Prostituta que ha manchado  
“Del esposo el casto lecho.

“Mis manos, no tocarán  
“Para mal, tan vil materia:  
“Id, que el vicio y la miseria  
“Mis vengadores serán.”

Yo que humilde y resignada,  
Cual castigo merecido,  
Hubiera de él recibido  
La muerte ya deseada,

MI VANIDAD DE MUJER  
Ofendida, sentí apénas,  
Sentí la sangre en mis venas  
Precipitada correr.

Como víbora irritada  
Cuando la pisan, me alcé  
Y dije al esposo: "Lee  
Tu sentencia en mi mirada."

"Puesto que no abre un resquicio  
Tu pecho á la compasion,  
Dándome muerte ó perdon,  
Me encenegaré en el vicio."

"De Mesalina y Lucrecia  
La fama yo eclipsaré,  
Y el renombre alcanzaré  
De escándalo de Venecia;"

"Y haciendo alarde impudente  
De mi torpe liviandad,  
Tú serás en la ciudad  
La fábula de la gente,"

"Hasta que el vil interes,  
O el amor que mas obliga,  
Me depare á quien consiga,  
Humillarte hasta mis piés."

"Adios, que mi orgullo ajado  
Su ofensa jura vengar  
En el amante jugar  
Y en el esposo menguado."

Corrí desde aquel momento,  
Con afan, del vicio en pos,  
Pensando en mi esposo, en vos,  
Y en cumplir mi juramento:

En bacanales y orgías  
Por mi venganza animada,  
De mil amantes cercada  
Pasé mis noches y dias,



Sin que una sola mañana  
Se pasara, ni una tarde,  
En que no hiciera yo alarde  
De lasciva cortesana;

Y en torpe é infame trato,  
Vendia yo mis favores  
A rufianes y Señores,  
Perdiendo todo recato....

Entre estos, uno encontré,  
Cual á mi intento cuadraba;  
Mi encanto le fascinaba  
Y mi humilde esclavo fué:

Juró adunar su destino  
A mi destino fatal,  
Y unidos así, del mal  
Emprendimos el camino;

Y en esta terrible alianza  
Entre el odio y el amor,  
Ha servido á mi rencor,  
Ayudando á mi venganza:

Animoso y complaciente,  
Los pasos dia por dia  
Siguió, con instancia mia,  
Del esposo indiferente;

Y ya con sarcasmo amargo,  
O con insulto grosero,  
Logró, atrevido y mañero,  
Sacarle de su letargo;

Obrando luego de suerte  
Que su amor propio irritó,  
Hasta que por fin, logró  
Arrastrarle á un duelo á muerte.

Diestro en manejar la espada,  
No se prolongó la lucha,  
Que era su destreza mucha  
Para dar una estocada:

Así es que, de muerte herido  
Muy presto el Duque cayó,  
Y él en brazos le llevó  
A mi lado, sin sentido.

Demudado, agonizante,  
Apénas volvió él en sí,  
Sin piedad le escarneí  
En su postrimer instante:

“La prostituta á quien vos,  
“Le dije, cobarde y necio  
“Abrumásteis de desprecio,  
“Venga hoy su injuria, por Dios:

“Muera el esposo menguado  
“Por la mano del amante,  
“Y entre la risa insultante  
“De aquella que ha despreciado....”

.....  
.....  
.....

Podeis ya dar testimonio  
De que el Angel á quien vos  
Hicísteis dudar de Dios,  
Se ha convertido en demonio....

— Qué horror! — ¡Qué os asusta? ¡No  
Es esto, Conde, obra vuestra?  
¡Sin vuestra influencia siniestra  
Habria perdido yo

Mi candor y mi inocencia,  
Mi recato y mi ternura?  
¿Quién destruyó mi ventura?  
¿Quién desvió mi existencia

De su fin santo...? Ah! los hombres  
Nos llevan al precipicio,  
Nos sumerjen en el vicio,  
Manchan nuestros claros nombres,

Y cuando tanto trabajan  
En turbar nuestro sosiego,  
Al contemplar su obra luego,  
Se espantan y nos ultrajan.

¡Cuántas así habreis hundido  
En la desesperacion,  
Vos, hombre sin corazon,  
Hipócrita y fementido....!



Pero ha llegado vuestra hora,  
Y juro yo por mi fé,  
Que de ellas todas seré  
La terrible vengadora....

Mas.... prosigamos el cuento....  
Muerto el esposo, fuerza era,  
Que religiosa cumpliera  
Con todo mi juramento:

Os busqué; pero á Venecia  
Tiempo hacia habíais dejado,  
Que os habíais embarcado  
Para las costas de Grécia.

Conducida por mi instinto,  
Primero os busqué en Aténas;  
Mas allí llegué yo apénas,  
Os fuísteis para Corinto;

De allí os seguí con afán  
Por Inglaterra y España,  
Francia y cuanta tierra extraña  
Pasásteis, hasta Milan.

Como la sombra, que unida  
Al cuerpo va siempre, así  
Yo vuestros pasos seguí  
Por donde quiera atrevida;

Mas mi esperanza burlada  
En todas partes miré,  
Hasta que por fin logré  
La ocasion tan deseada,

Pues que de Dios he alcanzado,  
Que aquí, en la misma ciudad,  
Que ha visto vuestra maldad,  
Seais por fin castigado.

Llegó vuestra hora postrera,  
Conde Julian.—Basta ya;  
Mi espada me librá  
De tu rencor.—Neicia fuera

Si sola yo aquí os llamara.  
¡No veis que cercado estais,  
Y que salvacion buscais  
En vano? Vos con la vara

Con que medfsteis, medido  
Sereis. Sin piedad tratásteis  
A la mujer que arrastrásteis  
Hasta el crimen, y habeis sido

De tanta perversidad  
Vos el origen; pues bien,  
Sereis tratado tambien  
A vuestra vez, sin piedad.

— Compasion!— Sí, compasion!  
¿La tuvisteis vos de mí?  
¿La víctima yo no fui  
De ese duro corazon?

— Errores de juventud.  
— Errores que haceis pagar  
Siempre á la mujer, hollar  
Haciéndola su virtud....

Pero yo la vengadora  
Seré esta vez de mi agravio,  
Y lo que juró mi labio,  
Voy á ejecutarlo ahora.

Vais á morir.— Confesion!  
— No hay confesion para vos;  
Yo no os perdono, y de Dios  
Tampoco tendreis perdon:

Que aquel que fué el enemigo  
De la virtud, en el mundo,  
En el abismo profundo  
Sufra el eterno castigo.

— Pues bien, si en vuestra venganza  
Sois tan implacable y fiera,  
Aquí está el pecho, que hiera  
Vuestra mano, sin tardanza.

— En sangre tan vil, mi mano  
No se manchará, os lo juro,  
Que reservo á hombre tan duro  
Castigo mas inhumano.

¿Veis ese sepulcro? En él  
Vivo sereis enterrado:  
Allí, sin luz, abrumado  
Por remordimiento cruel,



Con la desesperacion  
Que la idea concebida  
De la esperanza perdida  
Produce en el corazon,

Sufrireis en un momento  
Los dolores que he pasado,  
En diez años que he arrastrado  
De terrible sufrimiento.

—Dios mio, tanta maldad  
En pecho humano se esconde!  
—Es vuestra conciencia, Conde,  
La que os mata sin piedad.....

Eh! venid; que la esperanza  
Que sostiene al desgraciado,  
Le abandone allí enterrado,  
Y se cumpla mi venganza.....

Y en el instante acudieron,  
Como terribles fantasmas,  
Cuatro hombres enmascarados,  
Que en el fondo de la sala

Habian oido el diálogo  
Inmóviles, como estatuas;  
Y echándose sobre el Conde,  
Cual sobre res extraviada

El hambriento leopardo,  
Sujetándole con maña,  
A pesar de los esfuerzos  
Que él les opuso (la rabia

Prestándole grande fuerza)  
Sus piés y manos amarran,  
Le aterran, y le colocan  
En la boca una mordaza;

Y á la señal, que implacable  
Les da la terrible dama,  
Que fria como el destino  
Ejecuta su venganza,

Le arrojan en el sepulcro,  
Donde inmóvil y sin habla  
Mira acercarse á la muerte  
Que lentamente se avanza;

Y en cada monton de tierra  
Que cae dentro, su alma  
Siente con terror profundo  
Que se aleja la esperanza.

Llenóse por fin la tumba,  
Y la mujer irritada,  
Que con semblante sombrío  
Aquella escena mirara,  
Desarrugó el entrecejo,  
Recobró aparente calma,  
Y á su cómplice sumiso  
Le dirigió estas palabras:

“Con sublime abnegacion  
Has servido á mi venganza,  
Tan solo con la esperanza  
De ganar mi corazon....

Pues vencedor has salido  
De tanta prueba, en mis brazos  
Ven á estrechar esos lazos  
Con que el crimen nos ha unido;

Y te juro tanto amor,  
Cuanto odio tuve á esos hombres  
Que aniquilé, y cuyos nombres  
Aun excitan mi rencor.”

Y sobre el mismo sepulcro,  
Donde tal vez respiraba  
Aun la postrera víctima,  
Se unieron aquellas almas,

De las cuales, una al crimen  
Fué por el vicio llevada,  
Y á la otra á aquel la arrastraron  
El despecho y la arrogancia.

Cuenta una crónica antigua,  
Que ya avanzada la edad,  
En una Semana Santa  
Llegó á la gran capital,

Donde reside el Pontífice  
Gefe de la cristiandad,  
Una noble veneciana,  
Que cansada de gozar



Los placeres de este mundo,  
Conoció su vanidad;  
Y postrándose ante aquel,  
Comenzó por confesar

Que era una gran pecadora  
(Lo cual era una verdad)  
Y que habiendo declarado,  
Que en el abismo del mal

Siempre habia estado hundida  
Por muchos años atras,  
Con propósito de enmienda,  
Logró de la caridad

Cristiana, que la absolviese,  
Volviéndole así la paz

A aquel corazon que siempre  
Vivió entre la tempestad

De las pasiones, que arrastran,  
Como violento huracan,  
Y que dejan hondas huellas  
En el alma del mortal.

La misma crónica cuenta  
Que abandonó la ciudad,  
Y se retiró á un convento  
De recoletas, donde hay

Memoria de que dió tantas  
Pruebas de conformidad,  
Haciendo tal penitencia  
Y vida tan ejemplar,

Que fué el asombro de todas  
Las monjas de aquel lugar,  
Por todo lo cual murió  
En olor de santidad.

(1850.)



## NOVENO ANIVESTARIO

DE LA

### BATALLA DE CHURUBUSCO.

Dignum laude virum, Musa vetat mori:  
Cælo Musa beat.

HORAT.

De rodillas ¡oh Pueblo!  
Ante el santo recuerdo de aquel día,  
En que burlando á la traicion impía,  
Unido á tus banderas,  
Al invasor injusto le mostraste,  
Que si eras infeliz, tambien grande eras.  
De rodillas ¡oh Pueblo! el templo es este  
Que á tu sublime Majestad conviene:  
Su bóveda es el cielo,  
Su pavimento el esmaltado suelo,  
Gigantescos volcanes son sus muros,  
Sus espejos los lagos cristalinos,

Su incienso los divinos  
Aromas de las flores,  
Sus antorchas los vivos resplandores  
Del Sol que anima al mundo,  
Su música es el viento,  
Que entre las ramas de los bosques zumba,  
Y su altar una tumba....  
La tumba de los héroes que á tu lado,  
Conquistaron la gloria del soldado.  
Que indómito sucumbe  
De la desgracia á la contraria suerte,  
Y cuyo nombre del olvido triunfa,  
Porque la misma muerte  
Respetas su memoria,  
Que defiende la egide de la gloria.

Vosotros, nacionales esforzados,  
Alzad la frente, y contemplad el cielo.  
¿No veis correrse un velo,  
Y aparecer tras de la azul esfera,  
Circundados de luz indeficiente,  
Los héroes que en la fiera  
Batalla sanguinosa,  
Luchando cual leones perecieron,  
Por defender la santa independencia,



Y que á la Patria dieron  
En sublime holocausto su existencia?

Mirad allí á *Peñuñuri*; su fuerte  
Diestra, la espada de la Patria empuña:  
El os la lega, hermanos,  
Y él os dice; escuchadle: “Mexicanos,  
Si la desgracia á nuestra Patria un día  
Aun prepara nuevas invasiones,  
Porque injustas y pérfidas naciones  
Subyugarla pretendan á porfía,  
Seguid mi ejemplo todos,  
Que si cada uno el imitarlo intenta,  
Un solo esfuerzo habrá que irresistible  
Hará á México grande é invencible.”

“Dadlo á la Patria todo: el egoísmo  
Es el cáncer que os roe las entrañas;  
Dejad padres y hermanos  
Mujer, amigos, hijos;  
Y que en guerras extrañas  
Vuelva la Patria á levantar su frente,  
Ceñida del laurel de la victoria,  
Como allá en otro tiempo en que la gente,  
En alas de la gloria  
Entusiasta volaba,

Y un solo grito de venganza y guerra  
Del Oriente al Ocaso resonaba.....”

.....  
Pero ¡qué viento suave y perfumado  
Refresca mi memoria en este instante,  
Trayéndole un recuerdo lisonjero  
De tierna juventud, dulce y preciado,  
Cual lo es para el amante  
El recuerdo del dulce amor primero?

Es la amistad, la que con blandas alas  
Agita mi memoria,  
Evocando una mágica figura,  
Que cubre el pecho con heroicas galas  
Y ciñe de laurel la frente pura....  
Es *Martínez de Castro*, el noble joven  
De lealtad y de saber modelo,  
El demócrata austero y entusiasta  
Del patriotismo y del honor emblema....  
Nada á su elogio basta,  
Ni el aclamarle, como yo le aclamo,  
El mexicano de virtud suprema....  
¡Oh noble amigo! ante tus claros hechos  
La vista se deslumbra, el labio calla,  
Que en nuestra edad de hielo y egoísmo,

Nada, nada se halla  
Que pueda compararse,  
Con tu virtud sublime y tu heroísmo.....

Compañeros de Castro y de Peñúñuri,  
Vosotros que cual ellos combatisteis,  
Con heroico denuedo, en ese dia;  
Vosotros que sufristeis  
El envidioso encono de un tirano,  
Que con impía mano  
Marchitar quiso vuestras glorias puras,  
¿De la Patria en las hondas amargas  
No sereis el sosten? Los que en un tiempo  
Fueron de sus injustos enemigos,  
Por su constancia y su valor, asombro,  
¿Seréis mudos testigos  
De los inmensos males que la agobian....?

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Rodead su bandera, mexicanos;  
Es la bandera que á los pueblos libres  
Debe servir de guía;  
Si unidos todos la seguis, de hermanos  
Bajo ella acabará la guerra impía;  
Las antiguas facciones  
Abatirán ante ella avergonzadas  
Sus sangrientos pendones,  
Y alzaráse á su sombra,  
Así vencida la Discordia infame,  
El gran partido nacional, que solo  
INDEPENDENCIA y LIBERTAD proclame.

Ante ese monumento que la Patria  
Consagra hoy á sus mártires, juremos



Seguir esa bandera, siempre unidos,  
E invencibles seremos.

Nuestro es el porvenir: Fé, mexicanos;  
Vence el que cree, sucumbe el que vacila;  
Que INDEPENDENCIA Y LIBERTAD, el grito  
Nuestro y de nuestros hijos siempre sea;  
Que ese grito en un solo pensamiento  
Y en una sola accion, siempre nos una;  
Y al invasor que dominarnos crea,  
Con esfuerzo potente,  
Morder haremos nuestro polvo ardiente.



AL GRAN POETA COMICO

**D. JUAN RUIZ DE ALARCON**

**Y MENDOZA.**

Gloria y decoro de la Patria mia,  
Lustre y ornato del teatro ibero,  
Rival felice de Menandro y Plauto,  
Vate divino;

Claro tu ingenio, cuanto noble tu alma,  
A altas regiones levantóse osado,  
Fácil uniendo á candencioso verso  
Grave sentencia.

Ya reprobando los sociales vicios,  
Cómicas sales deleitando esparces,  
Ya sondeando el corazon humano,  
Mueves las almas;

Y ora enterneces al absorto pueblo,  
Si habla tu musa al sentimiento noble,  
Ora le aterras, si terrible pintas  
Crímenes altos.

Tu época injusta despreció tu nombre,  
Que es del ingenio el singular destino;  
Así Cervántes y el divino Homero  
Fueron befadados.

Justa la fama te sublima ahora  
Sobre Moreto y Calderon y Lope;  
Que ellos deleitan, miétras tú á lo bello  
Unes lo útil.

México, España y la fecunda Francia,  
Padre te aclaman del teatro nuevo,  
Que tú engendraste de *Molière* la fácil,  
Cómica Musa.

Vive por eso, y vivirá tu nombre  
Miétras que el habla castellana suene,  
Y respetadas las virtudes sean  
Del Tajo al Indus.

DEPRECAACION

## A LA VIRGEN MARIA,

LEIDA EN FIN DE AÑO, POR UNA DE LAS NIÑAS DE LAS  
ESCUELAS GRATUITAS DE LA CAPITAL (1859).

A tí, estrella del mar, Vírgen María  
Concebida sin mancha de pecado,  
Consuelo de los míseros mortales,  
Delicia de los cielos soberanos;

A tí que en los alcázares eternos  
En trono estás de refulgentes astros,  
Ofuscando la luz del Sol brillante,  
De la Luna eclipsando el débil rayo;

A tí mi acento agradecido ahora,  
De esperanza y de fé llena, levanto;  
Que la niñez que á tu bondad se acoge  
Este dulce deber fiole al labio:



Yo sé que tú constante, siempre velas  
Sobre los tiernos niños, á tí caros,  
Y que ellos en la tierra dulce abrigo,  
Bajo tus blancas alas siempre hallaron:

Yo sé que de la infancia fervorosa,  
Si eleva á tí sus inocentes manos,  
El ruego hasta tus plantas inmortales  
Se alza, como la niebla de los lagos;

Y también sé que á tu divino oído  
Su súplica jamás se elevó en vano,  
Que si piden les das, y los consuelas,  
Si miras tú correr su acerbo llanto.

Por eso hoy, Virgen pura, Madre nuestra,  
Cuando termina su carrera el año,  
Al rendirte sumisas nuestras gracias,  
Por tu constante y amoroso amparo,

Nuestras humildes súplicas de nuevo  
Hasta tu trono celestial alzamos,  
Y vamos á pedirte nuevos dones,  
Que nos darás con bondadosa mano:

Guianos siempre por la estrecha senda  
De la austera virtud, del deber santo;  
Alumbra nuestra ruda inteligencia  
De la verdad con el luciente rayo;

De ardiente caridad en nuestro pecho  
Enciende activo el fuego sacrosanto,  
Y al corazón infúndele amorosa  
De la ternura el saludable bálsamo;

Que á nuestros padres y al que bien nos haga  
Los cubras tú con tu divino manto,  
Que él les sirva de égida protectora  
Contra el furor de su destino infausto:

Que salgan de nosotras otros hombres,  
Cual de la encina los rebustos vástagos,  
Ménos avaros, pérfidos y muelles  
Mas generosos, leales y esforzados:

Que cuando madres, de los tiernos hijos  
El corazón de rectitud veamos  
Siempre lleno, merced á los empeños  
De nuestro afán y maternal cuidado;

Que en ellos nuestra Patria desgraciada  
Vea siempre virtuosos ciudadanos,  
Que en guerra la defiendan, y coronen  
Sus sienes en la paz con el trabajo;

Que haga caer la fratricida espada  
Que en sangre inunda los incultos campos,  
Que calmes el furor de las pasiones  
Con que luchan hermanos contra hermanos,

Y que á la Patria que crüel destroza  
De la guerra civil la impfa mano,  
La tornes á la paz y á la abundancia,  
Volviéndole el reposo deseado.

Estos los votos son que dirigimos,  
Con tierna fé y enardecido labio,  
A tí, Madre de Aquel que se hizo hombre  
Para enseñar á amarse á los humanos:

Acógelos benigna, y cuando vuelva  
Este Sol de Diciembre á iluminarnos,  
Que de la paz el beneficio inmenso,  
Alegres y risueños disfrutando,

Volvamos todos á tus santas aras,  
Cual se dirige al templo el pobre náufrago,  
Y agradecidos proclamemos todos,  
Como íris de la paz, tu nombre santo.





**SONETOS.**

I.

**CREACION DEL HOMBRE.**

Brillaban ya los grandes luminares;  
Los astros en sus órbitas giraban;  
Las aguas contenidas murmuraban  
En el profundo seno de los mares;  
Las aves y las flores, á millares  
En los aires y valles se ostentaban,  
Y al cielo agradecidas elevaban  
Su aroma éstas, aquellas sus cantares.  
Contento Dios de su creacion se muestra,  
Y dijo: "al hombre hagamos" y cumplida  
Su obra miró con este acto postrero;  
Y en el hombre creó su obra maestra;  
Infundióle el espíritu de vida,  
Y le hizo el rey del Universo entero.

II.

**EL DILUVIO.**

Los cielos nebulosos y sombríos  
Abren sus cataratas noche y día;  
Y á la señal del que la lluvia envía,  
Desbórdanse los mares y los ríos;  
Cubren las aguas montes y bajíos,  
Sepultando bajo ellas, cuanto cria  
La tierra en su extension, y en su agonía  
De pavor se estremecen los impíos.  
De este naufragio universal del mundo  
Se salva solo una Arca solitaria,  
Que en ese oceano, sin timon navega:  
De las pasiones en el mar profundo  
Así, á pesar de la fortuna varia,  
Ilesa la virtud al puerto llega.

III.

JOSE Y LA MUJER DE PUTIFAR.

Brillante la pupila y ardorosa,  
Abierto el labio que el deseo agita,  
Desnudo el blando pecho que palpita  
Al fuerte impulso de pasión fogosa,  
De Putifar la sensual esposa  
De José el casto, apuesto israelita  
El impuro deseo en vano irrita,  
Que se salva él en fuga presurosa:  
Contenerlo ella intenta, y de la capa  
Violenta le ase; mas la capa deja  
El en su mano, y de su empeño escapa:  
El de manchar su castidad se aleja,  
Y ella en la hiel de su rencor se empapa,  
Que muere amor, cuando el desprecio aqueja.

IV.

MUERTE DE MOISES.

A la cumbre del Nebo enaltecida,  
Del campo de Moab, Moises asciende;  
Atónito de allí, la vista tiende  
Y descubre la tierra prometida;  
Mira la tierra de Galaad florida,  
Que desde el mar Bermejo á Dan se extiende,  
La ciudad de las palmas le sorprende,  
Y le encanta Judá la bendecida.

Mas una voz de lo alto oye que dice:  
"No estamparás tu planta en ese suelo,  
Que tu ojo, absorto en su belleza, admira."  
De El Que Es la santa voluntad bendice,  
Torna la vista conturbada al cielo,  
Vuelve á ver á Canan, gime y expira.



V.

**DAVID Y GOLIAT.**

---

En la fuerza del cuerpo giganteo  
Y en su vana soberbia confiado,  
Aguarda á su adversario delicado,  
Goliat, el campeon del Filisteo;  
Llega David, el animoso Hebreo,  
Jóven pastor, con la honda y el cayado,  
Puesta su confianza en el agrado  
De El que libró á Israel del Amorrheo:  
Acomete Goliat, y diligente,  
Dura piedra David, con la honda arroja;  
Y al comenzar el desigual combate,  
De muerte herido aquel en la ancha frente,  
Cae y expira, con mortal congoja;  
Que así al orgullo la modestia abate.

VI.

**DAVID Y ABIGAIL.**

---

Nabal, el que apacienta en el Carmelo  
Miles de ovejas, y cosecha trigo,  
Uvas, higos y miel, como á enemigo  
Negó á David los dones de su suelo:  
David en alas de irritado anhelo  
Vuela á imponer á su ofensor castigo;  
Mas dejando Abigail su techo amigo  
Viene á su encuentro, con prudente celo;  
Ricos presentes á su vista pone,  
Y humilde se prosterna y pide y ruega  
De Isaf al hijo que á Nabal perdone:  
Su prudencia admirando, á ella se llega  
David; al verla su furor depone,  
Y á su hermosura y gracias nada niega.

VII.

DESTRUCCION DE NÍNIVE.

---

El que los días de los pueblos cuenta  
Y marchita su gozo y su esperanza,  
Y su ira, al anunciar, y su venganza,  
Marcha entre el torbellino y la tormenta,  
Contó los tuyos, Nínive sedienta  
De sangre y oro; y sobre tí se lanza  
Pueblo feroz de bárbara pujanza,  
Cual sobre inerme res, pantera hambrienta.

De nada te valdrán muros y fosos:  
En cerco estrecho y duro te rodean  
Tus ávidos contrarios belicosos;

Ya tus muros y torres bambolean;  
Bajo ellos te sepultas; y gozosos,  
Al caer tú, los pueblos palmorean.

VIII.

NACIMIENTO DE JESUS.

---

Quando el que se llamó mundo romano  
Vencido, alzó de Roma los pendones,  
Y á sus hogares vueltas las legiones  
Pudo el templo, La PAZ, cerrar de Jano,  
De la Judea allá en lugar lejano,  
Del cielo entre las vivas emociones,  
Nació un Niño, anunciando á las naciones  
La LIBERTAD para el linaje humano.

Vencidos por su ejemplo y su doctrina  
Caerán dioses y Césares del solio;  
Y abismarase su poder nefario,

Bajo la ley de la razon divina,  
Quando sobre el vencido Capitolio,  
Se levante la enseña del Calvario.



IX.

LOS MERCADERES ARROJADOS DEL TEMPLO.

Quando entre aplausos de voluble gente  
Llegó Jesus á la ciudad deicida,  
Ve con horror que en el santuario anida  
Turba de mercaderes impudente;

Y ve que allí la astucia de ojo ardiente,  
Y el engaño y el fraude de torcida  
Y repugnante faz y la atrevida  
Avaricia voraz, alzan su frente:

Jesus airado el látigo levanta,  
Y arroja al mercader desvergonzado,  
Que huye cual ave, á la que el rayo espanta:

“Salid, les dice, del lugar sagrado;  
“Esta es de la oracion la casa santa,  
“Que en cueva de ladrones se ha tornado.”

X.

LA MUJER ADÚLTERA.

De hipócritas malvados, turba osada  
Al templo llega, dō Jesus se sienta  
A predicar al pueblo; y le presenta  
Una mujer en adulterio hallada.

“Por la ley de Moises, apedreada  
“Ser debe aquella que al esposo afrenta:  
“Dños, Maestro, si la ley sangrienta  
“Debe en ser conciencia ejecutada.”

Jesus sobre la tierra, indiferente  
Escribe; mas de nuevo preguntado,  
Su alta virtud, á la que nada arredra,

Habló por fin, diciéndole á la gente:  
“El que se encuentre libre de pecado,  
“Sobre ella arroje la primera piedra.”

XI.

ECCE FILIUS TUUS.

---

Junto á la Cruz la Madre arrodillada,  
 Transido el pecho de dolor prolijo,  
 Del Redentor en el madero fijo  
 Busca anhelante la última mirada:

Vióla Jesus del mundo abandonada,  
 E indicando al discípulo, la dijo  
 Con firme voz: "Mujer, mira á tu Hijo,"  
 Y al cielo alzó la vista ya turbada:

La infeliz Madre al escucharle siente  
 De su inmenso abandono el desconsuelo;  
 Se abre su corazón, suda su frente;

Ya en la tierra para ella no hay consuelo,  
 Y de sus ojos, por el rostro ardiente,  
 Baja una muda lágrima hasta el suelo.

XII.

LA SANGRE DEL COSTADO.—LA LIBERTAD.

---

Cuando en la cruz el Redentor clavado  
 Cerró sus ojos á la luz del día;  
 Cuando selló su labio que decia:

"Perdónales, que ignoran su pecado,"

La ruda mano de feroz soldado  
 Abrió su pecho con lanzada impía,  
 Y la caliente sangre se veia

A raudales brotar de su costado.

La tierra se empapó; sus viejos lazos  
 De esclavitud y fanatismo inundo  
 Cayeron reducidos á pedazos;

Se estremeció su seno en lo profundo,  
 Y al cielo entusiasmada alzó los brazos,  
 Viendo nacer la LIBERTAD del mundo.



XIII.

VERE FILIUS DEI ERAT.

---

Es del terror el Universo presa:  
Estréllanse las rocas del Calvario,  
Y envueltos en su fúnebre sudario  
Los muertos se levantan de la huesa:  
La maldición sobre el Escriba pesa,  
Al ver romperse el velo del Santuario,  
Y anedrentado el rudo legionario,  
Que "era el Hijo de Dios" al fin confiesa.  
"Era el Hijo de Dios" la turba clama;  
Y repiten los montes este grito,  
Y el mar lejano que irritado brama:  
¡Ay de Jerusalen! por su delito:  
Abrasarala vengadora llama,  
Su ingrato pueblo vagará proscrito.

XIV.

FE.—LOS MARTIRES.

---

Ansiosa plebe el ancho circo llena;  
El César aparece; los Ediles  
Dan del combate la señal, y á miles  
Se arroja á los Cristianos á la arena:  
El tigre fiero, la salvaje hiena,  
De los Romanos entre aplausos viles,  
Destrozan sin piedad, los juveniles  
Miembros del Mártir que el furor condena.  
Los mancebos y vírgenes en tanto,  
Con ánimo esforzado y dulce calma,  
La vista alzando del mezquino suelo,  
Morir esperan con empeño santo;  
Que tanta fortaleza le da al alma,  
La Fé que eleva el corazon al cielo.

XV.

ESPERANZA.—LA POLONIA.

Un pueblo cuanto noble, desgraciado,  
Ludibrio de la Europa fementida,  
Llora su dulce libertad perdida  
Por bárbaros tiranos subyugado:

Ha la ambición sus miembros destrozado;  
Mas no ha alcanzado al alma enardecida;  
Que allí guardan el fuego de la vida  
Los heróicos recuerdos del pasado.

Mas, á pesar de Césares y Czares,  
Esa Nacion quebrantará su yugo,  
Y el Sol saludará de la venganza;

Que en medio de su llanto y sus pesares,  
Bajo la dura mano del verdugo,  
Su valor alimenta la Esperanza.

XVI.

CARIDAD.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.

Angel de Caridad, con ala ardiente  
Cruzaste fervoroso el Oceano,  
Llevando al opulento soberano  
De Castilla, las quejas de Occidente:  
Tu boca de oro prorumpió elocuente  
Contra el feroz y codicioso hispano,  
Y levantaste con piadosa mano  
De un pueblo esclavo la abatida frente.  
Modelo tú de caridad cristiana,  
Proclamastes osado y animoso,  
Siguiendo del Maestro el alto ejemplo,  
La universal fraternidad humana;  
Por eso en cada pecho generoso,  
Tu virtud tiene consagrado un templo.



XVII.

EL LAUREL DE LA VICTORIA.

---

La Palestina á los guerreros llama  
Que el vicio debilita en Occidente:  
VeloZ acude el Paladín valiente  
A hacerse digno de su noble dama:  
Quiere volver en alas de la fama,  
O quedar sepultado en el Oriente:  
Salva las tierras y la mar hirviente,  
Llevado del deseo que le inflama,  
Y salta en tierra; apréstase al combate;  
Lánzase en él, cual rápida saeta  
A las voces de "Dios, Amor y Gloria;"  
Lidia sin tregua; al Musulman abate,  
Y logra en las llanuras de Damietta  
Arrancar el laurel de la victoria.

XVIII.

LOS TRES DIAS DE COLON.

---

Sobre la nave alegres banderolas  
No hace ya flamear propicio viento:  
Solo Colon, con esforzado aliento  
Lucha del mar contra las crespas olas;  
Y cuando un mundo nuevo allá á sus solas  
Mira alzarse del líquido elemento,  
La turba ve que con terrible acento,  
Volver pide á las playas españolas.  
"Tres dias esperad" Colon profiere,  
Y la turba feroz el labio cierra:  
Pasa el primero, y duda la inconstancia;  
Pasa el segundo, y la esperanza muere;  
Va á pasar el tercero—"Tierra, tierra"  
Venció el ingenio al tiempo y la ignorancia.

XIX.

A CORTES.

Hijo mimado tú de la victoria  
De Alejandro el ardor sobrepujaste,  
Y grande, como César, nos legaste  
En tus cartas, tu espléndida memoria:  
Osado, cual ninguno, de la Gloria  
La trompa te proclama, que dejaste  
En las naves que impávido quemaste,  
Un hecho heróico y único en la historia.  
Nada igualar á tu valer podria,  
Si tanto como bravo, generoso,  
No hubieras desmentido tu hidalguía;  
Mas de Guatimotzin el sanguinoso  
Espectro se levanta, y noche, y dia  
Te acusa de villano y codicioso.

XX.

A SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Cual modesta violeta que escondida  
Su aroma esparce delicado y puro,  
Así del claustro en el retiro oscuro  
Brilló á su ingenio, su virtud unida:  
De su alma, allí por el saber nutrida,  
El suavísimo olor traspasó el muro,  
Y vino á perfumar el mundo impuro,  
Dando su Musa al arte nueva vida:  
Superior á su siglo y á su estado,  
Fué de su ingenio la grandeza tanta,  
Que con constante afan y empeño osado  
De eterno bronce á su saber levanta  
Grandioso monumento que ha durado,  
Que al Sabio asombra y al Poeta encanta.



XXI.

A WASHINGTON.

Cuando el mundo de errores fatigado  
Busque de la verdad la antorcha pura,  
Y pida á la razon, de su locura  
El remedio, que tanto ha despreciado,  
El poder de la fuerza sublimado  
Será visto por todos con pavora,  
Y descender veranse de su altura  
Los que de grandes fama han alcanzado:  
El nombre solo, ensalzará la historia,  
Del varon recto que á los pueblos guia,  
Del deber por la senda, á alto destino....  
¡Oh Washington magnánimo! tu gloria  
Mas pura entónces brillará que el dia  
Alumbrando á los pueblos su camino.

XXII.

A NAPOLEON.

La tempestad engendra al rayo ardiente;  
Así te engendrō á tí, fuerte y terrible  
La Gran Revolucion, que irresistible  
Aun agita nuestra edad presente:  
Encarnacion de la idea potente  
Que brillará con llama inextinguible,  
La imagen fuiste tú grande y sensible  
Del Pueblo Rey, al coronar tu frente.  
La vieja Sociedad intentō en vano  
Con el cetro y la púrpura cegarte;  
Bajo el cetro y la púrpura tu mano  
Alzó de ochenta y nueve el estandarte,  
Y al desplegarlo en tierra y oceano,  
Cubrístelos con él de parte á parte.

XXIII.

A HIDALGO.

—  
Postrado ante el altar del santuario  
La queja de tu pueblo hirió tu oído,  
Tu corazón sentiste conmovido,  
Y cayó de tu mano el incensario:  
Empuñaste la espada temerario  
Contra el poder del español temido,  
Y en tu heroico emprender fuiste seguido  
Por el vejado y rudo proletario.

De Independencia á tu robusto grito  
El dormido Leon, despierta airado,  
Y en tí el primero con furor se ensaña;  
Pero tu sangre fecundó el bendito  
Arbol de INDEPENDENCIA, donde atado  
Por siempre quedará el Leon de España.

XXIV.

A MORELOS.

—  
Como al morir el Sol, de pronto brilla  
Júpiter rutilante allá en los cielos,  
De la tumba de Hidalgo, así Morelos  
Se alzó, siendo del mundo maravilla;  
Empuñando animoso la cuchilla  
Que dejaron ociosa sus abuelos,  
Venciendo de la envidia los recelos  
De la Patria las huestes acaudilla:

Oajaca y Acapulco le miraron  
Osado quebrantar su férreos grillos;  
Sus enemigos á su voz temblaron,  
Y cayeron ciudades y castillos,  
Y ellos mismos absortos le aclamaron  
En Amilpas, caudillo entre caudillos,



XXV.

A LOS DEFENSORES DE VERACRUZ (1847).

Oh! de constancia y de valor modelo,  
Vástagos nobles de la raza fuerte,  
Que allá en Dolores arrostró la muerte  
Por levantar de INDEPENDENCIA el vuelo,  
No empapó en valde nuestra sangre el suelo,  
Que ya pasado el sentimiento inerte,  
El dolor mudo en ira se convierte,  
Que "Venganza" sin tregua clama al cielo:

Se levantan los jóvenes y ancianos,  
Y las Madres, Esposas y Doncellas  
Del hierro vengador arman sus manos;

Y vengados seréis, que las estrellas  
Del Norte, ofuscarán vuestros hermanos,  
Antes que su ignominia alumbren ellas.

XXVI.

LA GUERRA CIVIL.

Corre, como frenética bacante,  
De la ciudad al campo y á la aldea,  
Dura agitando su funesta tea  
La Discordia de lívido semblante:  
Derrúmbase el palacio; chispeante  
La llama cunde; la cabaña humea,  
Y de las manos cálida gotea  
La sangre del hermano agonizante:  
Corre la vírgen tímida á los gritos  
De la violencia que su honor mancilla....  
Nada ¡oh mi Patria! á su furor se escapa:  
Así pagan tus hijos sus delitos;  
La sangre heroica que corrió en Padilla,  
Y la traicion horrenda de Cuilapa.

XXVII.

A LA PATRIA.

Destrozada por bárbaras facciones  
Que prodigan tu sangre y tu riqueza;  
Perdida tu energía y tu entereza  
En largas y funestas convulsiones;  
Insultada por todas las naciones  
Que olvidan su barbarie y su vileza,  
No por eso has perdido tu grandeza,  
Tierra de generosos corazones:

Si hay quien uncirte á nuevo yugo intenta,  
O al yugo antiguo que rompiste osada,  
Hay un partido nacional que alienta  
La esperanza dulcísima y sagrada  
De verte, al fin de lucha tan sangrienta,  
Libre, grande, feliz y respetada.

XXVIII.

LIBERTAD Y JUSTICIA.

Yo miré entrar en mi prision oscura  
Dos Matronas de célica belleza;  
Rompió una mi prision con entereza,  
Tendióme otra la mano con dulzura;  
—Al alma, djome ésta, en su amargura  
Yo le doy energía y fortaleza.  
—Yo, dijo aquella, aliento la fiereza  
Del que rencor, al despotismo, jura.  
—Levántate y sé libre, como el viento:  
—Levántate y sé justo, ellas clamaron;  
—Esclavo es el que sirve á la injusticia.  
—Oílas con profundo acatamiento;  
Preguntéles su nombre, y contestaron:  
—Yo soy la Libertad.—Yo la Justicia.



XXIX.

A MICHUACAN.

El cielo te colmó de ricos dones  
¡Oh tierra donde ví la luz primera!  
Ocultando en tu inmensa cordillera  
El oro que codician las naciones;

Reunió en tí de todas las regiones  
Las flores en perpetua primavera,  
Y te hizo de la Patria la lumbrera  
Haciendo en tí brillar claros varones:

Madre adoptiva de Quiroga ilustre,  
Cuna del dulce Navarrete, nido  
De águilas que se elevan á los cielos,

Tú vivirás miétras que dure el lustre  
Que le presta á tu nombre el haber sido  
La cuna de Iturbide y de Morelos.

XXX.

A LA ITALIA

AL COMENZAR LA GUERRA DE 1859.

Italia! Italia! ¡oh Madre soberana  
De Bruto, de Escipion y de Trajano!  
Tu hermosa frente que abrumó un tirano,  
Que ya tiembla al mirarte, álzala ufana:

La heróica Francia, como noble hermana  
Te tendió ya su poderosa mano;  
Ya el austriaco poder se empeña en vano  
En mantenerte en su opresion insana.

De César y Pompeyo se levantan,  
A tu voz imperiosa, las legiones  
Que con su estruendo á tu opresor espantan;

Asombradas te miran las naciones,  
Y libre te proclaman, que ya asoma  
¡Oh Italia! el astro de la antigua Roma.

XXXI.

**A LA ITALIA**

**AL COMENZAR LA INSURRECCION DE SICILIA.**

Cuando, como los rios tributarios  
Que mezclan su agua en solo una corriente,  
Un gran rio formando que imponente  
Fertiliza los campos solitarios,

De tu comarca los Estados varios  
Busquen su fuerza en la unidad potente,  
Se alzará una Nacion independiente  
Que infundir  temor   sus contrarios;

Y empu ar s la vencedora espada  
Que abati  al Galo, al Trace y al Numida;  
Y con la Francia generosa aliada,

T  darás   la tierra conmovida,  
No como Roma esclavitud odiada,  
Sino la dulce Libertad querida.

XXXII.

**VANITAS VANITATUM.**

—  Qué buscas en la vida transitoria?  
D jole al corazon la altiva mente.  
—Busco de la verdad la luz fulgente  
En la ciencia, en el hombre,   en la historia.

—Cuando en combates vas tras la victoria,  
O hablas en los Consejos elocuente,  
Mendingando el aplauso de la gente,  
  Qué buscas, corazon?— Busco la gloria.

—Ah! pobre corazon! para tu daño,  
Tras ilusiones que crees verdades  
Corres;  no ves que es todo error y engaño?

  Qué son ídolos vanos tus deidades?  
Ya   la luz mirar s del desengaño  
*Que todo es vanidad de vanidades.*



XXXIII.

AL POETA D. MANUEL CARPIO.

---

En alas de tu ardiente fantasía,  
Traspusiste los mares de Occidente,  
Y en las remotas playas del Oriente  
Tu ingenio suspendió su vuelo un día:

Allí de la *fatal* nación judía,  
De David con el arpa reluciente,  
Cantaste, ora la gloria indeficiente,  
Ya el duro cautiverio y pena impía:

Osado luego al Gólgota subiste,  
Del Hombre Dios contando los tormentos  
Y los martirios de la Madre triste;

De allí te arrebataron raudos vientos,  
Y de pronto en el cielo apareciste  
De Klopstock y Nahum en los asientos.

XXXIV.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA SOFIA HEAVEN.

---

Dió á tu mejilla su color la rosa,  
La azucena á tu frente su blancura,  
Y la flor del granado su frescura  
Al dulce labio donde amor reposa:

Tu cuello de cisne es, de laboriosa  
Util abeja tu gentil cintura,  
Y es mas grata tu voz, mas dulce y pura  
Que la voz del zenzontli armoniosa;

Mas nada iguala de tus ojos bellos  
Al mirar seductor, la vehemencia  
Ya expresen de tu afecto, ya la calma

Revelen de tu dicha, ó los destellos  
Despidan de tu clara inteligencia,  
Que los ojos, espejo son del alma.

LA DAHLIA,  
LA VIOLETA Y LA MUJER.

A LA SEÑORITA ANA HEAVEN.

Osténtase orgullosa en los jardines  
La dahlia de magníficos colores,  
La vista deslumbrando con su brillo  
Y su graciosa forma:

Fácil el hombre al entusiasmo ardiente  
Juzga verdad, lo que apariencia es solo,  
Y al verla tan hermosa, la proclama  
La Reina de las flores.

Con mano osada arranca de su tallo  
A la orgullosa flor, buscando en ella  
Su aroma, que es el alma de las flores,  
Y la encuentra inodora:

Su error el juicio advierte á los sentidos;  
Sigue el desprecio al desengaño amargo,  
Y el que juzgola, en su entusiasmo, Reina,  
La deja, ó la destroza....

Besando el pié de la orgullosa dahlia,  
Se oculta entre sus hojas verdinegras  
Modesta la violeta, como vírgen  
De pudorosa frente:

No es vivo su color, ni hay en su forma  
La pompa y gracia que la vista atraen;  
No fascina su brillo, y el que pasa  
Junto á ella, la desprecia;

Mas percíbese luego dulce aroma  
Que deleita el olfato blandamente,  
Y busca, quien le goza, con empeño,  
La flor de donde emana:

Se llega á la violeta, y se respira  
Con embriaguez su delicada esencia,  
Se arranca de su tallo con ternura,  
Se lleva como en triunfo,



Y se coloca en el retrete amado,  
En vaso de oro, ó de cristal luciente,  
Y se goza al mirarla, y sufre el alma  
Si la flor se marchita.

Así es de la mujer: si la hermosura  
No va unida á la gracia y al talento,  
Codiciada será como la dahlia;  
Mas su fin será el suyo.

No así cuando el talento y las virtudes  
Formen su bello y perdurable lauro;  
Cual la violeta entónces será amada,  
Y como ella sentida.



## A HORACIO.

Exegi monumentum ære perennius  
.....  
Non omnis moriar; multa que pars mei  
Vitabit Libitinam.

HORAT.

Tú de los líricos de Roma clásica  
Augusto príncipe, tú que en tus cánticos  
Con frente impávida, tocaste rápido  
Los astros fúlgidos, Horacio, inspírame,  
Y al pecho infúndele el estro fêrvido,  
Con que del ínclito, Mecénas, próvido,  
Con plectro armónico, moviste el ánimo;  
Benigno préstame los sonos mágicos  
Del verso eólio, con que dulcísimo,  
De Pirra pérfida, de Lice fiívola,  
De Lidia lúbrica, de tierna Eflida,  
Tindáris cándida y Cloe tímida  
Cantaste en sáficos las gracias célicas;

O dame el ímpetu, con que elevándote,  
Cual audaz águila, pulsas la olímpica  
Lira de Píndaro, y á Roma atónita  
La ira de Júpiter dices enérgico;  
Y osado alzándome con vuelo rápido,  
Tus glorias ínclitas diré á los pósteros,  
Cuando en las márgenes del ruidoso Aúfide,  
O en los de Tívoli, arroyos límpidos,  
Bajo las bóvedas de encina y plátanos,  
La sien ornábaste de acantos húmedos,  
De yedra y pámpanos; y en grato círculo  
De amigos íntimos, ó ya con tímidas  
Mujeres cándidas, abriendo el ánfora  
Del viejo Cécubo, con lira ebúrnea  
Cantabas, trémulo de dicha y júbilo,  
Los goces puros de medianía áurea,  
Y ya enseñábasles la dicha práctica  
Que ahuyenta el tedio de vida efímera,  
O á amar moviéndolas, tu ardor poético  
De amor pintábales los dulces éxtasis,  
Loando á Júpiter, ó al Dios del Piélago,  
O á Diana púdica, ó á Marte impávido,  
O á Apolo délfico, ó á Venus lúbrica,  
O ya á Melpómene, á quien debístele

Los dones óptimos que te hacen célebre.  
¡Oh gran filósofo, vate clarísimo!  
Tus versos fáciles, tus dulces máximas,  
A ardientes jóvenes y á viejos trémulos,  
Han inspirádoles amor purísimo  
Al arte mágico que mueve el ánimo,  
Gustar haciéndole delicias plácidas;  
Que halla en tus cánticos y finas sátiras  
El joven frívolo consejos útiles,  
Y en tus epístolas el viejo ríjido  
El dulce bálsamo de vida mísera. . . .  
Cual tú anunciástelo, con voz profética,  
No has muerto ¡oh vástago de stirpe olímpica;  
Vive tu mágico nombre en tus páginas,  
Que han respetádoles las llúvias ávidas,  
Del cierzo el ímpetu y el tiempo rápido;  
Y tu gloria ínclita brilla magnífica,  
Aunque no asciende ya con el Pontífice  
Al Capitólio la Vestal púdica:  
No solo viste tú las sirtes géticas,  
O las del Bósforo mugientes márgenes;  
No solo apréndense, allá en la indómita  
Cólcos, tus cánticos, ó en las del Aúfide,  
Ebro y Borístenes, Danubio y Ródano,



Tíber y Támesis riberas húmedas;  
Tu fama póstuma no solo exáltase,  
Allá en los áridos campos do Dáuno,  
De pueblos rústicos domó los ánimos,  
Que allá en las épocas en que el ibérico  
Ardor lanzábase, pasando el trópico,  
En pos de auríferas regiones mágicas,  
Los mares fervidos cruzaste rápido,  
Y acá en los plácidos valles y vírgenes  
Bosques de América, sonó tu cítara;  
Y aquí en las márgenes de los bellísimos  
Lagos de México y en los del Niágara,  
Plata y Orínoco, su eco repítese;  
Y el mundo atónito te aplaude unánime,  
Que de los líricos serás tú el príncipe,  
Mientras las Pléyadas y Orion vivísimo  
Lancen magníficos, de la azul bóveda,  
Sus luces fúlgidas, y el Sol flamígero  
Fecunde pródigo los valles fértiles,  
De Asia y América, de Europa y África.

## A GARIBALDI.

Quin hortante Deo magnis insistere rebus  
Incipe; non fidem tibi sint aliisque triumphí.  
TIBULL.— PANEGYRICUS AD MESSALAM.

Sopla benigno, y á seguro puerto  
Conduce ¡oh viento! la dichosa nave  
Que lleva la esperanza de la Italia,  
Por entre el hondo piélago;

Que Bóreas fiero encadenado gima  
Entre las rocas de los Alpes frios,  
Y el Noto ardiente y tormentoso duerma  
En las líbicas playas,

En tanto que ella la ribera gana  
De la Trinacria, como el Etna ardiente,  
Y evita los escollos peligrosos  
De Scila y de Caríbdis.

Tal vez del Mundo el porvenir se encierra  
En esa nave, que gobierna osado  
El que domó en Varesa, y Bresa(\*) y Como  
La tudesca pujanza.

Espantados, al verla, los tiranos  
Sienten crugir sus vacilantes tronos,  
Y al mirarla los pueblos, palmotean  
Embriagados de júbilo....

Mas ay! que desde léjos la descubren,  
Cual milanos rapaces, los ilotas  
Que embruteció el Borbon entre sus hierros,  
Y la siguen de cerca;

Y á darle caza y á aborlarla corren,  
Para cortar las alas poderosas  
Del GRAN LIBERTADOR, que las Naciones  
Atónitas contemplan.

Presto, virad, virad que la ribera  
Salvadora está cerca, y Dios proteje  
La causa de los pueblos oprimidos  
Contra feroces déspotas:

(\*) Brescia

De la nave pasad á la lijera  
Lancha; que acude el enemigo rápido....  
Todos saltan á tierra... ¡oh Dios! la Italia  
Quebrantará su yugo.

Él, Garibaldi, con serena frente  
Fija el postrero en la movible arena  
La firme planta; y al tocar el suelo,  
Que hará feliz y libre,

Despliega al aire el pabellon sagrado  
Que INDEPENDENCIA Y LIBERTAD anuncia,  
Y se agrupan bajo él el alto prócer,  
Y el humilde pechero:

Deja el arado el labrador; la rueca  
La tímida aldeana; sus placeres  
El muelle cortesano, y sus tesoros  
La opulenta matrona:

En plomo y hierro se convierte el oro;  
Brilla la espada, el arcabuz humea,  
Crujen los carros, el cañon retumba,  
Y ríndese Palermo;



Y el Mundo aplaude, y Garibaldi se alza  
Mas grande que los héroes de Plutarco;  
Y al mirarle, espantadas se estremecen,  
Viena, Roma y Parténope.



## LAS ESTACIONES.

A MI ESPOSA TERESA MARQUEZ.

El invierno entretiene  
La opinion del verano,  
Y un tiempo sirve al otro de templanza;  
El bien de la esperanza  
Solo quedóle al suelo,  
Cuando todos huyeron para el cielo.

LUPERCIO L. DE ARGENSOLA.—CANCION.

### LA PRIMAVERA.

Cercana al horizonte  
La brilladora estrella matutina  
Va á trasponer el monte,  
La alondra dulce trina,  
Y revuela la inquieta golondrina.

Deja, Teresa, el lecho,  
Y ven á saludar la ave viajera,  
Que en amigable techo  
Su nido, placentera  
Busca al volver la dulce primavera.

Y el Mundo aplaude, y Garibaldi se alza  
Mas grande que los héroes de Plutarco;  
Y al mirarle, espantadas se estremecen,  
Viena, Roma y Parténope.



## LAS ESTACIONES.

A MI ESPOSA TERESA MARQUEZ.

El invierno entretiene  
La opinion del verano,  
Y un tiempo sirve al otro de templanza;  
El bien de la esperanza  
Solo quedóle al suelo,  
Cuando todos huyeron para el cielo.

LUPERCIO L. DE ARGENSOLA.—CANCION.

### LA PRIMAVERA.

Cercana al horizonte  
La brilladora estrella matutina  
Va á trasponer el monte,  
La alondra dulce trina,  
Y revuela la inquieta golondrina.

Deja, Teresa, el lecho,  
Y ven á saludar la ave viajera,  
Que en amigable techo  
Su nido, placentera  
Busca al volver la dulce primavera.



Ya rie el alba pura  
Derramando la luz y la alegría,  
Y un himno á su hermosura,  
Con júbilo le envia  
La tierra, al despertar, al nuevo dia.

Bajemos á los prados  
Que ya coronan las silvestres rosas:  
Sus aires perfumados,  
Sus fuentes sonoras  
Convidan á gustar horas sabrosas.

Ven, ven, mi dulce amiga,  
Mi tierna compañera, en cuyo seno  
Mi amor puro se abriga;  
Que tu mirar sereno  
Aumente el esplendor del campo ameno:

Ven, y allí serémos  
De nuestro amor llevados por la mano,  
Y allí saludarémos,  
Alzando el rostro ufano,  
La primera sonrisa del verano.

De tiempos mas dichosos  
Recordarémos la sabrosa historia:  
Los cielos bondadosos  
Nos dieron la memoria  
Para alargar la dicha transitoria....

Así la primavera  
Pasó de nuestro amor, esposa mia;  
Tan dulce y lisongera,  
Cual, en la selva umbría,  
Del céfiro, que gime, la armonía.

El ánimo tranquilo  
Y el corazón henchido de ventura,  
Del bosque en el asilo  
Bebí, de tu ternura,  
En la abundosa fuente fresca y pura:

Los dias y las horas  
Entre goces sin fin se deslizaban,  
Y no las destructoras,  
Negras penas, turbaban  
Nuestra dicha que todos envidiaban....

Que este recuerdo tierno,  
Que nueva vida en el Abril recibe,  
Sea, bien mio, eterno;  
Y que él la llama avive  
Del casto amor que en nuestro pecho vive.

**EL ESTIO.**

El alto Sol de Mayo,  
Desde su excelso trono reluciente,  
De su mirada el rayo  
Lanza, y en fuego ardiente  
Del mundo abrasa la abatida frente:

Al suelo desmayadas,  
Doblan su tallo, las gallardas flores;  
Las aves fatigadas  
Olvidan sus amores,  
Y no entonan sus cantos seductores:

Solo de cuando en cuando  
A la tórtola se oye lastimera  
Su queja al aire dando,  
Y la ardilla lijera  
Solo se ve cruzar por la ladera.

El Labrador que ansioso  
El dulce lecho abandonó sereno,  
Respira ya afanoso  
Y de cansancio lleno,  
Al abrir de la tierra el fértil seno:

Al ardor de la siesta  
Natura desfallece, y calla el rio,  
Y duerme la floresta,  
Y duerme el bosque umbrío,  
Envuelto entre las nieblas del Estío. . . .

Así, mi tierna esposa,  
Cuando en la copa de oro apetecida  
El deleite rebosa,  
Cuando en no interrumpida  
Felicidad, deslízase la vida,

Llega el cansancio al alma, <sup>®</sup>  
Que siente del placer el dejo amargo,  
Y en aparente calma,  
De su fastidio al cargo,  
Del tedio se hunde en el mortal letargo:



Así, del sentimiento,  
Cuando la rica vena libre fluye,  
Llega el fatal momento  
En que se agota y huye  
Del corazón, cuyo vigor destruye....

Seamos siempre avaros  
De ese rico tesoro, esposa mía;  
Que siempre al alma caros  
Sean la noche, el día,  
Porque ellos nos anuncien la alegría;

Que nunca indiferente  
Sea para mis ojos tu mirada;  
Que siempre yo tu frente  
Serena y despejada,  
Por el amor la mire coronada....

Pero una leve nube  
Sobre los altos montes aparece:  
Del viento al soplo sube,  
Y se remonta, y crece,  
Y el horizonte cubre y ennegrece:

Del Sol la lumbre vela,  
Y de su seno, el aquilon furioso  
Se lanza, y raudo vuela;  
Y túrbase el reposo  
En que yacía el bosque silencioso:

De súbito el trueno,  
Solemne precursor de la tormenta,  
Estalla; el hombre lleno  
De gozo, el pecho alienta,  
Que esa terrible voz no le amedrenta....

Mira la triscadora  
Cabra, la mansa oveja, el toro enhiesto,  
La liebre corredora,  
El petro ágil, dispuesto,  
El tímido conejo, el ciervo presto,

Como triscan, y corren,  
Y saltan, y abandonan los collados,  
Y al hondo valle acorren,  
Oyendo alborozados  
De Mayo los truenos deseados....

Toca, Teresa, toca  
Mi corazón. Cuál late! ¿No lo sientes?  
Es que ese estruendo evoca  
Recuerdos siempre ardientes  
De otra edad, de otros sitios y otras gentes:

De la paterna estancia  
Siento el dulce calor, libre de daños;  
De la tranquila infancia,  
Sin hiel, ni desengaños,  
Miro correr los venturosos años....

¡Memorias lisongeras  
De dichas, como el humo disipadas,  
Cual guardan las hogueras  
El fuego ya apagadas,  
En el fondo del alma estais guardadas...!

Pero la lluvia grata  
Que va á formar el bramador torrente  
Benigna se desata;  
La tierra alza la frente,  
Al soplo halagador de fresco ambiente;

Y cobran nueva vida,  
Nuevo vigor sus miembros fatigados,  
Y siente conmovida  
Sus senos dilatados,  
Ya por la dulce lluvia fecundados....

Así, Teresa, el cielo,  
El bálsamo concede á los mortales  
De plácido consuelo:  
Fugaces son los males,  
Perennes del consuelo los raudales.

### EL OTOÑO.

Tras las nocturnas lluvias  
Risueña se levanta la mañana,  
De mil espigas rubias  
Coronando galana  
Del Otoño la frente soberana;

Los huertos deliciosos  
Doblan sus verdes ramas bajo el peso  
De frutos abundosos,  
Y al regalado beso  
Del aura, mueven su follage espeso,



Y las gotas brillantes,  
Trémulas penden de hojas y de flores,  
Cual límpidos diamantes,  
Del Sol á los fulgores  
Reflejando del Iris los colores.

Veloz se precipita,  
De la alta Sierra, el bramador torrente,  
Como corcel que irrita  
La espuela; é impaciente  
Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas  
Del crecido maiz, cubren los prados  
Y ocultan las cabañas,  
Y sus frutos granados  
Los labradores ven alborozados.

La hacendosa aldeana,  
Que en su campestre hogar no envidia el oro,  
Su vaca ordeña ufana,  
Y suelta al buey y al toro,  
Del pobre labrador, rico tesoro;

Y al campo con presteza  
Baja y teje, del lago á las orillas,  
Corona á su cabeza  
Y al cuello gargantillas  
De alba ninfea y rojas maravillas....

Sentémonos, Teresa,  
Bajo el dosel que forman los manzanos,  
De la aromada fresa  
Junto á los rojos granos,  
Que codician los pájaros galanos:

Flores vimos primero  
Olorosas y frescas en los prados,  
Cuando tras cierzo fiero,  
Los céfiros alados  
Vagaron por los bosques perfumados;

Al calor del Estío,  
Y de las puras lluvias fecundantes  
Al plácido rocío,  
Cayeron las brillantes  
Flores, dejando frutos abundantes;

Los frutos sazonados  
Que orgullosa la tierra hoy nos presenta  
Maduros y dorados,  
Cual madre que contenta  
El dulce fruto de su amor ostenta....

Así, Teresa mía,  
Vemos huir primero los amores;  
Y viene luego el día  
En que vemos sus flores  
Caer de la pasión á los ardores;

Pero tras ellos vienen  
Los dulces frutos, que de amor los lazos  
Unidos siempre tienen,  
Los hijos, que en los brazos  
Estrechamos, del alma, cual pedazos.

Esposa idolatrada,  
Contempla á nuestros hijos inocentes;  
¿La vida duplicada  
En tu interior no sientes,  
Al besar con amor sus puras frentes?

¿No palpita tu pecho  
Al mirar su candor y su inocencia?  
¿No te parece estrecho  
El mundo á su existencia,  
Al verlos sonreír en tu presencia?

Lámpara siempre viva  
Son los hijos, que el fuego sacrosanto  
Del casto amor aviva;  
Del alma son encanto,  
Cuando la agobia matador quebranto....

Venid, hijos queridos;  
De vuestra madre en el regazo amante  
Que os vea reunidos:  
Mirar vuestro semblante  
Siempre risueño, es mi anhelo constante;

Que nunca adversa suerte  
Hinque en el pecho vuestro el diente agudo;  
Que en el combate fuerte  
De la vida, sañudo  
Nunca el destino os dé su golpe rudo:



Que la ignorada senda  
Sigais de la virtud; que cuantas veces  
Alzeis, cual pura ofrenda,  
Al cielo vuestras preces,  
El buen Dios vuestro amor pague con creces.

Y tú, mi dulce esposa,  
Tú que formas sus tiernos corazones,  
Y alumbra cuidadosa  
Sus débiles razones,  
Y diriges sus tiernas sensaciones,

Muéstrales siempre el cielo,  
Y diles que hay un Dios que galardona  
De la virtud el celo,  
Que la bondad corona,  
Y en medio del dolor no la abandona;

Repíteles que hermanos  
Somos los hombres, y que á todos amen;  
Y diles que sus manos  
El bien siempre derramen,  
Y que su pecho en caridad inflamen....

Oh! si me fuera dado  
Crecer mirarlos, como aquese tilo  
Crecer hemos mirado,  
Entónces ya tranquilo  
Yo dascansara en mi postrer asilo....

Ven, mi esposa querida;  
Venid, mis tiernos hijos, que no otros  
Placeres en la vida  
Tenemos ya nosotros:  
La mies de nuestro Otoño sois vosotros.

### EL INVIERNO.

Su mirada postrera  
Dirigió Otoño sobre bosque y prado,  
Y la brisa lijera  
Huyó con el nublado,  
Al soplo asolador del Norte helado:

El duro y seco invierno  
Sobre la tierra la aridez arroja,  
Y muere el chopo tierno,  
Y el fresno, hoja por hoja,  
De su pompa y su gala se despoja.

Detiéndose los ojos  
En los campos, y miran tristemente  
Los pálidos rastros,  
Que agita levemente  
La pobre *pirradora* diligente;

Y el ánsar que a'raviesa,  
Con bajo vuelo, del desierto otero,  
A la dormida presa,  
Y el pato que ligero  
Las aguas roza, ó se sumerge artero....

La voz de los torrentes  
En el monte y el valle no resuena;  
Ni ya en mansas corrientes  
El blando arroyo suena,  
Que seca de su alveo está la arena....

Todo es, Teresa mía,  
Tristeza y aidez en este suelo....  
Mas no huya la alegría,  
Que Dios nos da un consuelo  
En la esplendente claridad del cielo.

¿No ves la azul esfera,  
Como un zafiro relucir brillante,  
Sin que la mas ligera  
Nube en el aire errante  
Del magnífico Sol vele el semblante?

Como leves barquillas  
Que empavesadas surcan la corriente,  
Doradas nubecillas  
Se alzarán lentamente,  
Trono formando al Sol en Occidente;

Y ya en la noche oscura  
Brillarán las estrellas misteriosas:  
Canopo el de luz pura,  
Las Pléyadas hermosas,  
El grande Orion, las rutilantes Osas....

Cuando el verdor se aleja,  
Cuando mueren las rosas purpurinas,  
Y su vellón la oveja  
Deja entre las espinas,  
Y emigran las inquietas golondrinas,



El vasto firmamento  
Despliega su magnífica belleza,  
Y absorto el pensamiento  
Comprende la grandeza  
De El que encendió los mundos de la alteza....

Quando, con brazo helado,  
La vejez toque nuestra frente erguida,  
Y siempre yo á tu lado,  
Y tú á mí siempre unida  
Toquemos al Ocaso de la vida;

Que así, mi esposa amada,  
Siempre como ese cielo la conciencia  
Tranquila y sosegada,  
Segura en su inocencia,  
Corra al eterno mar nuestra existencia.

## INDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO II.

	PÁGS.
<i>Cain y Abel,</i>	3
<i>El primer beso de amor,</i>	21
<i>La entrada de la noche.—A Laura,</i>	23
<i>El baño de una Sultana,</i>	31
<i>Composicion leida por el niño Braulio Lozano,</i>	87
<i>A la vista del Valle de México,</i>	95
<i>¡Acuérdate de mí!,</i>	124
<i>La Cita,</i>	128
<i>Noveno aniversario de la batalla de Churubusco</i>	172
<i>A D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza,</i>	179
<i>Deprecacion.—A la Virgen María,</i>	181
<i>Creacion del hombre,</i>	186
<i>El Diluvio,</i>	187
<i>José y la mujer de Putifar,</i>	188
<i>Muerte de Moises,</i>	189
<i>David y Goliath,</i>	190
<i>David y Abigail,</i>	191
<i>La destruccion de Ninive,</i>	192
<i>Nacimiento de Jesus,</i>	193
<i>Los mercaderes arrojados del templo,</i>	194

<i>La mujer adúltera,</i> . . . . .	195
<i>Ecce filius tuus,</i> . . . . .	196
<i>La sangre del costado.—La Libertad,</i> . . . . .	197
<i>Vere filius dei erat,</i> . . . . .	198
<i>Fe.—Los Mártires,</i> . . . . .	199
<i>Esperanza.—La Polonia,</i> . . . . .	200
<i>Caridad.—Fray Bartolomé de las Casas,</i> . . . . .	201
<i>El laurel de la victoria,</i> . . . . .	202
<i>Los tres días de Colon,</i> . . . . .	203
<i>A Cortes,</i> . . . . .	204
<i>A Sor Juana Ines de la Cruz,</i> . . . . .	205
<i>A Washington,</i> . . . . .	206
<i>A Napoteon,</i> . . . . .	207
<i>A Hidalgo,</i> . . . . .	208
<i>A Morélos,</i> . . . . .	209
<i>A los defensores de Veracruz (1847),</i> . . . . .	210
<i>La guerra civil,</i> . . . . .	211
<i>A la Patria,</i> . . . . .	212
<i>Libertad y Justicia,</i> . . . . .	213
<i>A Michoacan,</i> . . . . .	214
<i>A la Italia.—Al comenzar la guerra de 1859,</i> . . . . .	215
<i>A la Italia.—Al comenzar la insurreccion de Sicilia (1860),</i> . . . . .	216
<i>Vanitas Vanitatum,</i> . . . . .	217
<i>A D. Manuel Carpio,</i> . . . . .	218
<i>En el album de la señorita Sofia Heaven,</i> . . . . .	219
<i>La dahlia, la violeta y la mujer,</i> . . . . .	220
<i>A Horacio,</i> . . . . .	223
<i>A Garibaldi,</i> . . . . .	227
<i>Las Estaciones,</i> . . . . .	231

## ERRATAS.

### Tomo Primero.

- Pág. 8, octava 2.<sup>a</sup>, verso 7.<sup>o</sup>, dice: *Mas suave*; léase: *Mas suave*.
- Pág. 22, estrofa 5.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup> dice: *inuenso*; léase: *inmenso*.
- Pág. 23, estrofa 4.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *Impacientándome*; léase: *Impacientándome*.
- Pág. 23, cuarteta 5.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *siguiera*; léase: *siguier*.
- Pág. 25, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *criatiano*; léase: *cristiano*.
- Pág. 32, verso 8.<sup>o</sup>, dice:  
*Con impaciencia aguardando*  
 Léase: *Con impaciencia aguardando*:
- Pág. 38, verso 12.<sup>o</sup>, dice: *Algun*; léase *Algun*.
- Pág. 39, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *trueno*; léase: *trueno*,
- Pág. 44, verso 8.<sup>o</sup>, dice: *Incedia*; léase: *Incendio*.
- Pág. 46, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *lo circunda*; léase: *le circunda*.
- Pág. 51, verso 7.<sup>o</sup>, dice: *valiosa*; léase: *valiosa*.
- Pág. 51, verso 22, dice: *extremece*; léase: *extremece*.
- Pág. 53, octava 2.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice: *mi encanto*; léase: *me encuentro*.
- Pág. 55, octava 3.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *la luz del del dia*; léase: *la luz del dia*.
- Pág. 55, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice:  
*Y el murmurio de la fuente;*  
*Cabe el pálido jazmin,*  
 Léase:  
*Y el murmurio de la fuente,*  
*Cabe el pálido jazmin,*
- Pág. 59, estrofa 2.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice:  
*Vi crecer entre espinas y abrojos*  
 Léase: *Vi crecer entre espinas y entre abrojos*
- Pág. 71, estrofa 5.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice:  
*Comienza á vacilar*  
 Léase: *Comienza á zozobrar*
- Pág. 72, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *camino*; léase: *camina*
- Pág. 78, octava 3.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *placar*; léase: *placer*.
- Pág. 92, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *del canto dicino*; léase: *del cantor dicino*.
- Pág. 94, estrofa 5.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *envidiarne*; léase: *envidiarame*
- Pág. 95, estrofa 5.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *Te engendré*; léase: *Te engendró*.



Pág. 101, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *melancólica*; léase: *melancólico*.

Pág. 111, estrofa 2.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *envidiosa de*; léase: *envidiosa del*.

Pág. 112, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice: *pureza*; léase: *pureza*.

Pág. 114, estrofa 4.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *mortal belemo*; léase: *mortal belemo*.

Pág. 119, verso 18.<sup>o</sup>, dice:

*Porque ven su cética belleza*

Léase: *Porque ven que su cética belleza*

Pág. 136, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice:

*Perdida la calor*

Léase: *Perdida la calor*

Pág. 141, verso 9.<sup>o</sup>, dice:

*Y aquella tumba solitaria y triste;*

Léase: *Y aquella tumba solitaria y triste.*

Pág. 151, verso 17.<sup>o</sup>, dice: *la querida ultraja*; léase: *la querida ultrajada*.

Pág. 179, verso 11.<sup>o</sup>, dice: *Negadme todavía*; léase: *Decidme todavía*.

Pág. 191, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *Tu alma*; léase: *Su alma*.

Pág. 196, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *su esencia*; léase: *tu esencia*.

Pág. 198, verso 11.<sup>o</sup>, dice: *alzas el fácil vuelo*; léase: *alzar el fácil vuelo*.

Pág. 219, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *él como como el antiguo*; léase: *él como el antiguo*.

Pág. 219, verso 10.<sup>o</sup>, dice: *inteligencia esplendorosa*; léase: *inteligencia luminosa*.

Pág. 231, verso 21.<sup>o</sup>, dice: *Brontan*; léase: *Brotan*.

Pág. 245, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *La abandonó*; léase: *La abandonó*.

Pág. 246, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice:

*Es aquel que á murmurar;*

Léase: *Es aquel que á murmurar,*

Pág. 27, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 5.<sup>o</sup>, dice: *á cuánto*; léase: *á cuanto*.

Pág. 31, epigrafe, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *trad*; léase: *tread*.

Pág. 35, estrofa 4.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *ruiseñor*; léase: *ruiseñor*.

Pág. 48, octava 1.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *ardente*; léase: *ardiente*.

Pág. 50, octava 1.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice: *hombres*; léase: *hombros*.

Pág. 51, octava 1.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *muestra*; léase: *maestra*.

Pág. 58, verso último, dice:

*El sol esplendoroso*

Léase: *El sol majestuoso*

Pág. 63, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *suaves*; léase: *suaves*.

Pág. 65, verso 18.<sup>o</sup>, dice: *pavimiento*; léase: *pavimento*.

Pág. 71, verso 15.<sup>o</sup>, dice:

*Como de triunfo á carro esplendoroso*

Léase: *Como á carro de triunfo*

Pág. 85, verso 4.<sup>o</sup>, dice:

*Y tiene con sangre el pavimento*

Léase: *Y tiene con su sangre el pavimento*

Pág. 92, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *Que á faltas*; léase: *Que á falta*.

Pág. 95, verso 11.<sup>o</sup>, dice: *amedrentado*; léase: *amedrentada*.

Pág. 100, verso 21, dice: *violenca*; léase: *violencia*.

Pág. 114, verso 5.<sup>o</sup>, dice: *En que huir los miraste*; léase: *En que huir los viste*.

Pág. 123, verso 6.<sup>o</sup>, dice: *Te allaga*; léase: *Te halaga*.

Pág. 129, estrofa 1.<sup>a</sup>, verso 2.<sup>o</sup>, dice: *que melancólica*; léase: *que melancólica*.

Pág. 130, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice:

*Las persiguen y enfadán.*

Léase: *Las persiguen, las enfadán.*

Pág. 153, cuarta 2.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *De su mismo seductor*; léase: *De su inicio seductor*.

Pág. 154, estrofa 4.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice:

*Yo le vi, esposo irritado*

Léase: *Yo le vi, esposo irritado,*

Pág. 167, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice: *Le aterran*; léase: *Le atterran*.

Pág. 172, línea 1.<sup>a</sup>, dice: *Anivestario*; léase: *Aniversario*.

Pág. 195, verso 8.<sup>o</sup>, dice: *Debe en ser conciencia*; léase: *Debe ser en conciencia*.

En la página 111 que sigue de la 210 debe ser 211.

Pág. 217, verso 7.<sup>o</sup>, dice: *mendigando*; léase: *mendigando*.

En la página 212 que sigue de la 220 debe ser 221.

## Tomo Segundo.

Pág. 12, verso último, dice: *cominaron*; léase: *caminaron*.

Pág. 26, estrofa 3.<sup>a</sup>, verso 3.<sup>o</sup>, dice:

*A su esplendor divino*

Léase: *A su esplendor divino,*

